



William Makepeace Thackeray

Catalina

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

William Makepeace Thackeray

Catalina

Capítulo primero

En donde se presentan al lector los personajes principales de esta narración.

Cuando el siglo XVII, de famosa recordación en la historia -después de controversias políticas innumerables, de ejecuciones de reyes, de reformas, de republicanismo, de restauraciones, de rerrestauraciones, de comediografía brillante, de no menos brillante oratoria sagrada, de oliverismo, cromwelismo, estuardismo y aun orangismo-, se hundía en la profundidad de los tiempos para dar paso al valeroso siglo XVIII; cuando el señor Isaac Newton era uno de los tutores de la «Trinidad», y el señor José Addison comisario de la Corte de apelación: cuando el brillante genio que presidía los destinos de la nación francesa había jugado sus mejores cartas y sus adversarios comenzaban a arrastrar con sus respectivos triunfos; cuando en España había dos reyes, de continuo ocupados en huir el uno del otro; cuando había una reina en Inglaterra, la bellaquería de cuyos ministros jamás fue igualada ni siquiera por los de ahora; cuando madama Masham, todavía no habíale roto la ternilla de la nariz a madama Marlboroug; cuando se cortaba las orejas a los que osaban escribir soflamas políticas, en verdad harto inocentes; cuando comenzaban a estar de moda las enormes y complicadas pelucas empolvadas, que hacían parecer el rostro de Luis el Grande, al mostrarse con ella entre las cortinas del lecho, más viejo, más enjuto y más lúgubre cada día... o sea allá por el año 1705, en el glorioso reinado de la reina Ana, llamaban la atención ciertos caracteres y ocurrían aventuras que desde entonces han continuado siendo de la predilección del público, gozando del general aplauso; y una vez que han sido en parte descritas en el calendario Newgatiano, teniendo, como tienen, en su abono el ser agradablemente villanas, deliciosamente repugnantes, al propio tiempo que enormemente entretenidas y patéticas, pueden también con todo derecho reclamar nuestra atención en este sitio.

Y aun cuando pueda argüirse, con sobrada razón, que caracteres agradablemente villanos y deliciosamente repugnantes han sido ya analizados, copiosa y hábilmente, por algunos eminentes autores del día; aun cuando pueda asegurarse, de una parte, que solamente necios petulantes pueden atreverse a escribir sobre asuntos de antemano tratados por hombres de verdadera y merecida eminencia; habiendo de considerar, por otra parte, que tales asuntos han sido descritos con tal prolijidad, que nada puede ya añadirseles; reconociendo, amén de lo expuesto, que el público ha oído decir tanto a propósito de pícaros, ladrones, degolladores, que empieza a sentir indiferencia por ellos; a pesar de lo dicho, nos proponemos desflorar algunas páginas más del viejo calendario de la famosa prisión de Newgate, tan conocida de nuestros lectores, para estremecerlos con unas cuantas

escenas de depravación, asesinatos y demás tormentos corporales..., como más no se puede pedir.

En el año de 1705, bien sea porque la reina de Inglaterra se sintiera alarmada ante la posibilidad de que un príncipe francés ocupase el trono de España, bien porque experimentara cierta especial predilección por el emperador de Alemania, ya porque se viera obligada a intervenir en la contienda de Guillermo de Orange, el cual nos hizo pagar y luchar por sus provincias holandesas, o quizá porque el infortunado Luis XIV la temiera de verdad; fuera por la razón que fuese, el caso es que la guerra no llevaba trazas de acabar, y que, por consiguiente, había tanta exhibición de preparación militar, con su inevitable acompañamiento de cuartelismo, reclutamiento, desfiles, ejercicios de tiro, jura de banderas, redobles de tambor y gasto de pólvora, como, en la mente de todos está, en los momentos del año 1801, cuando el ambicioso Corso amenazaba nuestras costas.

En tal momento, pues, unos cuantos reclutadores del regimiento de Cutt, y su capitán, hallábanse en Warwickshire; teniendo en tal localidad su campamento, el capitán y su subalterno, el cabo, habían de viajar por las comarcas vecinas a la busca y captura de héroes con los que poder llenar las filas del regimiento de Cutt, corriendo, de paso, alguna que otra aventura que pudiera proporcionar solaz a su aburrida vida aldeana. Nuestro capitán Plume y el sargento Kite estaban atareadísimos con el reclutamiento de los héroes de Farquhar. Ambos erraban de Warwick a Stratford, y de aquí a Birmingham, tratando de convencer a los campesinos de que cambiaran el arado por la lanza y expidiendo de tiempo en tiempo pequeños destacamentos de reclutas que fueran a engrosar las unidades Marlborough y a servir de carne de cañón en Ramillies y Malplaquet.

De los dos personajes, que están a punto de desempeñar un papel verdaderamente importante en nuestra narración, acaso sólo uno era nativo de Albión; y decimos «acaso» porque el individuo en cuestión no estaba muy seguro de ello él mismo, y porque, además, le era en absoluto indiferente cuál fuese el sitio de su nacimiento; pero hablando inglés, y habiendo pasado gran parte de su vida al servicio de Inglaterra, podía aducir más que suficientes títulos para poder atribuirse el majestuoso título de británico. Llamábase Pedro Brock, de otra manera el cabo Brock, y pertenecía al regimiento de dragones de lord Cutt; frisaba en los cincuenta y siete, de una altura no menor de seis pies, de 180 libras de peso, con un tórax que hubiera envidiado el célebre Leitch y un brazo como pierna de bailarina de ópera, un estómago tan elástico que podía contener cualquier cantidad de alimento, por grande o pequeña que fuera; magnífica predisposición para las bebidas espirituosas; una apreciable habilidad para cantar canciones y coplas tabernarias, de gusto no muy refinado; era, al propio tiempo, aficionado a los chistes, que hacía frecuentemente, en profusión y bastante malos; cuando se hallaba de buen temple, se contentaba con ser ordinario, alborotador y jovial; cuando estaba de mal talante, era pendenciero, blasfemador, promovía escándalos y se andaba a las manos por un quítame allá esas pajas, como es lo habitual en individuos de su porte y educación.

Míster Brock no era ni más ni menos que un «hijo de la guerra». Dos regimientos podían disputarse el honor de haberle dado a luz, militarmente; pues su madre, que había seguido los campamentos en calidad de cantinera, había actuado en un regimiento realista, después de lo cual hubo de estar al servicio de los Parlamentarios, yendo, por fin, a morir

en Escocia durante el mando de Monk; de suerte tal, que míster Brock apareció por primera vez en desempeño de pública función en veces de pifanista en el regimiento de Coldstreamers, durante la marcha de Escocia a Londres. Desde tal momento, Brock permaneció siempre en las filas del ejército, llegando a veces a obtener algún ascenso, pues solía hablar de sus órdenes en la batalla de Boyne, aun cuando es de presumir fuera de los derrotados, a juzgar por lo de soslayo que solía tocar este acontecimiento en sus conversaciones.

Resulta, en verdad, que el año anterior al que en los comienzos de esta narración se desarrolla, había pertenecido al destacamento de Mordaunt, encargado de las misiones peligrosas en Schellenberg, por cuyo servicio se le prometió un ascenso, lo cual no llegó a efectuarse -estando, por el contrario, a punto de ser fusilado- por haber incurrido en faltas de insubordinación y embriaguez apenas terminada la batalla; sin embargo de esto, habiendo logrado rehabilitarse después, por su gran muestra de valor en Blenheim, se consideró oportuno por sus superiores enviarle a Inglaterra para fines de reclutamiento, apartándole de este modo de su regimiento, donde la fama de su valor hacía más perjudicial aún el ejemplo de su vida disoluta.

El jefe de míster Brock era un delgado jovencuelo de veintiséis años, también con algo de historia digna de mención. Era bávaro de nacimiento, aunque de madre inglesa y disfrutaba el título de conde juntamente con sus otros doce hermanos, once de los cuales no tenían en absoluto dinero, siendo uno o dos sacerdotes, otro fraile, seis o siete militares, y el mayor y heredero, morando en la gran casa de sus mayores con limitados recursos, y empleando sus ocios en cazar osos, domar caballos, estafar a los arrendatarios; viviendo con sordidez todo el año, para derrochar durante un mes en la capital, como suelen hacer muchos otros nobles.

Nuestro joven personaje, el conde Gustavo Adolfo Maximiliano von Galgenstein, había estado al servicio de los franceses, primero como paje de un noble, después como guardia de corps de su majestad; luego, teniente y capitán al servicio de Baviera, y cuando, después de la batalla de Blenheim, dos regimientos de alemanes llegaron en auxilio de los que habían vencido, Gustavo Adolfo Maximiliano se hallaba entre ellos; a pesar de todo esto, cuando comienza nuestra historia, hace ya más de un año que disfruta de paga inglesa.

Concretándonos a los hechos que han de constituir nuestra narración, empezaremos por decir que en una tarde del otoño de 1705, cuando esta historia comienza a desarrollarse, hallábanse en un pequeño mesón del pueblecillo de Warwickshire el comandante Gustavo Adolfo y su cabo y amigo míster Brock; ambos estaban sentados junto a una mesa redonda, cerca de la chimenea de la cocina, mientras un rapaz, que hacía las veces de pinche en el establecimiento, paseaba de la brida, por delante de la puerta del mismo, un par de caballos negros, relucientes, de larga cola, panzudos, de redondas ancas y de arqueados cuellos, propiedad de los dos caballeros, que reposaban en la cocina del hostal. Hallábanse éstos muy a gusto bebiendo vino del país. Si el lector creyera, a pesar del diseño que hemos hecho de nuestros dos personajes y sus vidas -por ceguera o por creencia en la perfectibilidad del género humano-, que el sol de aquel otoño brillaba sobre otros dos personajes, cualesquiera que fuesen, más bellacos que el conde Gustavo Adolfo de Galgenstein y que el cabo Peter Brock, se equivoca de medio a medio y su conocimiento de

la naturaleza humana no vale un maravedí. De no haber sido dos verdaderos canallas, ¿a santo de qué contar su historia? ¿Qué le importarían al público? ¿Quién se atrevería a mezclar la virtud insulsa con el enojoso sentimentalismo y la estúpida inocencia en una novela, toda vez que lo único que interesa al lector es solamente el vicio... el agradable vicio?

Como decíamos, el rapaz del parador llevaba de la brida los dos flamantes percherones paseándolos arriba y abajo sobre la mullida hierba, aun cuando muy bien, para satisfacción de los animales, podría haberlos conducido al establo para que se regalaran con algo a que tenían derecho después del ejercicio al cual se les sometía en el aire fresco de la tarde, y ya que sus respectivos dueños no habían experimentado las molestias de una larga ni penosa cabalgata... y reposaban; pero el rapaz cumplía las instrucciones que se le habían dado, las cuales ordenábanle pasear los caballos en aquella forma, hasta que no se le mandara algo en contra; por otra parte, los curiosos del lugar disfrutaban tanto con la contemplación de los hermosos animales, de sus elegantes monturas y relucientes arneses, que hubiera sido una verdadera lástima privarlos del inocente placer de semejante espectáculo.

El caballo del conde estaba cubierto con una magnífica manta roja, preciosamente bordada con estambre amarillo, en uno de cuyos cuatro extremos lucía una enorme corona condal y sus iniciales; por bajo de ella asomaban unos estribos de plata, profusamente cincelados, y por encima de ella lucían, en sus bolsas de piel de oso, dos admirables pistolas de culata plateada; igualmente de plata era el bocado del caballo, el cual llevaba la cabeza engalanada con varios y vistosos lazos. De la montura del de el cabo baste decir que eran de bronce todos sus metales, tan pulidos, aunque no tan vistosos, como los que adornaban el cuadrúpedo que montaba el capitán. Los chicuelos, que habían estado jugando hasta entonces en el césped, cesaron, y se pusieron a charlar con el rapaz que conducía los caballos; inmediatamente después acudieron las comadres del lugar, y tras de ellas, vagando, ya solas, ya por parejas, las mozas, que gustan de los soldados como las moscas de la miel; también, a su vez, empezaron a llegar los mozos, y sucedió que el párroco, en su acostumbrado paseo vespertino con la señora Dobbs -su esposa- y sus cuatro chiquillos, acabó por unirse al rebaño de sus feligreses. El pequeño palafrenero púsose a explicar a tal auditorio cómo los animales pertenecían a los caballeros que estaban reposando en el mesón, uno de ellos, el joven, de dorados cabellos, y el otro, el más viejo, de grises melenas, ambos con rojos jubones y altas botas, alarmando a la casa y pidiendo de todo lo mejor que hubiera. Después de lo cual se extendió en consideraciones con algunos de sus camaradas acerca de los méritos de los caballos, mientras el párroco, que era hombre de letras, explicaba a los lugareños cómo uno de los viajeros era conde o debía de serlo, a juzgar por la manta de su caballo; declaró que los estribos eran de plata de ley, y hubo que contener la impetuosidad de su hijo Guillermo Nassau Dobbs, que pretendía montar uno de los animales y habíase empeñado en disparar una de las pistolas. A tiempo que desenvolvíase esta discusión familiar, los dos personajes, en cuyo honor tantas cábalas se hacían, aparecieron en la puerta del mesón, y el más viejo y corpulento dirigió una sonrisa a su compañero, hecho lo cual, avanzó perezosamente sobre el césped y diose a contemplar con benévola satisfacción a aquel puñado de aldeanos, que parecían embobados ante él y los cuadrúpedos.

Cuando míster Brock vio la faja y la casaca del párroco, descubriose respetuosamente y, saludando, le dijo:

-Supongo que vuestra reverencia no querrá castigar al rapaz contrariándole; me parece haberle oído decir que quisiera dar un paseo a caballo, y... ya sea en el mío, ya en el de mi señor y jefe... es lo mismo; no tema, señor: los caballos no están cansados; sólo hemos andado hoy setenta millas... y una vez... el príncipe Eugenio anduvo en ese como unas cincuenta y dos leguas -ciento cincuenta millas mal contadas-, de sol a sol.

-¡Dios santo! ¿En qué caballo? -preguntó solemnemente el párroco.

-En éste, señor; en el mío; en este negro percherón del cabo Brock del regimiento de Cutts, que se llama Guillermo de Nassau. El príncipe me le regaló después de la batalla de Blenheim, donde una bala de cañón se me llevó las piernas cuando me precipitaba sobre un regimiento de tudescos que le habían hecho prisionero.

-Sus propias piernas, señor. ¡Dios santo, esto es asombroso!

-No mis piernas; quise decir... las de mi caballo; por eso el príncipe me dio aquel día a «Guillermo de Nassau».

El doctor no halló respuesta que dar a esto, y se limitó a mirar a la señora Dobbs, quien, a su vez, como todos sus otros hijos, miró al mayor de ellos, el cual, con un gesto de admiración, dijo:

-¿Verdad que es estupendo?

El cabo pasó por alto la réplica, y añadió, como siguiendo su narración y señalando al otro caballo:

-Ese otro, señor, es de su excelencia el capitán conde Maximiliano Gustavo Adolfo de Galgenstein, capitán de caballería y del Santo Imperio Romano -y al decir esto se descubrió con gran respeto, en lo cual imitáronle todos los asistentes, incluso el párroco-. Nosotros le llamamos «Jorge de Dinamarca», en honor del esposo de Su Majestad; también procede de Blenheim; aquel día le montaba el mariscal Tallard... y sabido es cómo le hizo prisionero el conde.

-Jorge de Dinamarca, mariscal Tallard, Guillermo de Nassau -prorrumpió el párroco- ¡Qué coincidencia, hay que ver! Lo que menos se imagina, señor, es que en este momento tiene delante otros dos seres que llevan esos nombres venerables. Venid, hijos míos. Mirad, señor: estos pequeños han sido bautizados con los nombres de nuestro último soberano y el del esposo de nuestra actual reina.

-Muy buenos nombres por cierto, señor, y muy bien llevados por estos pequeños caballeros; y en honor de ellos me permito proponer, con el permiso de vuestra esposa, que Guillermo de Nassau monte «Jorge de Dinamarca» y Jorge de Dinamarca cabalgue sobre «Guillermo de Nassau».

Con un estruendoso hurra fue acogida esta alocución del cabo por todos los presentes. Los dos pequeños fueron aupados solemnemente en las monturas; después, llevado uno de la brida por el cabo y el otro por el zagal del mesón, caminaron durante un buen rato sobre el césped, arriba y abajo, delante del hostel.

Inútil sería decir la enorme popularidad que tal maniobra le granjeó al simpático cabo Brock, aun, cuando para la veracidad de nuestra narración no puede por menos de negarse que la designación de semejantes nombres para los caballos habría sido ocurrencia de escasos minutos antes, cuando, sentado frente a la ventana del hostel, se había dado perfecta cuenta de cuanto ocurría al exterior, del magnífico reclamo que para sus propósitos suponía el lento paseo de los caballos ante los lugareños embobados y de la imprescindible conveniencia de adornarlos con un nombre sonoro y una historia maravillosa.

Además del rapaz, entonces en funciones de palafrenero, y de los dueños del parador, había en éste otra persona muy linda, risueña, vanidosilla y picaruela, que hacía de sirvienta; frisaba en los diez y seis, y atendía ahora a los dos caballeros en el recibimiento, mientras la patrona se ocupaba en la cocina en prepararles una cena succulenta. La tal jovencita había sido educada en la pobre escuela del lugar, habiendo dado motivo a que, tanto el maestro como el párroco Dobbs, la señalaran como la más desaplicada y perversa de la aldea; tras haber recibido una escasa instrucción -tan escasa, que no había aprendido a leer y escribir-, entró de aprendiz en casa de su parienta la señora Score, la dueña del «Mesón de la Trompeta». Tenía entonces nueve años. Si la señorita Cat, o Catalina Hall, era una descarada y una sucia traviesa, su tía la señora Score era una verdadera arpía; de suerte que, durante los siete años de su aprendizaje, la moza estuvo por completo a merced de su dueña. Aun siendo enormemente tacaña, celosa y violenta, como quiera que la muchacha parecía incorregible en su pereza y extravagancia, cualidades en cuyo cultivo parecía alentarla el patrón, la señora Score acabó por transigir con todos sus defectos y caprichos, antes que pensar en despedirla del mesón... Porque el hecho es que Catalina era de una belleza extraordinaria, y desde hacía un par de años, en que la fama de su hermosura comenzó a extenderse por los alrededores, los dineros del cajón aumentaban que era un encanto.

Tal era el atractivo de la chiquilla, que cuando los labriegos, en un descanso en el mesón, de camino para el mercado, discutían sobre si debían marchar en seguida o trasegar otra jarra de vino, bastábale a Catalina aparecer con ella en la mano para que en el acto optaran por beberla; así como también cuando había algún viajero que tenía la intención de seguir cabalgando para poder ir a dormir a Coventry o a Birmingham, era suficiente que Catalina le preguntase si encendía la lumbre en su cuarto, para que, «incontinenti», se quedase... a pesar de haber jurado y perjurado antes a la señora Score que no pasaría aquella noche fuera de su casa ni aun por mil guineas. A más de esto, la muchacha tenía media docena de adoradores en el pueblo, los cuales, naturalmente, estaban obligados a gastarse los escasos cuartos que, poseían en el antro donde ella habitaba... ¡Oh mujer, adorable mujer! ¡Qué fuertes decisiones no podrás tú quebrantar con sólo tu dedo menique! ¡Qué violentas pasiones no podrás encender como pólvora con un solo guiño de tus ojos! ¡Qué de mentiras y frívolas necedades no nos harás escuchar embobados, como si fueran el mismo evangelio o sutiles agudezas!... Y, sobre todo, ¡qué horrible licor no serás capaz de

hacernos tragar con sólo acercar a tus labios el vaso y hacer que aun nos parezca vino... el veneno!

Porque, en verdad, el vino del parador era horrendo; pero Cat, que lo estaba sirviendo a los militares, se las compuso de manera que llegara a parecerles agradable... hasta el punto de apurar el contenido de otra jarra. El milagro se había realizado súbitamente con su aparición, pues sucedió que mientras el conde estaba renegando a grandes voces del vino, de la dueña, del vinatero y de todo bicho viviente, apareció la jovencita diciendo:

-¿Llamaba su merced? Creí que el señor llamaba...

Oído lo cual, Gustavo Adolfo enmudeció, se quedó mirándola fijamente, como deslumbrado por su presencia, y... por vía de réplica se bebió de un trago un vaso entero del detestable brebaje. La impresión de míster Brock no había sido tan fulminante como la de su capitán: era treinta años más viejo que éste, y en el transcurso de cincuenta años de vida militar había aprendido a mirar con el mismo atrevimiento y determinación de conquista al más terrible enemigo y a la más hermosa mujer.

-Querida María -dijo Brock-. Su merced es un lord, tan condescendiente como un lord, por lo menos... Pues... permite que un hombre tan poca cosa como yo beba con él.

Catalina hizo una breve cortesía, y repuso:

-Yo no sé si os burlaréis de mí porque soy una pobre aldeana, como hacen siempre los soldados..., pero a su merced parece un lord, aunque, a la verdad, yo nunca vi a ninguno.

-Entonces -dijo el capitán cobrando valor-, ¿cómo sabes que yo lo parezco, preciosa María?

-Preciosa Catalina... si queréis... Es decir, Catalina.

A lo cual Brock prorrumpió en grandes carcajadas, acompañadas de grandes juramentos, acabando por pedirle un beso.

La preciosa Catalina, al oír esto, se alejó de mí! -yendo a ponerse, como en busca de protección, junto al capitán.

-¡Habrased visto! ¡Un beso, pobre de mí! -yendo a ponerse, como en busca de protección, junto al capitán.

Este parecía furioso, no sabemos si por el ultraje inferido a la inocencia o por la insolencia del cabo al adelantársele. El caso es que en un tono amenazador le dijo:

-Mucho ojo, míster Brock, que no estoy dispuesto a tolerar tales atrevimientos; no olvidéis que estáis participando de mi jarra sólo por descendencia mía; tened cuidado, no sea que, en vez de daros a gustar más vino, os dé a gustar mi fusta...

Diciendo esto, rodeó con su brazo la cintura de Catalina, como protegiéndola, mientras amenazaba con el puño las narices del cabo.

Catalina, ante esta brava actitud del conde, hizo otra reverencia y dijo:

-Gracias, milord.

Pero la amenaza de Galgenstein no pareció producir el menor efecto en Brock; y no podía por menos de ser así, pues de haberse entablado un pugilato entre ambos, en diez minutos no más, el cabo habría hecho papilla al capitán; así es que aquél, pasando por alto la amenaza, replicó:

-Está bien, mi noble capitán; no ha pasado nada malo; ya sé yo que es un honor para el pobre Pedro Brock estar con vos a la mesa; siento de verás lo que he hecho.

-Creo que lo sientes de veras; tus razones tienes para ello, ¿eh? Pero, ¡bah!, no temas: bien sabes que si te hubiera dado, no te habría hecho daño.

-¡Ah... desde luego, ya lo sé! -repuso Brock solemnemente, llevándose la mano al corazón.

Y así hicieron las paces, bebiendo a las saludes respectivas. Catalina condescendió a tocar con sus labios el borde del vaso del capitán, el cual juraba que el vino se había convertido en néctar; y aun cuando la mozuela jamás hubiera oído hablar de tal licor, se sintió satisfecha con el cumplido, sonrió y le contempló embobada.

La pobrecilla no había visto hasta entonces ningún hombre tan gallardo ni tan bien vestido como el conde, así es que por instintiva coquetería no supo disimular su satisfacción. Nada más chabacano que la forma en que el conde le decía sus cumplidos; acaso por eso le producían más efecto, hasta el punto de hacerle replicar a cada uno con frases como: «Por Dios, milord» o «Capitán, ¿cómo podéis decir esa lisonja? o también: «Su merced se burla de mí»; a pesar de las cuales, del arbolamiento que de sus redondas y frescas mejillas se apoderaba, podía echarse de ver que las primeras operaciones del conde habían alcanzado un éxito completo en la pequeña belleza aldeana. Más no era esto bastante, y el conde creyó oportuno quitarse un guardapelo que llevaba pendiente del cuello, rogando a Catalina que lo aceptara, poniéndoselo él mismo para que lo llevase desde entonces y acariciándola en las mejillas mientras se lo ponía, a tiempo que la llamaba «su pequeño bouquet» y otra porción de lindezas que sabían a mieles a la lugareña y suavizaban muy mucho el camino por donde las cosas habrían de marchar. Cualquiera que hubiese observado la expresión de míster Brock durante la escena anterior, habríale visto convencido de la virtud irresistible de su jefe y señor.

Siendo nuestra doncella persona asaz comunicativa y pizpireta, no tardó en poner a sus interlocutores al corriente no sólo de cuanto a sí misma se refería, sino también de lo que referíase a los que se hallaban al exterior y ella veía a través de la ventana.

-Sí, milord; diez y seis años cumplidos, en marzo último..., aunque muchas otras del pueblo, a mi edad, parecen más mocosas. Ved a aquella pelirroja que va con Tomás Curtis, Polly Randall: tiene, por lo menos, diez y siete, a pesar de que sólo ha tenido ese novio todavía... Pues, como iba diciendo, yo me crié en el pueblo -mis padres, que murieron muy jóvenes, me dejaron hecha una pobre huérfana... (pero... ¡que me quede ciega si no he visto a Tomás besando a Polly!)-, al cuidado de mi tía, la señora Score, que ha sido una madre para mí..., mejor dicho, una madrastra... Bueno... pues ya he estado en la feria de Stratford, y he ido algunas veces a Warwick; ya me han salido dos pretendientes que quieren casarse conmigo, y después otros más; pero yo, lo he dicho siempre: o un caballero, o nada; no un desgraciado patán como Tom, aquel que está allí con un chaleco rojo -que fue uno de los pretendientes-, ni como aquel otro de más allá, que su mujer tiene un ojo negro de un puñetazo... el borracho de Sam Blacksmith, sino un caballero de veras... como...

-¿Como quién, preciosa?...-dijo el capitán, dándose aires de importancia.

-¿Y eso, señor, qué os figuráis?... Pues como nuestro caballero sir John, que se pasea en una carroza dorada, o, cuando menos, como el párroco doctor Dobbs, aquel de la sotana negra, que habla con aquella señora de rojo, la señora Dobbs.

-¿Y todos aquellos son hijos suyos?

-Sí, señor: los dos muchachos y las dos niñas; y ved qué raro es: llama a uno Guillermo Nassau y al otro Jorge Dinamarca.

Y del párroco, Catalina saltó a contar la vida y milagros de muchos de los otros personajes que pululaban por el exterior, y de las que haremos gracia al lector por no ser necesarias para nuestra historia... Sucedió entonces el altercado entre el párroco y su hijo, por querer éste montar en uno de los caballos, altercado que Brock vio desde la ventana y que le hizo concebir como en un relámpago la idea de atribuir a los cuadrúpedos los dos famosos nombres, con lo cual, después de concebida, salió, como vimos, a la puerta del mesón.

Míster Brock alcanzó un completo éxito diplomático, pues una vez que los hijos del párroco, después de haberse paseado a caballo, se retiraron con sus padres, otros chicuelos de más humilde rango en el lugar fueron montados también sobre «Guillermo de Nassau» y «Jorge de Dinamarca», mientras el cabo entretenía a los demás circunstantes, los ya maduros, con chistes e historietas divertidas... A tal punto derramando simpatía, que las mujeres, a pesar de su edad, de su nariz colorada y una cierta bizquedad de uno de sus ojos, decían que era una joya, al propio tiempo que no era menor su popularidad entre los hombres...

-Vamos a ver, tú, Tomás Clodpole -dijo Brock a uno de aquellos lugareños, al que Catalina le habla indicado como uno de sus pretendientes, el que reía con más ganas todos sus chistes-; vamos a ver, ¿cuánto te pagan por semana?

Míster Clodpole, cuyo verdadero nombre era Bullock, confesó que su salario eran tres chelines y medio.

-¡Tres chelines y medio!... ¡Qué barbaridad! ¿Y para eso trabajas como los galeotes que yo he visto en Turquía y en América?... Y eso aquí, señores, en el país de Prester John; ¡y te levantas tiritando en las frías mañanas de invierno para cortar el hielo que necesitan los señores para sus bebidas!

-¡Qué le voy a hacer!-repuso Bullock sin salir de su apoteosis, al ver la detallada información que acerca de él tenía el cabo, el cual prosiguió:

O te dedicas a limpiar las pocilgas o a llevar el estiércol al prado... o haces de perro de pastor y cuidas del ganado, o te pasas los días guadañando los pastizales... y cuando el sol te hace casi saltar los ojos de las órbitas, te derrite las mantecas, y has dejado el alma en la tierra... vuelves a tu casa... ¿para qué?... ¡para tres indecentes chelines y medio por semana! Y di, ¿te dan pudin todos los días?

-No; solamente los domingos.

-¿Te pagan lo justo?

-Ni mucho menos.

-¿Te dan bastante cerveza?

-¡Oh, nunca! Ni probarla.

-Pues chócala, querido Clodpole; como me llamo Brock, que hoy vas a poder beber toda la que quieras. Aquí hay dinero, muchacho; en este bolso tengo treinta monedas de oro; ¿cómo te figuras que las he conseguido y cómo crees que tendré otras tantas cuando éstas se concluyan? Pues sirviendo a su majestad: ya ves si es fácil. ¡Viva su majestad! ¡Abajo el rey de Francia!

Bullock, algunos hombres y dos o tres chiquillos dieron un hurra como para aplaudir esta breve soflama del cabo; pero fue de notar que la mayor parte de ellos comenzaron a retirarse por el foro, mientras las mujeres les cuchicheaban al oído y miraban desconfiadas al cabo.

Como éste lo observara, dijo:

-Ya veo lo que ocurre, señoras mías. Ya estáis asustadas y creéis que yo soy el señuelo que ha venido a robaros vuestros prometidos. Pues no hay tal. Peter Brock no es capaz de semejante fechoría. ¿Queréis que os diga una cosa? Pues que Jack Churchill en persona ha estrechado esta mano mía y ha bebido una jarra conmigo; y ¿le creéis capaz de estrechar la mano de un sinvergüenza? Lo que pasa es que Tomás Clodpole no sabe lo que es hartarse de cerveza, pues aquí estoy yo, que tengo el capricho de convidarle a él y a otros caballeros. ¿Es que mi compañía los deshonra acaso? Yo tengo dinero y gusto para gastarlo. ¿Qué mal hay en ello? ¿Por qué habría yo de cometer ninguna acción indigna... verdad, Tomás?

No tuvo el cabo la ingenuidad de esperar una satisfactoria respuesta a su interrogación: así es que no extrañó el mutismo en que Bullock continuara; el caso es que, al final de la discusión, tanto él como otros dos o tres lugareños más estaban plenamente convencidos de las buenas intenciones de su reciente amigo, y le acompañaron adentro del mesón a regodearse con la ofrecida cerveza. Entre los invitados había uno que, a juzgar por su indumentaria, había venido al mundo para algo mejor que aquellos otros desharrapados que acompañaban a Brock. De todos ellos, acaso éste era el único que no prestaba gran crédito a las historias del cabo; pero al ver que Bullock aceptaba la invitación, dijo:

-Bueno, Tomás; si tú vas, yo iré también.

Llamábase el personaje en cuestión John Hayes, y era de profesión carpintero.

-Yo sabía que vendrías -dijo Tomás-; tú irás siempre donde esté Catalina, sobre todo... pudiendo ir de gorra.

-Nada de eso; tengo un chelín para gastar... y mi dinero es, por lo menos, tan bueno como el del cabo aquí presente.

-Un chelín para guardarle en una media, querrás decir; ni aun por todo lo que te tiene chalado dentro del mesón, serías tú capaz de gastarte en el mostrador un penique; tú no habrías entrado si no fuera porque yo entro y el capitán convida.

-Vaya, entren ya, señores; basta de disputas -dijo Brock-; si éste simpático mozo viene con nosotros, bien venido sea; lo que hace falta es que haya licor bastante, que por dinero no se ha de dejar. Amigo Tomás, venga tu brazo; míster Hayes, por lo que veo, eres un gallito... y éstos son los hombres que a nosotros nos agradan. Entrad, mis queridos agricultores, que míster Brock va a tener el honor de invitaros a todos.

Y con éstos, míster Brock, acompañado de Hayes, Bullock, Blacksmith, Baker, Butcher y otros dos o tres, penetró en el mesón, mientras los caballos eran conducidos a la cuadra.

Habrà visto el lector que sin anuncios de trompeta ni comienzos de nuevos capítulos nos las hemos arreglado lo mejor posible para presentarle a míster Hayes; y aunque a primera vista un simple aprendiz de ebanista no haya de parecer muy digno del conocimiento de los lectores, muchos de los cuales hubieran preferido conocer a algún degollador, salteador de caminos, o ratero, cuando menos, debemos advertir que las acciones y palabras de este personaje deben ser tenidas en consideración por el público, toda vez que en el transcurso de esta novela ha de reaparecer varias veces, en circunstancias muy extrañas y con muy dignas aptitudes. Las palabras del rústico Juvenal-Clodpole inducen a creer que Hayes era, al mismo tiempo, un cuidadoso guardador de su dinero y un apasionado adorador de Catalina, cosas ambas muy puestas en razón por cierto. El padre de Hayes era considerado como un hombre que poseía una modesta fortuna, y John, que estaba haciendo su aprendizaje en el lugar, no cesaba de hablar de sus aspiraciones de riqueza, de la próxima escritura que debía hacer para entrar en sociedad con su padre y de la magnífica casa y extensa propiedad rústica en que viviría como una reina su futura esposa. Así es que, para el barbero y el carnicero de la aldea, y aun para su propio maestro, era objeto de

admiración, y no debemos negar que todas estas demostraciones de riqueza habían llegado a impresionar algo a Catalina, en quien había puesto sus ojos enamorados el joven aprendiz de ebanista. De haber sido de regular apariencia nada más, en vez de raquítrico y pálido como era; si hubiera sido feo, pero al mismo tiempo espiritual, es probable que Catalina se hubiese sentido algo más inclinada hacia él. Pero era una pobre criatura enteca, que no se podía comparar con el bueno de Tomás Bullock, quien le llevaba, por lo menos, nueve pulgadas; por lo demás, era tan tímido, egoísta y tacaño, que había de experimentarse cierta vergüenza en aceptar sin recato sus declaraciones amorosas; de suerte que Catalina sólo podía corresponderle, procurando que nadie se enterase.

Pero no siempre son prudentes los mortales; y el hecho era que Hayes, que sólo se preocupaba de sí mismo, había hecho cuestión de amor propio conseguir a Catalina y estaba enamorado de ella desesperadamente, con un anhelo y ansia voraz de poseerla, lo cual hace a veces que las pasiones por las mujeres conviertan en hombres sin razón ni medida a los más fríos y razonables. Sus padres -cuya sobriedad había heredado- trataron en vano de apartarle de tal pasión, y habían hecho varias tentativas inútiles para casarle con mujeres que tenían dinero y buscaban maridos; pero Hayes seguía impertérrito, sin prestar la menor atención a sus atractivos, y emperado en lograr el amor de Catalina, aun sin dejar de reconocer lo absurdo de su pretensión por una pobre sirvienta de hostel.

-Yo soy un imbécil, ya lo sé -solía decir-; y sé que además ella no me quiere; pero si no me casara con ella, me moriría de pena..., y nos casaremos, pese a quien pese.

En honor de Catalina debemos decir que ella había declarado más de una vez que únicamente el matrimonio podría llegar a unirlos, rechazando con las más enérgicas protestas de indignación los ofrecimientos de otra naturaleza que la había hecho.

El pobre Tomás Bullock era otro de sus adoradores, y también le había ofrecido casarse con ella; pero tres chelines y medio por semana no eran muy del agrado de la muchacha, y Tomás había sido rechazado con sarcasmo. Cuando Hayes le hizo una proposición de casamiento en toda regla, Catalina no dijo en redondo que no; fue demasiado perspicaz: dijo que era todavía muy joven y que podía esperar, que aún no le quería lo bastante para casarse con él, dándole a entender que, si en pocos años no se presentaba ninguno mejor, tal vez consentiría en ello. Lo cual, como se ve, no era una de las perspectivas más risueñas para el pobre Hayes. Mientras tanto, ella se consideraba libre como el pájaro y se permitía cuantas inocentes expansiones puede permitirse una coqueta. Flirteaba con todos los solteros, viudos y aun casados, con una habilidad asombrosa para sus escasos años, aun cuando la edad no influye mucho en estas inclinaciones, pues sabido es que las mujeres son coquetas, por lo general, desde su más tierna infancia.

La mocosa de tres años juega a marido y mujer con el rapaz de cinco primaveras; las chiquillas de nueve se hacen las interesantes con mozalbetes de doce, y a los diez y seis, una señorita, bajo favorables auspicios, ya bien que sea bonita entre vas hermanas mayores y feas, ya hija y heredera única, o una humilde sirvienta lugareña, como nuestra preciosa

Catalina, está en la flor de su coquetería y es capaz de dejar al más plantado con dos palmos de narices, con un aplomo y un aire de sencillez infantil que no hay mujer madura que le mejore.

Nuestra Catalina era, pues, una franca y verdadera coqueta, y John Hayes, un desgraciado. Éste había pasado lo mejor de su vida hasta entonces en un vendaval de pequeñas pasiones, de amargos celos y de ataques frustrados al corazón roqueño de Catalina, que no había logrado conmover con toda su tempestad amorosa... ¡Oh, crueles angustias de amor no correspondido, que lo mismo atormentan a los bellacos despreciables que a los más grandes héroes!, ¿qué hombre habrá que no las haya sentido? ¿Quién no se ha postrado de hinojos, adulado, suplicado, llorado, maldecido, y delirado en vano? ¿Quién no habrá pasado noches de claro en claro, teniendo por toda compañía los fantasmas de las perdidas esperanzas... las sombras de los fenecidos recuerdos, que salen de sus tumbas nocturnas, murmurando: «Ahora estamos muertas; pero hubo un día en que vivimos y os hicimos felices; ahora venimos a burlarnos de vosotros; desesperaos, enamorados; desesperaos y morid.»? ¡Oh, crueles angustias! ¡Oh, noches de pesadillas! Ahora un taimado espíritu demoníaco se introduce cautelosamente bajo vuestro gorro de dormir y murmura a vuestro oído aquellas palabras suaves y dulces, aromadas de esperanzas, que fueron proferidas en los atardeceres inolvidables... Allí, en el cajón de la cómoda, reposa la flor ya marchita que Amelia Guillermina llevara en su seno en un baile memorable... cadáver ahora de una muerta esperanza que entonces pareció habla de ser eterna realidad... ¡tan fuerte era, tan llena de alegría, tan brillante! Más allá, en el escritorio, en medio de una porción de cuentas sin pagar, está el ya mugriento pedazo de papel, sellado con el dedal, que acompañaba al par de mitones que ella misma había hecho -la pobre era hija de un carnicero, y hacía lo mejor que le era posible-, suplicando «te los pongas cuando te vistas con el traje nuevo, y pienses en la que»... se casó con otro tres semanas después, y ya no se preocupa por ti ni más ni menos que lo que se preocupa por el chico que hace los recados de la carnicería... Pero ¿a que multiplicar los ejemplos o a tratar de descubrir las angustias del pobre y apocado John Hayes? No hay error tan grande como el de creer que las intensas emociones del amor sólo puedan ser experimentadas por individuos virtuosos o exaltados... A veces se me ha ocurrido pensar, viendo al triste y pálido trapero que despierta los ecos de las calles con su voz gangosa, al pregonar la ropa vieja que comprar, que además de la carga de chaquetas y pantalones usados, bajo los que se tambalea, soporta otro enorme peso sentimental... y ¿quién sabe qué otras voces de desesperación resuenan en su triste pecho?

Se le ve, por ejemplo, regatear con un mayordomo acerca de un viejo vestido, y se piensa que pone toda su alma en el regateo...; sin embargo, la tiene muy lejos de allí..., en una calle lejana, donde mora la ingrata de sus pensamientos, que le ha convertido el corazón en un infierno peripatético. Y mil ejemplos más; baste uno, el del carnicero del pasadizo de San Martín. Cualquiera que le viera diría que goza de una calma perfecta: parece haber pasado cientos de años imperturbable ante el mismo solomillo; tal vez, cuando las puertas y ventanas de los demás establecimientos están cerradas por completo y todo el mundo entregado al reposo, él sigue silencioso cortando, cortando siempre; entra uno en su casa, le compra la carne que desea y se marcha, y él sigue inmutable, atesorando las ganancias de los bueyes infinitos. Se piensa que, si alguna vez la pasión hubo de fracasar en conquistar algún corazón, había de ser al estrellarse contra el de este hombre... Pues yo lo dudo mucho... y daría cualquier cosa por conocer su verdadera historia... ¿Quién sabe qué

furiosas llamas se desencadenan en el Etna de su pecho, bajo la superficie calmosa de su montaña de carne? ¿Quién sería capaz de afirmar que semejante calma no es señal de desesperanza, o la desesperanza misma?

Si el lector no ha comprendido por qué Hayes accedió a beber de la cerveza ofrecida por el cabo, debe leer las siguientes observaciones, que son bastante explícitas, y si aun así no las comprende todavía, no le queda más que compadecer a su inteligencia misma. Es claro como la luz meridiana. Hayes no podía soportar que Bullock tuviera ocasión de ver y tal vez de hacer el amor a Catalina en ausencia suya; y aunque la mocita no sólo no ponía coto a sus coqueterías delante de él, sino, por el contrario, las aumentaba, experimentaba una triste satisfacción estando cerca de ella, a pesar de sentirse tan empequeñecido.

En la presente ocasión, el pobre enamorado apuraba el cáliz del dolor hasta las heces, pues Catalina no se dignaba dedicarle ni una sola de sus miradas, ni una palabra, reservando sus más encantadoras sonrisas para el apuesto extranjero, propietario del caballo negro. Respecto al pobre Tomás Bullock, conviene consignar que su pasión nunca fue violenta, y que por lo tanto se daba entonces por satisfecho con poder suspirar y beber cerveza. Suspiró y bebió, volvió a suspirar y a beber, bebió de nuevo... y así sucesivamente, hasta trasegar una cantidad de licor que hubo de permitirle aceptar una guinea del cabo, de suerte que, al volverse otra vez razonable y sobrio, se encontró siendo soldado de la reina Ana.

Imposible seríanos contar la agonía de Hayes cuando, sentado con los amigos del cabo en un extremo de la cocina, vio al capitán en el sitio de honor y pudo observar las sonrisas que la rubia doncella le dirigía, cuando ella, un tanto arrebolada, pasó cerca de él con la cena del capitán, y, mostrándole el guardapelo, le dijo: «Mira lo que me ha regalado su merced, John», cuando ella, al verle palidecer y enrojecer de ira y celos, soltó el trapo y clamó alegremente: «Voy, milord», con una voz vibrante de triunfo, que le dejó a Hayes el alma transida de dolor y a punto de que le faltara el aliento.

Sin embargo, Tomás permanecía impávido ante tal coquetería; él y sus dos compañeros estaban ya casi sugestionados por el cabo: esperanza, gloria, cerveza cargada, príncipe Eugenio, ascensos, más cerveza fuerte, su bendita majestad, más cerveza todavía y otros asuntos por el estilo, ya báquicos, ya marciales, daban vueltas en sus aturridos cerebros con velocidad vertiginosa.

Si hubiera habido un par de hábiles reporteros en el «Mesón de la Trompeta» habrían podido anotar los variantes de una conversación de amor y guerra -siendo los dos temas discutidos por las dos distintas reuniones que ocupaban la cocina-, las cuales, como las particellas, eran cantadas al mismo tiempo, formaban un «duetto» en el que las armonías se acordaban perfectamente. De manera que, mientras el capitán murmuraba las más dulces insulseces al oído de Catalina, más allá el cabo, a grandes voces, narraba las más fieras batallas.

CAPITÁN.- ¿Qué te parecería un precioso recamo de plata, linda Catalina? ¿No crees que una amazona escarlata, con magníficos encajes, te sentaría a maravilla? ¿Y un sombrero gris con una pluma azul, una buena jaca para que la montaras; y al pasar por delante de la compañía que todos los soldados presentaran armas, diciendo: «Aquí viene la señora del capitán...», no estaría de primera? ¿No te gustaría un palco en el teatro de Lincoln o bailar un minué con mi amigo el marqués?...

CABO.- La bala le entró por el codo, y se la extrajeron al día siguiente, ¿a qué no adivinas por dónde?... Pues por el cogote.

CAPITÁN.- Con el collar, un par de preciosas arracadas de diamantes y unos cuantos lunares, que tanto agracian la cara de las mujeres, estarías divina... y si además añadieras un poquito de carmín..., aunque, ¡por Baco!, mejillas como las tuyas no lo necesitan..., vamos... tengo la seguridad de que los pájaros vendrían a picotearte en ellas, tomándolas por fruta...

CABO.- Pues... por encima de la muralla; detrás de mí subieron otros veintitrés camaradas... ¡Por el Papa, amigo Tomás, vaya un día! Tenías que haber visto las caras que pusieron los «musiús» cuando tuvieron delante aquellos veinticuatro demonios, armados con pistola y espada, dispuestos a pinchar y rajar, cayendo como un aluvión en el reducto... ¡Ah, sacre D...! ¡Toma! ¡Oh, mon Dieu! ¡Y duro con él! ¡Ventrebleu! al otro; y le hacíamos «ventrebleu», no te quepa duda..., porque «bleu», en francés, significa «abrir», y «ventre» quiere decir... pues...

CAPITÁN.- Los corpiños, que ahora se llevan demasiado largos; y de las faldas de miriñaque no hay que hablar... Si las vieras... Aun no puedo tenerme de risa por una dama que vino a la fiesta de Warwick con una falda que parecía una tienda de campaña... tan enorme, que te juro hubieras podido sentarte a comer dentro de ella con toda comodidad.

CABO.-...Y allí nos encontramos al duque de Marlborough, sentado con el mariscal Tallard, que trataba de ahogar su pena en vino de Johannisberg... buen vino, ¡voto a tal!..., mas no superior a la cerveza de Warwick... «¿Quién ha realizado esa acción?», dijo nuestro noble general; yo dí dos pasos adelante. «¿Cuántas cabezas has cortado», insistió: «Diez y nueve, mi general... y algunos otros heridos...» Cuando él oyó esto...¿por qué no bebas, Hayes?-, que me quede ahora mismo sin habla si no se le saltaron las lágrimas, y me dijo... «¡Bravo, mi noble camarada!... Perdonad, mariscal, si me alegro de oír hablar de la destrucción de vuestros compatriotas... Bravo, mi noble amigo... Toma... cien guineas para ti...» Y me las dió. Entonces el mariscal dijo: «El muchacho ha cumplido con su deber...» Y sacando una preciosa caja de rapé, de oro cincelado y diamantes, me regaló...

BULLOCK.- ¡Por Cristo, la tabaquera de oro! Eso es suerte, cabo.

CABO.- No... la caja no... Me dió a tomar «un polvo»... ¡Que me ahorquen si no lo hizo!... Hubierais visto la cara de Jack Churchill al ver tal prueba de generosidad.

CAPITÁN.- Y acercándose a ella, le dijo: «¿Puedo tener el honor de bailar este minué con vos, señora?» La sala entera estaba muerta de risa ante la plancha de Jack, porque...

como sabes... la pobre lady Susana tiene una pierna de palo... ¡ja, ja!... Habría resultado divertido un minué con una pata de madera... ¿Verdad, preciosa?

CATALINA.- ¡Ja, ja, ja!... ¡Oh, capitán... qué tunante sois!...

.....

Este retazo de conversación es más que suficiente para comprender que cada uno de los dos bizarros militares conducía, hasta entonces, sus operaciones con una perfecta estrategia. De los cinco destacamentos atacados por el cabo, tres se le habían rendido ya. El primero de todos fue Bullock, que se entregó desde los primeros ataques, y que había ignominiosamente dejado caer sus brazos por debajo de la mesa, no habiendo podido resistir más de doce descargas de cerveza; otro, el hijo de míster Blacksmith y un labrador cuyo nombre no hemos llegado a saber; el mismo míster Butcher estaba a punto de ceder, y habría cedido, de no ser auxiliado a tiempo por la furiosa carga de un destacamento que marchaba en su socorro, y que se componía de sus dos hijos y de su mujer, la cual hizo irrupción en el parador como una furia del averno, la emprendió a golpes con él marido y empezó a soltar por aquella boca tal cantidad de sapos y culebras contra el cabo, que éste hubo de creer lo más prudente declararse en retirada.

Entonces ella, cogiendo al marido por los pelos, le sacó a empujones del local..., con lo que el cabo se quedó estupefacto. Su estupefacción fue mayor aún al poder comprobar que su ataque contra John Hayes había fracasado más ruidosamente todavía: el tal Hayes parecía inalterable a la bebida... ya que no al amor; así es que, tomando con toda tranquilidad su sombrero, dio las buenas noches al cabo y se dispuso a partir, no sin antes dirigir una tierna mirada a Catalina, a la cual ella no hizo el menor caso, ya que ni aun le devolvió las buenas noches. Ella estaba entonces sentada a la mesa del capitán, jugando a las cartas con él, y aun cuando no pudiera comparárselo en el juego, él se las componía para perder todas las manos, seguro como estaba de que ganaba más que perdía.

Es de creer que Hayes fué a informar a la señora Score de lo que pasaba en la cocina, pues al salir de ésta se detuvo un momento en el bar, siendo llamada en seguida adentro, encontrándose el conde, al pedir una copa de vino añejo y un vaso de agua con panal, que ambas cosas le eran servidas por la dueña en persona. La consecuencia de ello fue que durante la media hora que necesitó para beber paulatinamente su bebida, el conde de Galgenstein, cuyo humor había ido ennegreciéndose, no cesó de mirar nervioso hacia la puerta por donde acababa de marcharse Catalina..., la cual no volvió a presentarse. Al fin, enojado de mala manera, pidió que le mostraran su alcoba, y se encaminó hacia ella como Dios le dio a entender, porque, a decir verdad, no podía tenerse en perfecto equilibrio sobre sus piernas. Y fue la señora Score quien le condujo, corrió las cortinas y, mostrando con orgullo la blancura de las sábanas, dijo:

-Esta es una habitación muy cómoda, aunque no la mejor de la casa, que es la que por derecho corresponde a vuestra merced; pero como tiene dos camas, el cabo se ha metido en ella con los tres reclutas borrachos, y la ha cerrado por dentro con dos vueltas de llave; pero

ya verá su merced qué lecho más cómodo y bien aireado éste; con deciros que yo he dormido en él durante diez y ocho años.

-Entonces, ¿qué? ¿Pensáis pasar esta noche sentada en él, a mis pies?... Pues no os arriendo la ganancia.

-¡Cómo! ¿Sentada aquí? ¡No, por Dios! Me iré a dormir a la cama de Catalina, porque siempre que hay huéspedes dormimos juntas.

Dicho lo cual, la señora Score hizo su buena reverencia y se retiró.

.....

A la mañana siguiente, bien tempranito, la activa patrona y su bulliciosa asistenta habían ya preparado el jamón, el tocino frito y la cerveza para el cabo y sus tres secuaces, y puesto un hermoso mantel blanco para el desayuno del capitán. El joven herrero no comió con mucho apetito: pero Bullock y su amigo no dieron muestras de desagrado, salvo las naturales después de una noche como la pasada. Fueron muy contentos a casa del señor Dobbs a que los inscribiera en el registro, pues el párroco era, además, el juez de paz, y después recogieron sus humildes hatillos y despidiéronse sin gran pena de los pocos amigos que tenían.

Eran ya las once de la mañana, y el capitán aún no había bajado. Los demás estaban aburridos esperándole, y, mientras tanto, empezaron a gastar parte del dinero de la reina - ganado la noche antes con la venta de sus cuerpos-. También Catalina le esperaba impaciente, pues más de una vez había querido subir con el Pretexto de llevarle las botas o el agua caliente, y enseñarle el camino a Brock, que a veces se dignaba hacerle de barbero; mas en todas estas ocasiones hubo de impedirselo la señora de Score, no riéndola, sino sonriente y muy afable.

Al fin, con más suavidad que nunca, después de bajar de la habitación del capitán, le dijo:

-Catalina: su merced el conde tiene mucho apetito, y dice que te agradecería mucho poder comerse un buen alón de pollo; anda, hijita, llégate en un momento a la granja de Brigg y trae uno. ¡Ah!, desplúmalo antes de traerlo. Anda... que hagamos un buen almuerzo a su merced.

Catalina cogió su cesto y se fue por la puerta trasera del mesón, pasando por la cuadra; en ésta vio al muchacho del hostel, quien le informó de que la señora Score había inventado aquella trama para alejarla de la casa, pues él estaba arreglando los caballos para llevarlos a la puerta, porque el cabo le había dicho iban a partir en el acto para Strafford.

El hecho es que el conde, en vez de pensar en desayunarse con un alón de pollo, se había levantado con mala boca y sentía horror por cualquiera cosa que de lejos oliese a comida o bebida... a no ser de cerveza ligera; ordenó, pues, que le sirviesen un vaso de ésta, y al mandar que trajeran los caballos, preguntó a la seriora Score, aunque con mucha finura,

«por qué diablos había subido ella cada vez que llamaba, en vez de enviar a la muchacha»; a lo que la señora Score respondió que Catalina se había ido de paseo con su prometido y que no estaría visible en todo el día. Al oír esto, el capitán pidió inmediatamente los caballos y empezó a echar pestes del vino, de la cama, del mesón, de la patrona y de todo cuanto de cerca o de lejos tenía que ver con el hostel. Llegaron los caballos; toda la chiquillería del pueblo habíase reunido alrededor de ellos; aparecieron los reclutas con perifollos en los sombreros; vino el cabo Brock con aires de gran importancia, y dándole una palmada en la espalda al herrero, le hizo montar en su caballo; los chiquillos prorrumpieron en vítores. Por fin apareció el capitán; Brock le hizo un saludo militar irreprochable, que con pocas mafias y torpemente trataron de imitar los reclutas.

-Yo andaré un rato con estos bravos camaradas, y nos uniremos a vuestra merced en Stratford, más tarde -dijo el cabo.

-Bueno -repuso el capitán mientras montaba.

La dueña hizo una de sus mejores reverencias. Los chiquillos dieron más vítores; elmuchacho, que había estado sosteniendo las bridas con una mano y aguantando el estribo con la otra, y que esperaba una buena propina de un noble caballero como aquél, sólo recibió una coz y una maldición cuando el conde, picando espuelas, gritó:

-¡Largo todo el mundo!... ¡Así reventéis!

Y salió al galope...

John Hayes, que había estado toda la mañana rondando el mesón, sintió quitársele un enorme peso de encima, cuando vio que el capitán se alejaba galopando.

... ..

¡Oh, necia señora Score! ¡Oh, infeliz John Hayes! Si la Patrona hubiera permitido al capitán y a la muchacha seguir su camino y verse, aunque sólo fuera un minuto, delante de los reclutas, del cabo y de todo el mundo, es posible que no hubiese sucedido nada malo, y esta historia jamás habría sido escrita.

Cuando el conde de Galgenstein llevaba galopando como cosa de media milla por la carretera de Stratford, más triste y deprimido que el propio Napoleón abandonando al galope el romántico pueblo de Waterlloo, divisó a lo lejos, hacia adelante, en la vuelta de la carretera, algo que le hizo parar el caballo en seco; enrojecieron sus mejillas con un ardiente hormigueo, mientras el corazón le latía con violencia dentro del pecho. Una joven venía contoneándose lentamente a lo largo de la senda, con un cesto en una mano y un puñado de flores silvestres en la otra. Dos o tres veces se detuvo para añadir alguna nueva al ramillete, temiendo el capitán que, al hacerlo, pudiera verle; mas dio la casualidad que siguió andando sin que se la ocurriera mirar hacia adelante. La infeliz venía cantando, como si ninguno hubiese de oírla; su voz subía alegremente hacia el límpido cielo, y el capitán, para que el ruido de los cascos no interrumpiera la canción, metió el caballo sobre el césped y le bajó la cabeza hacia el suelo, donde «Jorge de Dinamarca» empezó a regalarle con la

rica ensalada que allí se le ofrecía. Entonces el capitán se ocultó sonriendo intencionadamente, sujetóse bien las altas botas y, al pasar ella, de un brinco se puso en el camino y, tocándola suavemente en el hombro, dijo:

-Querida amiga, vuestro humilde servidor...

Catalina profirió un grito; dio un salto atrás y se puso pálida; luego recobrose inmediatamente, y exclamó:

-¡Oh, señor!... ¡Me habéis asustado!

-Asustarte, encanto; antes quisiera morir que causarte miedo. Pero dime, preciosa, ¿tan terrible soy?

-Oh, no, vuestra merced! No quise decir tal: sólo que no me imaginaba encontraros aquí, ni que hubierais de marchar tan pronto, pues pensé que habíais dispuesto; y yo, en vez de ir a la granja de Brigg por el camino de Birmingham, vine a la de Bird, donde los pollos son mejores, milord...

-¿Dijo la arpía que yo había pedido un Pollo para almorzar?... Lo que le dije fue que no podía probar bocado, tan borracho estaba... quiero decir: tan buena estaba la cena de anoche; lo que ella hizo, cuando le pedí un vaso de cerveza ligera y que me le trajeras tú, fue decirme que te habías ido a pasear con tu prometido... ¡la bruja!...

-¿Qué?... ¡Con John Hayes!... ¿Habrá mujer más trapacera?

-Tú, de paseo con tu prometido... y yo sin poder verte; esto era demasiado; yo no podía resistirlo y, loco de rabia, quise matarme, te lo juro.

-¡Oh, señor!... ¡Por Dios... no os matéis! Os lo pido por...

-¿Lo pides por tu bien?

-Sí, por mi bien; si es que una infeliz muchacha como yo es capaz de convencer a un noble caballero...

-Entonces, por ti, sólo por ti lo haré; me resignaré a vivir... Pero ¿para qué? ¡Qué horrible infierno la vida sin ti! Sin ti, yo soy un pobre desgraciado, bien lo sabes tú, adorable, hermosa y cruel Catalina.

Por toda respuesta, Catalina exclamó:

-¡Ah, Dios mío, vuestro caballo se escapa!

Y así había sido, pues el caballo, una vez terminado su banquete, primero se detuvo y miró a su amo, como si no se resolviera; después, levantando la cola y estirando las patas, echó a correr carretera abajo...

Catalina comenzó a perseguir con rapidez al caballo, y el capitán a ir detrás de ella; pero aquél corría que apretaba, y los habría llevado muy lejos en su seguimiento si no hubiera sido porque, desembocando por un recodo del camino, apareció el destacamento de infantería y artillería a las órdenes de mister Brock. Conviene advertir que, tan luego como habían perdido de vista el lugar, el cabo hizo descender al herrero del caballo, se acomodó él en la silla y, para mantener la disciplina de sus tropas, sacó una pistola, amenazando con saltarle la tapa de los sesos al primero que hiciera intención de escapar. Llegado que fue el caballo cerca del destacamento, detúvose y se dejó coger por Tomás Bullock, que le sujetó hasta que su dueño y Catalina llegaron.

Bullock se quedó de una pieza cuando vio a la pareja, mientras el cabo saludaba graciosamente a Catalina y decía que era una mañana espléndida para pasear.

-Cierto que lo es -repuso ella con un gracioso mohín de desconsuelo-; pero no para correr. Lo que es yo... juro que apenas puedo tenerme en pie... Tan cansada estoy de haber corrido tras ese estúpido caballo...

-¿Cómo te va, Cati? -dijo Tomás-. Ya ves, voy a ser soldado porque no has querido nada conmigo...

E hizo un gesto de tristeza. Catalina dio la callada por respuesta, y de nuevo manifestó estar muriendo de cansancio. Una idea súbita, idea luminosa, hizo sonreír de satisfacción al capitán. Montó el caballo, que Tomás seguía sujetando, y dijo:

-¿Tan cansada, Catalina?... ¡Y por culpa mía! Por Cristo, que no darás un paso más, no; volverás a caballo, y con guardia de honor. Otra vez al pueblo, señores... ¡De frente, marchen! Cabo, enseñad a estos camaradas a marchar de frente... Y ahora, querida, monta detrás de mí, a la grupa; irás tan cómoda como en una silla de manos; apoya tu lindo pie en la punta de mi bota... Así, arriba... ¡ah!

-No es por ahí- gritó Tomás sin soltar la brida cuando empezó a moverse el caballo-. Tú no te irás con él, ¿verdad, Catalina?

Catalina volvió la cabeza atrás; pero sin desprender su brazo del busto de su capitán. Éste, soltando un taco tremebundo, cruzó la cara de Tomás de un fustazo. El pobre infeliz, que aguantó el primer golpe impávido, sin soltar las riendas, no pudo por menos de soltarlas al recibir el segundo; y al verlos partir al galope, sentose en la cuneta de la carretera y empezó a llorar amargamente.

-¡Marcha, mastuerzo!- le gritó el cabo apenas transcurrido un minuto.

Y no tuvo más remedio que ponerse en marcha, llorando por ella... La próxima vez que la vio, no le cupo ninguna duda de que se había convertido en la amante del capitán y de

que estaba más hermosa con el ancho sombrero gris de pluma azul y el rojo traje de amazona recamado con encaje de plata... Pero, en aquel momento, Tomás estaba montando en pelo un rocín de mala muerte, al que el cabo Brock hacía trotar en un ruedo, y hallábase tan ocupado en mirar adelante por entre las orejas del caballo, que no tuvo ni tiempo de gritar... Después de todo, era lo mejor que podía hacer, pues nada le convenía como callar.

.....

Antojándonosos éste un momento propicio para cerrar como con broche de oro el primer capítulo, debemos disculparnos ante el público por haberle puesto en contacto con caracteres tan indignos, como hay que reconocer que son los de todos ellos, excepción hecha de Bullock. Hasta ahora nos hemos atendido a la naturaleza y a la historia más bien que al gusto corriente y al estilo general de los autores. Algunas entretenidas novelas, la de «Ernesto Maltrevers», por ejemplo, comienza con una seducción; pero tiene en su descargo el ser realizada, en ambas partes, por individuos de muy sanas costumbres, y atesora tanta religión y filosofía el corazón del seductor, tan tierna inocencia hay en el alma de la seducida, que... ¡pobrecitos!, uno se siente interesado en sus veniales pecadillos, hasta el punto de que su inocente travesura resulta casi respetable, de bien descrita que está. Para que nosotros, en cambio, lleguemos a interesarnos por las bellaquerías de algunos personajes necesitamos verlas sin trampa ni cartón, y realizadas no por virtuosos filósofos, sino por verdaderos sinvergüenzas... Novelistas hay, muy distinguidos por cierto, que adoptan el sistema contrario, y despiertan el interés, obligando a los bellacos a realizar acciones meritorias. Nosotros hemos de protestar aquí solemnemente contra tales populares procedimientos. Que cada cual obre como lo que es; es decir, que en la novela los granujas se conduzcan como perfectos canallas, y las personas decentes, como caballeros; que no haya escamoteo ni prestidigitación con la virtud y el vicio, para que al final de tres volúmenes el lector, desconcertado, no sepa con quién se las entiende; no llegamos a alentar las generosas cualidades de los ladrones y a simpatizar con las villanías de nobles corazones. Por lo que a nosotros atañe sabemos perfectamente lo que le gusta al público, y hemos escogido criminales por personajes, tomando el asunto del calendario de Newgate, y prometiéndonos seguirle paso a paso. Por lo menos, entre los criminales no encontraremos cosa que pueda ser tomada por virtud. Y si, después de haber agotado tres o cuatro ediciones, el público inglés llega a sentirse asqueado, no solamente de nuestros bandidos, sino de los otros autores también, nosotros nos daremos por satisfechos. Solicitaremos del gobierno una pensión para seguir viviendo y consideraremos que hemos cumplido con nuestro deber.

Capítulo II

En donde se describen los encantos de un afecto sentimental.

No creemos sea imprescindiblemente necesario, para la finalidad de nuestra novela, seguir rigurosamente cuantas aventuras ocurrieron a Catalina desde que abandonó el mesón y se convirtió en amante del capitán: porque aunque sería fácil y justo probar cómo ella, siguiendo al elegido de su corazón, no hacía más que ceder a un inocente impulso, y

permaneciendo durante un determinado lapso de tiempo con él probaba más que suficientemente el arraigo y la profundidad del afecto que por él experimentaba; aun cuando nosotros pudiéramos presentar elocuentísimas disculpas por los errores que ambos cometieron, tales argumentos y descripciones podrían desagradar profundamente al lector, aparte de que ya le han sido anteriormente presentadas en la novela de «Ernesto Maltravers», ya mencionada.

De las pulidas maneras del caballero para con Catalina, como de su éxito rápido y brillante, el lector habrá sacado en consecuencia: primero, que el conde no experimentaba una pasión muy violenta que digamos por la ex sirvienta; segundo, que Gustavo Adolfo era un conquistador profesional, dispuesto a ejercitar su profesión, y tercero, que una unión de tal suerte comenzada, por la misma naturaleza de las cosas, ha de parecer destinada a concluir con igual rapidez.

Y así hubiera ocurrido, de haber podido realizarse el deseo del conde, pues al cabo de una semana comenzó a mostrarse indiferente; al mes, ya estaba aburrido; a los dos, disgustado, y a los tres empezaron los insultos y los golpes; total, en poco tiempo, arrepentido de haber brindado a Catalina la punta de la bota para que montara a la grupa de su caballo.

-¡Ah!- dijo un día a Brock en uno de esos momentos en que le tomaba por confidente de sus amarguras-. ¡Ojalá me hubieran cortado la punta del pie antes de habérsela ofrecido como escala de mano a esa pequeña arpía!

A lo cual respondió Brock con toda delicadeza:

-Acaso hubiera sido mejor echarla a rodar de un puntapié con escala y todo.

-Conque echarla a rodar, ¿eh? La infeliz se hubiera cogido tan bien a la barandilla, que no habría podido desprenderla. Para no mentiros, más de una vez he tratado ya... no de echarla a puntapiés...; eso no, es indigno de caballeros..., sino de inducirla a que vuelva a aquel maldito hostel en que la conocimos; ya le he soltado varias indirectas...

-¡Oh, sí, lo creo! Ayer precisamente vi a vuestra merced soltarle una magnífica con... un cubilete de cerveza... ¡Por Baco, que cuando la vi con toda la cara chorreando, empuñando un cuchillo para cerrar contra vuestra merced, se me antojó ver una verdadera demonia! Si vuestra merced sigue provocándola, esa mujer es capaz de dar cuenta de vos...

-¿Dar cuenta de mí? ¡Bah, no hay cuidado, Brock! Ella quiere hasta el último cabello de mi cabeza, me adora, querido cabo... ¡Ah, sí, me adora, y sería capaz de cortarse con el cuchillo su mismo gaznate antes que hacerme un pequeño arañazo en un dedo!

-Pues yo creo que sí -replicó Brock.

-Estoy seguro; mirad, a las mujeres les gusta que las traten mal, como los perros; yo sé lo que me digo. Nunca he tenido que atormentar a una mujer; pero ésta, si la trato mal, cuanto peor la trate, más me querrá.

-La señorita Hall debe de estar muy apasionada por vuestra merced, por lo visto -dijo el cabo.

-¿Muy apasionada?... No os chanceéis, Brock, pues lo está. Ayer, sin ir más lejos, después de la escena del cuchillo y la cerveza -no extrañéis se la arrojara al rostro, pues estaba tan insípida que no se podía beber-, le dije que no se la limpiase hasta la hora de cenar.

-¡Oh, lo bastante para hacer perder la paciencia a un ángel! dijo Brock.

-Pues bien: después del altercado, cuando le quitasteis el cuchillo, subió a su aposento -por cierto que se quedó sin comer- y permaneció encerrada más de dos horas. A las dos de la noche aparece la muy diablillo con la cara pálida, los ojos hinchados y la punta de la nariz roja como el fuego de tanto lloro y moqueo. Alargándome la mano, me dijo: «Max, ¿me perdonas?» «¿Qué?» -le respondí- ¿Perdonar a una asesina? Antes muera que tal vea...» «Tu crueldad acabará conmigo», suspiró ella. «¿Con que crueldad, eh? -repliqué enojado-. ¿Es que no te has limpiado la cerveza del rostro una hora antes de cenar?... ¿y qué te he dicho?» Nada pudo replicarme, por lo cual pude amenazarla con repetir mi castigo cada vez que ella se condujera en igual forma. Y esto la disgustó tanto, que de nuevo volvió a su aposento, donde se estuvo llorando de rabia hasta la madrugada.

-¿Llegasteis, al fin, a perdonarla?

-La perdoné, claro está. Había estado cenando con varios amigos y Tom Trippet, y después tuve la suerte de desplumar a un ricachón agricultor de Warwickshire, un verdadero papanatas; como nada me pone de tan buen humor como ganar en el juego, acabamos por reconciliarnos; pero ya le he advertido que no vuelva a darme más semejante cerveza.

Esta conversación pondrá de manifiesto, como no podría hacerlo cualquier explicación nuestra, por elocuente que fuera, el estado de relaciones en que se hallaban el conde y Catalina y la ternura de sentimientos que recíprocamente se profesaban. Que ella le amaba es indudable. Y así como hemos visto en el capítulo anterior a John Hayes, un pobre de espíritu como no lo hay mayor, que, siendo un pigmeo para cualesquiera otras pasiones, resultaba un gigante en la pasión amorosa, y seguía a Catalina con furioso anhelo, que a primera vista parecía opuesto a su temperamento..., de igual forma Catalina había quedado prendada del capitán, y, como ella misma confesaba, más le quería cuanto peor la trataba. Esto nos confirma en nuestra opinión de que el amor es una especie de enfermedad física, de la cual no puede escapar el género humano, como tampoco del sarampión, que ataca a todo el mundo, desde el primer par hasta el más humilde zapatero remendón; que no respeta el rango, la virtud ni la bellaquería en el hombre; que surge sin que nadie sepa cómo ni por qué, y que a su debido tiempo solivianta a todos y cada uno de los individuos pertenecientes a un sexo con una ciega furia y un anhelo incontenible por otros seres del sexo opuesto -ya sean puros, agradables, hermosos, de ojos azules y buenos, ya sean regañones, bizcos, jorobados y monstruosos, según las circunstancias y las variantes de la suerte-; que, abandonado a sus propios designios, no tarda en fenecer; pero que aumenta la

intensidad de su furia si se le lleva la contraria. ¿Acaso no está la historia llena, de semejantes ejemplos, desde los tiempos de Troya y aun antes, hasta nuestros días? Sabido es que Elena tenía, echando por lo bajo, noventa años cumplidos cuando se largó con su alteza real el príncipe Paris de Troya. ¿No era madama La Vallière contrahecha, legañosa, de tez grasienta, escuchimizada y de cabellos como la estopa? ¿No ha sido Wilkes el hombre más feo del mundo y, al propio tiempo, el de mayor encanto y más seductor para las mujeres? Amor es fatalidad, no voluntad; su origen, inexplicable; su progreso, irresistible; y la mejor prueba de ello es que, si inquirís dónde se coge el mayor número de ladrones, averiguaréis que es en las casas de mujeres públicas. Ellas necesitan verlos y amarlos, aun sabiendo que con ello se juegan el pescuezo. Y, por el contrario, que la mala conducta del hombre no causa la desafección de la mujer, todo el mundo lo sabe: bastaría para probarlo el hecho corriente del transeúnte que se mezcla en un altercado entre marido y mujer, cuando ésta es maltratada por aquél, y sobre quien los dos se abalanzan, golpeándole por su intromisión.

Considerando ya el tema más que discutido a satisfacción de ambas partes, no creemos haya todavía quien dude del verdadero cariño de Catalina por el valiente conde, cariño que, según pintoresca expresión de Brock, era, como los «beefsteaks» más tierno cuanto más golpeado.

Durante las primeras semanas de su unión, el conde había sido, por lo menos, generoso con ella. Poseía un caballo, elegantes vestidos, y recibía de los demás atenciones y lisonjas que tenía en alta estima. Pasado algún tiempo, fuera porque él jugara con mala suerte, o porque hubiera de pagar grandes cuentas, o porque tuviese algunas otras razones para quedarse pobre, es el caso que hubieron de reducirse a lo más indispensable. Él se dijo que, como Catalina había estado hecha a servir toda su vida, bien podría ahora ocuparse en servirle a él; de suerte que, cuando ocurrió el altercado de la cerveza, hacía ya tiempo que desempeñaba ella funciones de ama de gobierno, habiendo de cuidar con un celo insuperable de su comodidad, de su bodega, de su ropa blanca y otros engorros que gustan de entregar los solteros a la solícita atención de manos femeninas.

Para hacer justicia a la pobre desgraciada, debe hacerse constar que cuidaba de la casa con el mayor escrúpulo; no podía culpársela de la menor extravagancia, a no ser, de tarde en tarde, por lo que a los vestidos respecta, en las pocas ocasiones en que él se dignaba sacarla de paseo, y de algunas pequeñas extravagancias de expresión y de apasionamiento en las frecuentes riñas con que amenizaban sus coloquios. Tal vez sea que semejantes faltas no tengan remedio en uniones como la establecida entre esta pareja por parte de la mujer. Estas tienen que ser por fuerza tontas y vanidosas, y, por añadidura, prendadas de los trapos, y han de ser perpetuamente desgraciadas, acuciadas por la idea constante de su caída, con lo cual tienen que volverse violentas y pendencieras.

Así era, por lo menos, la señorita Hall, y bien pronto empezó la pobre a recoger el fruto de lo que había sembrado.

El remordimiento no es, pues, frecuente en un hombre en semejantes circunstancias. Ninguna desconsideración social le acarrea el seducir a una mujer, ningún amargo sufrimiento de la vanidad mortificada, ninguna mirada de desprecio de sus vecinos, ninguna

sentencia de destierro; todo ello cae sobre la seducida, no sobre el seductor, a quien se deja en completa libertad. La cosa más importante que un hombre aprende, después de haber realizado con éxito sus experiencias en una mujer, es a despreciarla. Toda la gloria de la hazaña le corresponde a él, y toda la vergüenza y el castigo caen sobre ella. Considerad esto, queridas lectoras, y no prestéis oídos a los jóvenes galanteadores que pretendan arrullaros con suaves palabras. Nada agradable os aguarda; sólo infortunio, escarnio y abandono. Pensadlo bien, y agradecedlo a vuestros salomones por habéroslo advertido.

En el entretanto, el conde había llegado a sentir un completo desvío y una indiferencia absoluta por Catalina. ¿Cómo podía ser de otro modo, habiéndosele entregado tan fácilmente? De buena gana habría buscado la ocasión de desprenderse de ella; pero aún le quedaba un resto de pundonor de hombre que le impedía tomar por la calle de en medio y decirle que se fuera... y la pobrecilla no llegaba a comprender las pullas que le soltaba en el transcurso de sus disputas y conversaciones... Y de tal suerte continuaron unidos: tratándola él tan sólo a insultos, y agarrándose ella desesperadamente, por cualquier insignificante brizna que estuviera al alcance de su mano, a la áspera roca bajo la cual sólo había la nada o la muerte para ella.

La fortuna volvió a sonreír de nuevo al conde a partir de la noche en que había estado con Tom Trippet y los otros camaradas, porque el caballero de Warwickshire, que había perdido una suma respetable, insistió en que se le diera la revancha la noche siguiente, en la cual una cantidad mucho mayor pasó al bolsillo de su merced el conde.

Este inesperado golpe de fortuna le puso a flote de nuevo y devolvió a su espíritu la grata ecuanimidad, que por fuerza de las anteriores adversas circunstancias había perdido. Y de esta felicidad, aunque en muy corta medida, también hubo de participar Catalina. Sin embargo, no quiso alterar el tren de vida, contentándose con tomar una chica que hiciera al mismo tiempo de fregaplatos y pinche de cocina, quedando a cargo de ella el guisar los condimentos de alguna dificultad; el conde dulcificó algo sus maneras con Catalina, llegando a tratarla con una brutalidad... casi aceptable... dada su manera de ser y la condición en que ella se hallaba. Aparte de que... esperábase un acontecimiento que suele tener importancia y que puede malograrse con una vida de sobresaltos.

El capitán, no sintiéndose muy seguro de sus propios instintos paternales, habíase preocupado de buscarle padre a su futuro vástago, a cuyo objeto había requerido el concurso de Tomás Bullock, haciéndole saber que Catalina tendría una dote de veinte guineas, y apelando a su antiguo amor por ella; pero Bullock declinó el ofrecimiento con grandes protestas de gratitud, declarando que estaba encantado de su condición de soltero. En tal situación, Brock tuvo un rasgo: ofrecíase a ser el padre de la criatura, el esposo de Catalina y el dueño de las veinte guineas, y seguramente habría llegado a serlo si Catalina, al ser informada por Galgenstein del arreglo convenido, no hubiera ido inmediatamente en busca del juez, de paz próximo y declarado bajo juramento quién era el padre de la criatura.

Esto que ella se imaginaba causaría gran indignación en su dueño y señor produjo en él un inexplicable contento. El conde declaróse sorprendido por la mala partida que ella le había jugado, y se regocijó al ver la rabia, la explosión de fiera rabia y las lágrimas de desesperación que siguieron a tal noticia. En cuanto a Brock, ella rechazó la idea de su

matrimonio con desprecio y asco, y respecto a Bullock, con mayor indignación todavía. ¡Casarse con él... un pobre trabajador... y soldado, por añadidura! Antes se mataría o saldría a robar al camino. Y es de creer que lo hiciera, porque la pequeña arpía era una de las personas más vanidosas del mundo, y sabido es que la vanidad es todo para algunas mujeres: su moral, su conciencia, su alimento, su única ley para el bien y para el mal. Tomás, como ya hemos visto, se sentía tan adverso a la proposición como ella misma, si cabe; pero el cabo, con una seriedad hartó cómica, amenazó con dedicarse a la bebida para combatir su pena; y así lo hizo en el acto.

-Ven, Tomás -dijo a Bullock-; ya que no podemos tener a la que queremos..., al demonio las penas; echaremos un trago a su salud...

A lo que Bullock nada tuvo que oponer. Tanta pena causó al cabo su desengaño, que, después de haber ingerido increíbles cantidades de cerveza, no pudiendo apenas ya articular palabra, dedicose a llorar, maldiciendo su mala estrella por verse privado no de una esposa, sino de un hijo: anhelaba tener uno que le sirviera de alivio en su vejez.

Acercábase la hora del alumbramiento; llegó, por fin, y Catalina dio a luz, con toda felicidad, un raquíco niño. Catalina, atenta a los nuevos cuidados que el fruto de sus entrañas le exigía, no tenía tantas ocasiones como de costumbre para disputar con el conde; éste, tal vez por respetar su situación, tal vez convencido de la necesidad de reposo que ella experimentaba, optó por ausentarse de casa mañana, tarde y noche.

Con lo cual no podía salir más beneficiado, pues jugaba continuamente, y desde su primera ganancia al buen hombre de Warwickshire, la fortuna habíale sido tan propicia que había llegado a reunir una suma de cerca de mil libras, la cual había llevado a su casa y guardado en un cofre de hierro hábilmente escondido debajo de su misma cama. Catalina era quien realizaba escrupulosamente tal menester, con lo cual conocía a ciencia cierta la importancia del secreto que el cofre encerraba, aun cuando la llave del mismo la tuviera el conde y le hubiese exigido solemne juramento de no revelarlo a nadie. Pero no está en la naturaleza de la mujer guardar tales secretos; el capitán, abandonándola durante días y más días, no pensaba en que ella podría tratar de buscarse confidentes dondequiera que fuese. A falta de confidente femenino, viose inclinada a confiarse a Brock; pues éste, en calidad de asistente del conde, y habiendo podido al fin ahogar la pena que habíale producido la negativa de Catalina, solía ir por la casa con bastante frecuencia.

Como dos meses después del nacimiento del niño, cansado el conde de sus llantos, le buscó una nodriza, se le mandó para que le criara fuera de casa, y despachó a la asistenta. De esta manera, Catalina reanudó sus trabajos como sirvienta, y dueña de casa al mismo tiempo.

Estando, pues, en su poder las llaves de la bodega, donde se hallaba la cerveza, las visitas de Brock en ausencia del conde menudeaban que era un portento, llegando a ser así el principal compañero y amigo de Catalina. A la usanza femenina, fue confiándole todos los secretos domésticos: los malos tratos del conde, los apelativos injuriosos que le dedicaba, lo que habían costado todos sus vestidos, cómo la golpeaba, cuánto perdía y ganaba al juego, cómo una vez empeñara uno de sus vestidos por darle dinero, mientras él

tenía cuatro nuevecitos, llenos de valiosos encajes y pagados del todo; cómo se limpiaban y conservaban los bordados de oro, se hacía la compota de cerezas y se ahumaba el salmón.

Sus confidencias se sucedían con rapidez vertiginosa sobre los diversos asuntos, de manera que, al cabo de poco tiempo, Brock conocía todos los detalles de la vida de su capitán durante aquel año tan al dedillo como el capitán mismo; mas, como era despreocupado, los olvidó en seguida, cosa que nunca hubiera hecho una mujer. Las mujeres son de tal manera que llevan nota de las más insignificantes acciones de sus enamorados, de sus palabras, de sus jaquecas, hasta de los trajes que llevaron en determinados días y de sus platos preferidos, detalles que se borran inmediatamente del pensamiento de los hombres, pero que permanecen fijos como la hiedra en el de las mujeres.

A Brock, pues, y no a otra persona -pues sólo a él trataba-, confió Catalina el secreto de las ganancias del conde y su manera de esconderlas en la caja de hierro, debajo de la cama. Brock hubo de considerar al conde como un afortunado mortal por atesorar tal suma. Él y Catalina examinaron el cofre: no era muy grande, pero sí muy fuerte, a prueba de rateros y ladrones.

-La verdad es que si alguien merece tener dinero, es el conde -decía Catalina- aunque bien podría comprarme unas cuantas yardas de ese tisú de oro que tanto me gusta-; si alguien lo merece, es él, que lo gasta como un príncipe y tiene su bolsa abierta para todo el mundo.

No estará de más decir que, durante la reclusión de Catalina, el conde de Galgenstein habíase dedicado a cortejar a una rica dama que frecuentaba la alta sociedad de Birmingham, y que, a su vez, no se mostraba indiferente al título y a la persona del capitán. Los cuatro trajes nuevos, llenos de encajes y completamente pagados -como Cati decía-, habían sido adquiridos probablemente con la idea de deslumbrar a la heredera, y con tanta fortuna habían él y ellos desempeñado su papel, que la damisela habíale ya confesado su pasión, dándole su promesa de matrimonio siempre que papá diera su consentimiento. El cual fue obtenido, pues papá era un comerciante... y sabido es el efecto deslumbrador que un título produce en las gentes de más baja condición social... Gracias a Dios... puede decirse que en la libre Inglaterra cada uno de sus súbditos experimenta la necesidad de mostrar una bajeza rastrera y un temor servil del rango, como no existe en ninguna de las autocracias de Europa, y que sólo puede encontrarse aquí y en América.

Excusado es decir que Catalina vivía en la mayor ignorancia de semejantes negociaciones, y como el capitán había resuelto plantarla en la mitad de la calle antes de dos meses, mientras no llegaba el momento, mostrábase bastante amable con ella. Así suele sucedernos siempre que alguien trata de engañarnos o maquina algo contra nosotros.

La infeliz tenía una opinión exageradamente buena de sí misma y de sus propios encantos, para creer al conde capaz de querer librarse de ellos; así es que estaba inocente del complot que se tramaba contra ella. Pero, en cambio, Brock sabía a qué atenerse: había visto varias veces un lujoso carruaje, tirado por dos magníficos caballos blancos, por los alrededores del pueblo, y al capitán, en su brioso corcel, caracoleando gallardamente junto

al estribo; había también observado una dama muy gordinflona, de cabellos descoloridos, apoyarse en el brazo del capitán, al bajar pesadamente las escaleras de la Casa de Gobierno, Asamblea, de Walwickshire. Así las cosas, un día en que el conde estaba de humor excelente, saludó a Brock, dándole una palamada en el hombro, y le dijo que estaba en camino de poder costearse un regimiento entero, prometiéndole el ascenso para muy pronto. Fuese tal vez por semejante promesa, fuese porque no quisiera darle un mal rato, el caso es que Brock se guardó la mala nueva y no quiso dar conocimiento de ella a Catalina; de suerte que esta novela hubiera tenido que quedarse sin escribir, de no haber ocurrido el percance que a continuación se cuenta.

Un día en que Galgenstein estaba con Tom Trippet y otros camaradas, gustando unas botellas de excelente vino en sus habitaciones, en el seno de la confianza le preguntó Trippet:

-¿Para qué diablos necesitáis tener metido siempre en vuestra casa a ese borracho de cabo?

A lo que Galgenstein replicó:

-¿Quién? ¿Brock? Ese viejo sirvergüenza me ha sido a mí infinitamente más útil que el mejor de los hombres. En una reyerta es más valiente que un león; astuto como el zorro para la intriga, puede olfatear un acreedor a una distancia increíble, y encontrar una linda mujer, aunque esté oculta bajo llave y protegida por dos o tres murallas de piedra. Si algún caballero necesita un buen canalla, puedo recomendársele. Yo voy a cambiar de vida y tengo que desprenderme de él.

-¿Y de la preciosa Cati?

-También hay que darle el pasaporte, desde luego.

-Y el chiquillo...

-¡Pues qué!, ¿no hay instituciones a propósito en Inglaterra? ¡Ahí es nada! Si tuviera uno que mantener todos sus hijos, no se podría vivir. ¡Por Baco! ¡Ni Creso podría soportarlo!

-Por supuesto -dijo míster Trippet-, tenéis razón; y cuando un caballero contrae nupcias, es una cuestión de honor terminar con todas las bajas relaciones que ha cultivado íntimamente de soltero.

-Tal es mi opinión, y, por seguirla, tan luego, como la simpática señorita Dripping sea mía, las daré por terminadas. Por lo que a la joven respecta, si os agrada, podéis quedaros con ella; en cuanto a Brock, se lo cederé a mi sucesor en el regimiento de Cutt, pues pienso tener mi propio regimiento, en cuanto pueda... y no me convendría seguir teniendo en él conmigo a un truhán semejante, con su cara de borracho y sus hechos de timador, miserable, bellaco y ladrón; es una verdadera perturbación la que causa en el servicio, por lo que más de una vez he pensado en la conveniencia de darle la boleta.

Aun cuando el retrato que el conde había hecho de Brock no podía ser más exacto, no por eso dejaba de ser una ingratitud, viniendo de él, que tanto se había aprovechado de las viles condiciones de su subordinado; de seguro que no hubiera dado tan francamente su opinión acerca de Brock, si hubiera sabido que la puerta del recibidor hallábase abierta y que el sujeto en cuestión estaba en el pasillo sin perder ni una sílaba.

Brock, después de haber oído su triste suerte, apartose del sitio en que se hallaba, sin hacer el menor gesto de desagrado; pero se dijo muy piano, para su capote:

«¡Con que quiere echarme del regimiento!...»

Y añadió con una sonrisa expresiva:

«¡Ya le arreglaré yo a ése!»

Y sabido es que caballeros de su calaña, en casos semejantes, suelen hacer honor a su palabra.

Capítulo III

En el que se administra un narcótico y se describen algunos detalles de una agradable reunión.

Cuando el cabo, que habíase retirado a la puerta de la calle tan pronto como oyera la conversación antes descrita, volvió al aposento del capitán, para ofrecer sus respetos a Catalina, la encontró de un humor excelente. El conde había estado allí -dijo ella- con su amigo Tom Trippet, y habíale prometido regalarle algunas yardas del tisú que tanto le gustaba; había ofrecido también nuevas ropas para la criatura, después de haber estado en su compañía tomando una ponchera de refresco, que él mismo había hecho para ella, y de la cual también participó Trippet...

-Un hombre muy agradable -añadió-, y es lástima que no sea más juicioso y menos aficionado a los licores.

-Demasiado lo es, ciertamente -dijo Brock-. Hace un momento estaba tan borracho, que apenas podía tenerse en pie. Los he visto a él y a su merced en la plaza del Mercado hablando con Nan Fantail; tanto, que ella le quitó la peluca a Trippet porque quería besarla.

-¡Habrás calaveras! ¡Rebajarse de tal modo con gente de la calaña de Nan Fantail!... ¡Ah! Os juro, Brock, que hace una hora apenas Trippet decíame que tengo los ojos más lindos del mundo y que estaba dispuesto a cortarle el pescuezo al capitán por mi amor... ¡Y con... Nan Fantail!

-Nan es una persona decente -replicó el cabo-, y fue la gran favorita de su merced el conde hasta que otra persona se cruzó en su camino. Nadie puede decir cosa alguna contra ella.

-¡Hay que ver con quien! Una sucia, asquerosa. Yo no sé qué es lo que los hombres pueden ver en ella.

-Es graciosa y picaresca en sus maneras... y eso es lo que gusta a los hombres... y...

-¿Y qué? ¡No creo pretendáis decir que mi Max también está prendado de ella ahora! -dijo Cati, tomando un aspecto feroz.

-¡Oh, no!... Desde luego; no de ella... Es decir...

-¡No de ella! -gritó, fuera de sí, Catalina-. ¿De quién entonces?

-¡Bah! No hagáis caso. ¿De quién ha de ser sino de vos? ¿Por qué otra creéis que haya de preocuparse?... Y, sobre todo, ¿qué se me importa a mí?

Y comenzó a silbar, como si hubiera terminado la conversación; pero Catalina no se daba por satisfecha y siguió con sus irreductibles preguntas.

El cabo, después de haber soslayado algunas de ellas, afectando un aire resuelto y confidencial, añadió:

-La verdad, Catalina, yo soy una persona de bien, y creo que debo ponerlos sobre aviso. Él ha sido mi mejor amigo hasta ahora, y por eso callaba; pero no puedo seguir así por más tiempo... antes reventaría... Yo creo que obra con vos como un perfecto bellaco...; os engaña, es un libertino; señorita Hall, ésta es la verdad monda y lironda.

Catalina le suplicó dijera cuanto sabía, y él resumió de esta forma:

-Lo que él quiere es desprenderse de vos, está ya cansado..., y por eso trajo aquí a ese necio de Tom Trippet, que está encaprichado de vuestros encantos. Él no tiene valor para plantaros en la calle, como un hombre..., aunque dentro de casa os trata como a una bestia. ¿Sabéis lo que proyecta? Oíd: dentro de un mes, poco más o menos, piensa ir a Coventry..., o hará como quien va allí para los efectos de la recluta...; pero a lo que irá en realidad será a casarse; y os dejará sin blanca, expuesta a que os pudráis o muráis de hambre...

Todo está ya preparado de antemano: dentro de un mes debéis pasar a ser la amante de mister Trippet, y su merced se casará con la rica miss Dripping, de Londres, que le traerá una dote de veinte mil libras, se costeará su propio regimiento y hará saltar al pobre Brock del de Cutt...

No necesitó más: la pobre joven cayó pesadamente al suelo, sin sentido.

Brock corrió en busca de un vaso de agua, y después de levantar a Catalina y tenderla en el sofá, mientras le rociaba el rostro, dijo:

-¡Por Baco, qué hermosa es la condenada!

.....

Cuando Catalina volvió en sí, el tono de Brock con ella era amistoso y casi sincero. No se consideró la pobre en el caso de entregarse a ulteriores demostraciones histéricas, como suelen hacer las damas de más alta condición social. Pero, en cambio, apremió a Brock para que le diera más amplias explicaciones de todo, lo cual hizo el cabo a conciencia, mientras ella las escuchaba con la mayor calma, sin prorrumpir en más sollozos, suspiros, exclamaciones de tristeza o de rabia y sin verter más lágrimas inútiles. Tan sólo al momento de despedirse y decirle: «¿Qué pensáis hacer, en vista de todo?», ella miróle de tal suerte que hubo él de decir para su capote, al marcharse: «¡Por Cristo! ¡Ésta es capaz de matarle! No quisiera ser yo el Holofernes que tuviese que dormir con una Judith semejante... ¡Dios me libre!» Y se marchó calle adelante, sumergido en profundos pensamientos.

Al volver el capitán por la noche, no le habló, lo cual le hizo prorrumpir en unos cuantos juramentos, echándole en cara su hurañía; pero ella se excusó, pretextando tener una fuerte jaqueca y diciendo hallarse gravemente enferma, con lo cual Gustavo Adolfo pareció darse por satisfecho y la dejó tranquila.

A la mañana siguiente la vio sólo un momento; él se iba al tiro. Catalina no tenía amigos, y -como es de rigor en las novelas- no pudo ir en busca de ninguna hechicera que le proporcionase un veneno; así es que tuvo que contentarse con acudir a los boticarios y, so pretexto de padecer un terrible dolor de muelas, hacerse dar todo el láudano que creía necesario para su propósito.

Cuando volvió a casa de nuevo, parecía alegre; míster Brock la felicitó por la mejoría que mostraba, y ella se las compuso de manera que, al volver el capitán del tiro, la encontró sin la hurañía de por la mañana, y la permitió cenar con ellos a condición de conservar su buen humor. Se sirvió la cena, y después la ponchera, que Catalina hubo de preparar con sus delicadas manos.

Inútil nos parece detallar la conversación que se sostuvo, ni contar los vasos de licor que se bebieron, ni describir cómo míster Trippet, que era uno de los invitados y declinó el jugar a las cartas con los otros, se puso junto a Catalina y empezó a hacerle el amor apasionadamente. Tal conversación fue la que era de esperar entre las personas que la sostenían, considerando que el anfitrión era un capitán de dragones, los invitados, lo mismo, poco más o menos, y la señora de la casa, una antigua sirvienta de un parador de una aldea, en la actualidad querida del anfitrión. Hablaron, bebieron y empezaron a emborracharse, sin que en el resto de la noche ocurriera cosa digna de mención. Brock actuaba, mitad de sirvienta, mitad de invitado. Míster Trippet se dedicó a estrechar el cerco de Catalina, mientras su dueño y señor jugaba a los dados con los otros caballeros. Aquella noche, la fortuna había vuelto la espalda al capitán; en cambio, el hombre de Warwickshire

estaba de una suerte loca. El capitán pedía constantemente de beber, aumentaba las apuestas y perdía casi todas las manos. Trescientas, cuatrocientas, seiscientas libras... todas las ganancias de meses anteriores las perdió en unas pocas horas. El cabo contemplaba el juego y parecía preocuparse gravemente a medida que el hombre de Warwickshire iba anotando las pérdidas del conde en el papel que tenía delante de sí.

La mayor parte de los invitados habían requerido sus sombreros y habíanse marchado: solamente habían permanecido el señor de Warwickshire y Toni Trippet, continuando éste junto a Catalina, cerca del sofá y de la mesa; como Catalina había pasado casi toda la velada en preparar las bebidas de los jugadores, él, que puede decirse estaba en el cuartel general del amor y del licor, habíase dedicado a ambos con tal ardimiento que ya casi no podía hablar.

Los dados seguían sonando sobre la mesa, las luces alumbraban apenas, ardiendo en largos pábilos. Míster Trippet no veía apenas al capitán, si como éste, por lo que a su embotada razón se le alcanzaba, tampoco podía divisarle a él; levantóse como pudo de la silla en que estaba, y, dejándose caer en el sofá de Catalina, con la voz enronquecida, los brazos pandos, los ojos inexpresivos, la faz pálida y la mandíbula caída, exclamó:

-¡Catalina, preciosa Catalina..., dadme un beso!...

-¡Bestia! -dijo con asco Catalina.

Y, dándole un empujón, le hizo caer al suelo, donde se quedó dormido cuan largo era, después de proferir sonidos inarticulados e ininteligibles.

Los dados continuaban sonando, las luces alumbraban apenas; ardían las pavesas.

-Van ochocientas -dijo el de Warwickshire, apuntando la nueva pérdida del conde.

-Vaya una tirada por doscientas -repuso Galgenstein-; pero, esperad: Catalina, danos más ponche.

Catalina se adelantó; estaba algo pálida, y advertíase un ligero temblor en su mano; dijo:

-Aquí le tienes, Max, estaba calentándole; no le bebas todo; déjame un poco.

-Qué espeso está -insinuó el conde mirándole.

-Es el brandy -repuso ella.

-Bueno, venga. Señor, a vuestra salud y más suerte...-y casi vació la copa de un trago; inmediatamente exclamó:- ¿Qué veneno es éste?

-Veneno -dijo Catalina-; ¡cómo veneno!; dame el vaso que yo beba; ¿a ver?

Y brindando por Max, acercó el vaso a sus labios.

-Este ponche está riquísimo; en tu vida le has bebido mejor.

Y volvió a sentarse en el sofá para observar de nuevo a los jugadores.

Míster Brock contemplaba el blanco rostro de Catalina y sus ojos inmóviles con una especie de torva curiosidad. El conde, después de escupir y maldecir el ponche, tomó los dados e hizo la tirada.

El de Warwickshire ganó nuevamente; levantose y rogó al cabo le acompañasen abajo, lo cual hizo Brock complaciente.

El licor había trastornado al conde: sentose, hundió la cabeza entre sus manos y, con los mejores juramentos de su escogido repertorio, comenzó a maldecir de su mala suerte, del ponche y de todo lo existente. La puerta de la calle cerrose de un porrazo; los pasos del vencedor y de Brock oyéronse durante unos momentos, hasta que se perdieron en el silencio de la noche.

-Max- dijo Catalina, llamándole.

Y no obteniendo respuesta, volvió a llamarle, tocándole en el hombro.

-Así revientes -prorrumpió él-; quítate de ahí y no me pongas tus garras encima. Anda, mujerzuela, vete a la cama, o al infierno... poco me importa..., y dame más ponche, un barril más de ponche, ¿oyes?

Con lo cual daba a conocer cuánto le alteraban las pérdidas del juego, y lo que deseaba ahogarlas en el licor.

-¡Oh, por Dios, Max! No es posible que quieras más ponche todavía.

-¿Qué? ¿Es que no puedo emborracharme ni en mi propia casa, si me viene en gana hacerlo? ¡Fuera de aquí!

Y con las mismas le propinó una sonora bofetada.

Ella, contra lo que tenía por costumbre, no se la devolvió, ni hizo moción de tal, como en todas las trifulcas que tenían, sino que, cayendo de hinojos, con las manos cruzadas, y mirando angustiosamente al rostro del conde, exclamó:

-¡Oh, Max, perdóname... perdóname!

-¡Que te perdone!... ¿Por qué? Por haberte abofeteado... ¡Ja, ja! Si no te parece bastante, te... perdonaré otra vez...

-¡Oh, no, no es por eso! -repuso ella, retorciéndose las manos-. No es la bofetada lo que me duele, sino lo que te he hecho...

-¡Qué dices... asquerosa musaraña!

-¡Es el ponche!

El conde, que estaba más que medio beodo, adquirió un aire de seriedad extraordinaria.

-¡El ponche!... No, jamás te perdonaré ese último vaso: es la bebida más repugnante que he tomado en mi vida; nunca te lo perdonaré.

-¡Oh, no es eso! -arguyó ella- ¡No es eso!...

-Pues yo te digo que sí. Ese ponche, ¿lo oyes?, era peor que veneno -dijo, y dejó caer hacia atrás la cabeza y empezó a roncar.

-¡Es que era veneno!

-¡Qué! -gritó él, levantándose de un salto y arrojándala de un manotón lejos de sí- ¡Qué! ¿Has pretendido asesinarme, infame, criminal?

-¡Por favor, no me mates, Max! Era láudano; ibas a casarte, lo supe, y, como estaba fuera de mí, fui, le busqué y...

-¡Calla, arpía! -gritó Galgenstein fuera de sí.

Y la arrojó a la cabeza el resto del licor y el vaso que le contenía. Pero el vaso envenenado erró el blanco y fue a dar de lleno en las narices de Tom Trippet, que seguía inadvertido, bajo la mesa, durmiendo a pierna suelta.

Sangrante el rostro, tambaleándose, blasfemando, con aspecto cadavérico, levantose míster Trippet y tiró de espadín.

-Bien, sea-dijo-. Preparaos a morir. ¿Queréis pelea? Estoy pronto a reñir con una docena de follones como vos.

Y comenzó a dar furiosas zancadas por la estancia.

-¡Maldición sobre ti!... Moriremos juntos.

Y, diciendo, sacó su hoja toledana y arremetió contra Catalina.

-¡Favor, socorro, asesinos, ladrones! -gritaba ella-. ¡Salvadme, Trippet, socorredme!

Y poniéndole delante de sí, entre el conde y ella, abrió la puerta de la alcoba, entró y echó el cerrojo.

-Quitaos de delante, Trippet -rugió el conde-; quitaos de delante, borracho insensato; quiero matarla, quiero aplastar a esa víbora.

Y batió con un golpe seco la espada de Trippet, que se desprendió de su mano y salió dando vueltas, por la ventana, a la calle.

-¡Tomad mi vida, entonces! -dijo Trippet-. Estoy borracho; pero soy todo un hombre, y, ¡por Baco!, que sabré morir sin decir ¡ay!

-Yo no quiero vuestra vida, imbécil. Escuchad, Trippet; volved en vos y no hagáis más tonterías. Esa mujer ha sabido lo de mi matrimonio...

-¿Con la de las veinte mil libras?

-Ha tenido celos y nos ha envenenado echando láudano en el ponche.

-¿Qué decís? ¿En el ponche? -exclamó Prippet, volviendo a su sano juicio como por encanto y amilanándose... ¡Oh, Dios santo!

-Dejaos de lamentaciones y corred en busca de un doctor; no nos queda otra salvación.

Y Trippet echó a correr como si le llevaran los demonios. El conde, ante la inminencia del peligro que le amenazaba, había olvidado sus vengativos propósitos respecto de su amante, o habíales diferido, cuando menos. Debe consignarse en honor de un hombre que había combatido por Marlborough contra Tallard, que su valor no le abandonó un momento en trance tal, aunque, a pesar de su osadía, no descuidara el alejarse y salir salvo del peligro. Para lo cual corrió hacia el aparador, donde estaban los restos de la cena, y, cogiendo la mostaza, el bote de la sal y una botella de aceite, los vació en un cacharro, en el que echó además gran cantidad de agua caliente. Luego tomó esta agradable mezcla, la llevó a sus labios y, apretándose la nariz con los dedos, bebió todo lo que su naturaleza pudo resistir. No había necesitado ingurgitar ni la cuarta parte del filtro infernal, para que se produjese el efecto deseado, pudiendo, gracias a este ingenioso vomitivo, librarse de casi todo el veneno que tan cariñosa y hábilmente habíale proporcionado Catalina.

A la sazón llegó el doctor con Brock y Trippet; éste no pudo disimular su contento al oír que a él no se le había también obsequiado con el veneno. Sin embargo, como precaución, se le recomendó tomar algo de la mixtura preparada por el conde; pero, no creyéndolo indispensable, se retiró a su casa, dejando a Gustavo Adolfo al cuidado del doctor y de su fiel servidor. Innecesario parécenos decir que se adoptaron todos los remedios utilizables para poner bueno al conde, y cuando, a juicio del doctor, ya había desaparecido el peligro por completo, ordenó éste que le llevaran al lecho y que permaneciera alguien a la cabecera de la cama, por si acaso, a lo que, Brock se ofreció del mejor grado.

-Esa furia es capaz de matarme si no lo evitas -dijo con voz entrecortada el conde-; debes echarla de la alcoba, y, si se niega a abrirte, romper la puerta a golpes.

Fue indispensable tomar tal determinación, después de haber llamado en vano repetidas veces. Para ello, Brock sacó una pequeña palanca de hierro -instrumento que desde varios días atrás obraba ya en su poder- y forzó la cerradura... La habitación estaba vacía y abierta la ventana; por ella, según todos los indicios, había escapado la damisela.

-¿El cofre?... ¿Sigue en su sitio el cofre? -preguntó asustado el conde.

El cabo corrió a mirar debajo de la cama, en donde estaba escondido, y repuso:

-Aquí está, a Dios gracias.

Se cerró la ventana; al capitán, que no podía desnudarse por sí sólo, de tan débil como estaba, se le desnudó y se le metió en el lecho. El cabo sentose a la cabecera del paciente: un sueño tranquilo acudió a sus ojos, y el despierto enfermero pudo comprobar con gran satisfacción los benéficos resultados de la vuelta a la salud.

... ..

Cuando, al poco tiempo, despertó el capitán, con gran sorpresa se encontró con que le habían amordazado, y vio que el cabo arrastraba la cama hacia otro extremo de la habitación. Intentó moverse, y dejó escapar algunos sonidos que, al través del moquero de seda, resultaban ininteligibles por completo.

-Si su merced llama o trata de gritar, le corto el gaznate -dijo el cabo.

A renglón seguido intentó hacer saltar la cerradura del cofre con la palanca- por donde puede comprenderse para qué la llevaba encima, prueba de que ya tenía de largo atrás madurado el golpe-, y viendo que sus esfuerzos resultaban inútiles, resolvió desprenderle del suelo, operación que no le resultó larga ni difícil.

-Vea vuestra merced: cuando se da con bellacos, el demonio lo paga. Vuestra merced quería largarme del regimiento; no tiene que molestarse: voy a dejarle por mi propio impulso, ya lo veis, y a vivir como un caballero lo que me resta de vida; noble capitán, bon repos. El señor de Warwickshire vendrá a primera hora a reclamaros vuestra deuda.

... ..

Hechas tales sarcásticas observaciones, el cabo escurrió el bulto, yéndose no por la ventana, como había hecho Catalina, sino por la puerta de la calle, con toda tranquilidad y parsimonia.

A la mañana siguiente, el doctor, al visitarle, le refirió cómo Brock, a media noche, habíase presentado azoradamente en la cuadra donde estaban los caballos del conde, había dicho al palafrenero que Catalina, después de envenenar a su merced, había huido, llevándose mil libras, y que él iba a lanzarse en persecución de la criminal, para cogerla y entregarla a la justicia; y, terminando de decir, montó el mejor caballo del capitán -aquel en que había sido raptada Catalina-, y puso pies en polvorosa.

De esta suerte, el conde Maximiliano perdió en una sola noche su amante, su dinero, su caballo, su asistente, y en nada estuvo que no perdiera la vida.

.....

Capítulo IV

De cómo Catalina vuelve a ser otra vez una mujer honrada.

Dejemos por ahora al valeroso Galgenstein abandonado a su propia suerte, en tan desagradable aprieto, sin dineros, sin mujer, sin caballo, sin asistente, con una mordaza en la boca y una cuerda bien sujeta en derredor del cuerpo, mientras llegan a libertarle sus amigos de tales angustias. Prescindamos también por ahora de las aventuras de mister Brock con el caballo del capitán, pues nuestro principal interés estriba en seguir las peripecias que acaecieron a Catalina, desde que se escapó de casa de Galgenstein saltando por la ventana.

En medio de sus sinsabores podía tener el consuelo de saber que nada malo podía acontecerle a su hijo, hallándose como se hallaba al cuidado de una buena nodriza, ante la cual era responsable el capitán. Por lo demás, sus perspectivas no podían ser más desconsoladoras. Sin casa a la cual poder acudir, con unos pocos chelines en la faltriquera y una gran cantidad de injurias que cobrarse, lleno el corazón de sentimientos vengativos, érala triste y difícil mirar a lo porvenir o volver la vista a lo pasado. ¿Adónde huiría? ¿Cómo iba a vivir? ¿Qué buenas oportunidades le deparaba la fortuna? Indudablemente había un ángel que guiaba los pasos de Catalina, pero no por cierto un ángel bueno, sino uno de esos enviados del averno, que tienen infinitos protegidos en la tierra y que frecuentemente se complacen en sacarlos a flote de las más procelosas circunstancias.

Catalina no había llegado a perpetrar el crimen; pero era tan mala como un criminal. En su corazón no habíase producido el menor latido de arrepentimiento; había realizado en el transcurso de su vida y del tiempo que pasara en unión del capitán gran copia de perversas coqueterías, disipando el tiempo holgazanamente, cultivando la vanidad, la mentira, profiriendo calumnias, fingiendo ataques de cólera y otro sinfín de inenarrables abusos; hallábase, pues, muy llena de cualidades para merecer la protección del ángel malo a que hemos aludido: el cual supo obrar con ella y ayudarla como a uno de sus seres predilectos.

No queremos decir con esto que él se apareciera a ella en forma mortal, como un caballero correctamente vestido, y la obligara a firmar con su propia sangre un contrato, entregándole el alma a cambio de ciertas condiciones que él debiera cumplir. Semejantes tratos diabólicos se me han antojado siempre indignos de lo astuta que debemos suponer cuando menos a una de las partes contratantes..., y que no será tan tonta como para comprometerse a pagar un precio exagerado por lo que puede obtener gratis al cabo de unos pocos años. No es por tanto presumible que a Catalina se le apareciera un espíritu de las tinieblas para arrebatarla en un carro de llamas tirado por dragones, corriendo sobre las

nubes a mil leguas por minuto. Nada de eso; el vehículo que pareció enviado en su socorro era de más humilde naturaleza. La diligencia de Liverpool, que en el año 1706 acostumbraba a recorrer la distancia entre dicha ciudad y Londres, en diez días, había salido de Birmingham aproximadamente una hora después de que Catalina abandonara el lugar; y como quiera que ella habíase sentado en una colina a llorar y a meditar tristemente en su amarga situación, no tardó el chirriante y desvencijado armatoste en darle alcance. El mayoral iba andando al lado de los caballos, animándolos con pintorescos apelativos, para que siguieran en su marcha de dos millas por hora; algunos pasajeros habían descendido del vehículo para aligerarle de peso, subiendo ellos la cuesta a pie; el carruaje llegó por fin a lo alto de la colina, emprendiendo un suave trote cuesta abajo, donde una vez llegado, esperó a los rezagados pasajeros. En esto, John, que había visto a Catalina, le preguntó de dónde venía, y la requirió, para que se subiera a la diligencia, a lo que ella accedió con mil amores; por lo que a la pregunta respecta tuvo a bien contestar que venía de Stratford... cuando, como ya hemos visto, acababa de dejar Birmingham.

-¿No has visto pasar por aquí una mujer en un caballo negro y con un saco lleno de oro en la montura? -dijo John, preparándose para subir en la baca de la diligencia.

-No he visto a nadie que parezca eso -repuso Catalina.

-¿Ni ningún soldado a caballo en busca de ella? Pues no me lo explico: ya sabes que en Birmingham ha habido una trifulca de todos los demonios por la tal mujer. Dicen que en una cena ha envenenado a nueve caballeros, y que ha estrangulado en la cama a un príncipe alemán, le ha robado veinte mil guineas y ha huido a todo correr en un caballo negro.

-Esa no puedo ser yo -dijo con todo candor Catalina-, porque sólo tengo tres chelines.

-Claro que tú no puedes ser..., porque ¿dónde tienes el saco de oro? Además tienes una cara demasiado bonita para envenenar a nueve señores y estrangular a un príncipe alemán.

-No te fíes -dijo Catalina ruborizándose-, ¿quién sabe?

A ella la hubiera agradado más, sin duda, que la creyeran capaz de merecer la horca; el palique terminó entrando Catalina en la diligencia, donde aun había sitio bastante para ocho personas por lo menos, y en donde ya habíanse acomodado de nuevo dos o tres de los pasajeros.

Para satisfacer la curiosidad de éstos, se vio Catalina forzada a inventar una historia fantástica, no desprovista de ingenio para una persona de sus pocos años y condición; y tuvo la habilidad de suscitar un vivo interés entre los viajeros, sobre todo en un joven que había podido observar la belleza de su rostro a través del velo, y que comenzaba a prodigarle todo género de atenciones.

Mas fuera por la gran fatiga que habíanla producido los acontecimientos de la noche pasada, o porque tal vez el sorbo de láudano que había ingerido, al probar el ponche envenenado, comenzara a hacer su efecto, el caso es que Catalina, de repente, se sintió enferma, febril y atacada de un sueño extraordinario. Así hubo de continuar durante varias

horas, ante la conmiseración de todos sus compañeros de viaje. La diligencia llegó, por fin, al parador en donde solía detenerse algunas horas para que descansaran los caballos y pasajeros y para que éstos cenasen. Catalina medio se despertó por el movimiento de los viajeros y las voces de la moza del mesón; el joven, que parecía inflamado por su belleza, la requirió con toda galantería para que descendiera del carruaje, a lo que ella hubo de acceder, aceptando de muy buen grado el brazo que le ofrecía.

Una vez fuera, el joven comenzó a decirle frases seductoras, y... muy ensimisanada debieron de ponerla, o tal vez ya lo estaba por sus propios pensamientos, o aun la tenían atontada el sueño, la fiebre y el láudano, porque no se dio cuenta del lugar en que se hallaba. De no haber sido así, seguramente habría preferido quedarse en la diligencia, enferma y sin cenar. Ya habrá adivinado el lector, por lo dicho, que el mesón era el mismo del que la hemos visto salir al comienzo de nuestra historia, y al frente del cual, como entonces, seguía la señora Score, parienta de Catalina. La dueña, al ver una dama tocada con un manto, elegantemente vestida y apoyándose como desfallecida en el brazo de un joven de admirable presencia, dedujo que eran marido y mujer, y, además, gente de calidad, y con mucha discreción y amabilidad los condujo, a través de la cocina, a su mismo gabinete, en donde ofreció un sillón a Catalina, preguntándole qué deseaba tomar. A la sazón, y habiendo oído la inolvidable voz de su tía, Catalina se dio perfectamente cuenta de su situación; de suerte que, cuando su solícito compañero se hubo retirado, ella estaba ya preparada para el grito de asombro que había de lanzar la señora Score al reconocerla, -la cual exclamó:

-¡Pero, Dios mío, si es Catalina!

-Tía, me encuentro muy mal; estoy horriblemente fatigada, y daría todo el oro del mundo por unas horas de descanso.

-No faltaba más, querida: unas horas de descanso y de todo lo que tú quieras; por lo pronto, voy a prepararte un refrigerio. Pobrecita mía, tienes cara de estar horriblemente cansada. ¡Ah, Catalina, no sé por qué se me antoja que todas vosotras, las mujeres de mundo, sois unas pobres desgraciadas! Me apostaría cualquier cosa a que con todos tus bailes, coches y hermosos vestidos, no eres tan dichosa como cuando vivías con tu tía, que tanto te mimaba.

Con tan amables palabras y uno o dos besos, que Catalina recibió con gran asombro, su tía la condujo al mismo lecho en que un año antes había dormido el conde; la ayudó a desnudar y acostarse, la arropó bien y contempló con gran admiración las finas ropas interiores, diciéndose para sí, después de registrarle el portamonedas y ver que sólo contenía tres chelines:

«¡Qué falta le hace llevar dinero, si el conde lo paga todo!»

Catalina no la había engañado; quien había sido engañado era la misma señora Score, que había tomado a aquel joven que acompañaba a su sobrina por el propio conde en persona; de suerte que, creyéndolo así y recordando las ponderaciones que acerca del tren de vida

del conde había oído varias veces, creyó conveniente tratar a su sobrina con el mayor respeto y considerarla como si fuera una dama de alta alcurnia...

«Es toda una señora -había dicho, meses antes, la señora Score, al oír tales historias, y una vez que se le hubo pasado el disgusto por la desaparición de la sobrina-. Es verdad que se ha portado cruelmente conmigo, abandonándome; pero hay que convenir en que es como si estuviera casada con un noble, y todos estamos en el caso de olvidar y perdonar.»

Tales palabras habían sido dichas al doctor Dobbs, quien las reprobaba en absoluto, añadiendo que el crimen de Catalina era mucho más nefando y vituperable, por el solo hecho de haber sido cometido con miras interesadas, y llevando su indignación hasta el punto de decir que, aunque Catalina fuese una princesa, él no volvería a hablarle en la vida. A esto replicó la señora Score al doctor Dobbs, que tenía ideas anticuadas; ella, en cambio, las tenía muy modernas..., cuya modernidad consistía, por lo visto, en un extraordinario respeto por la fortuna, con el consiguiente desprecio de la pobreza.

Cuando la señora Score volvió al salón antecocina, se dirigió al que acompañaba a Catalina, y, tras una graciosa reverencia, le dio la bienvenida; díjole que su dama no bajaría a cenar, y que había encargado le dijera hallábase muy fatigada y deseaba reposar una o dos horas.

Tales palabras fueron acogidas con gran extrañeza por parte del joven, el cual era un sastre que iba de Liverpool a Londres a adquirir los modelos para la próxima temporada; pero, por no desengañar a la dueña, se contentó con sonreír amablemente, y ella fuese ufana a la cocina a echar un vistazo a la cena.

Habían ya transcurrido las dos o tres horas de parada, y el mayoral, considerando suficiente el descanso de sus caballos, enganchó de nuevo y mandó avisar a los pasajeros. La señora Score, que había visto con gran satisfacción que su sobrina hallábase realmente enferma con más fiebre, y esperaba poder tenerla varios días en casa y explotarla, salió de la habitación, y, poniendo cara compungida y mirada de tristeza, se dirigió al sastre y le dijo:

-Milord -ya que recuerdo perfectamente a su merced-... vuestra dama está tan delicada que sería una pena pretender que se levantara. ¿No os parece que diga al mayoral baje vuestros baúles y los de ella y os preparo la cama en la habitación de al lado?

Una ruidosa carcajada fue la inmediata respuesta a tal pregunta.

-Señora -repuso alegremente el joven-; yo no soy un lord, sino un pañero y sastre; y en cuanto a esa joven, hoy es la primera vez que la he visto en mi vida.

-¡Qué! -gritó, fuera de sí, la señora Score-. ¿No sois vos el conde? ¿Me queréis decir que no sois el querido de Catalina... que no habéis ordenado una habitación para ella... y que no pagáis el importe de esta cuenta?

Dijo, y exhibió un papel en el que la dama del conde se reconocía deudora de la señora Score por la cantidad de media guinea.

Estas palabras furiosas excitaban más y más la risa del joven.

-Pagadla, milord, y vámonos, que hay prisa -dijo el mayoral.

-Nuestros respetuosos saludos a su merced -añadió un pasajero.

Y así, en medio de gran algazara y alegres risotadas, abandonaron el hostel, metiéronse en la diligencia y ésta partió chirriando y dando tumbos.

Fuera de sí, pálida de rabia y coraje, esgrimiendo la cuenta, siguió un trecho la señora Score a los pasajeros; mas cuando el coche desapareció, volvió en sí misma, corrió al mesón como una flecha, tirando al suelo de un encontronazo al pinche, sin dignarse siquiera contestar a las solícitas preguntas del doctor Dobbs, subiendo las escaleras de dos en dos peldaños, y penetró hecha un vendaval en la estancia de Catalina.

-¡Con que esas tenemos, señora! ¿Crees que has podido venir a esta casa a estafarme? ¿Te figuras que puedes venir impunemente, dándote aires de persona principal, haciéndote pasar por amiga de un noble caballero, y usar el mejor lecho, cuando no eres más que una mendiga? Vaya, ya te estás levantando, que no quiero pordioseros en mi casa. Ya sabes dónde puedes ir a trabajar, de modo que, ¡largo de aquí!

Y con las mismas, la destapó bruscamente, obligando a la pobre Catalina a levantarse, temblando de miedo y de fiebre. La desgraciada no tuvo valor para responder, como hubiérale tenido el día anterior, en que habría contestado con media docena de juramentos a cada uno de los que le hubieran dedicado; pero entonces sólo supo suspirar, tiritar y recoger presurosamente sus ropas para vestirse; llorando, dijo:

-¡Por Dios, tía, no me trates así; estoy enferma y soy muy desgraciada!

-Enferma tú, ramera; con que enferma! Así revientes; si estás enferma, te aguantas, que por tu culpa estás. Anda, fuera, pronto. Vístete de una vez. Vete a buscar trabajo, y no vuelvas más por aquí a pretender estafarme. ¡Mucha falda de satén y camisa con encajes para...

La pobre Catalina, derrengada, tiritando de frío, ardiendo de fiebre, recogió como pudo sus vestidos; parecía ignorar lo que iba a hacer, y no osó replicar una sola palabra a las insolencias de su tía. Sin proferir una queja descendió los estrechos escalones, y fue por la cocina, hasta la puerta de la calle, y desde allí se volvió para dirigir a su tía una mirada implorante; pero ésta, señalando imperiosamente la puerta, gritó:

-¡Fuera de aquí, mujerzuela indecente!

Y la pobre Catalina, dejando escapar el más triste sollozo, y deshecha en lágrimas, abrió la puerta y se encontró en medio del arroyo.

.....

-¿Cómo, qué veo?... ¡Si es Catalina Hall! -dijo alguien levantándose precipitadamente, apartando con brusquedad a la señora Score, corriendo hacia el camino con la pipa en la mano y sin peluca.

Éste no era otro que el mismo doctor Dobbs. El resultado de su entrevista con Catalina fue que él no volvió a aparecer más por el mesón a fumar su pipa, y que ella estuvo en su casa enferma durante algunas semanas.

.....

Muy concisos hemos de ser al relatar este periodo de la vida de Catalina, toda vez que nada inmoral le ocurrió durante su estancia en casa del doctor, y no hemos de cometer la grosería de molestar al doctor con descripciones de escenas de piedad, de sana alegría, de buen sentido y de sencillez, como aquí sería forzoso. ¿Para qué servirle al lector insípidos platos de virtud, cuando sólo puede digerir los picantes adobados con el gustoso vicio? Para ser breves, diremos que el doctor Dobbs, aunque teólogo consumado, era también un perfecto caballero; de suerte que antes de que ella llevara un mes en su casa, había empezado a considerarla como una de las personas más dignas de compasión y más sinceramente arrepentidas de este mundo; y en tal creencia, en unión de la señora Dobbs, había trazado ya varios planes concernientes a la futura vida de la joven Magdalena.

«Piensa que sólo tenía diez y seis años -decía el doctor a su esposa-, que no se escapó por su propia voluntad, sino que fue robada; el conde habíale jurado que iba a casarse con ella, y aun cuando ella no le abandonó hasta que él trató de envenenarla, hay que ver la resignación cristiana de que la pobre ha dado muestra. Estoy seguro de que ella le perdona con mucha mejor voluntad de la que yo necesitaría para perdonar a la señora Score, por haberla arrojado a la ventura de una manera tan cruel.»

Ya habrá notado el lector la diferencia entre las imputaciones del doctor y las que nosotros hemos hecho antes, que podernos asegurar son las únicas verdaderas; el hecho es que el pobre hombre había oído tal cuento de labios de la propia Catalina, y que no estaba en su manera de ser dudar de los demás, aunque le hubieran ido con una historia mucho más fantástica todavía. El reverendo y su esposa pusieron a meditar juntos, y, recordando la antigua pasión de Hayes por Catalina, dijéronse que bien podría renacer, si es que él había seguido siéndole fiel. Así, pues, decidieron sondear hábilmente el ánimo de Catalina - tan hábilmente que le preguntaron si le gustaría casarse con Hayes-, a lo que ella contestó rotundamente que no.

«No; ella había querido a John Hayes; él había sido su primero y único amor, pero estaba en el arroyo... y no se consideraba digna de él.»

Esta declaración le granjeó más alta estimación todavía en la familia Dobbs, y les hizo poner más empeño en la realización del matrimonio. Cuando Catalina tornó al lugar, hallábase Hayes ausente; pero no por eso dejaron de llegar a su conocimiento nuevas de la

enfermedad de la joven, del abandono en que la había dejado la señora Score y de la buena acción del doctor Dobbs, recogióndola en su domicilio. El santo varón hizo por encontrarse con Hayes en los alrededores de la casa, y, diciéndole que era necesario hacer algunas reparaciones en la cocina, le rogó que pasara a examinar la importancia que pudieran tener. Hayes comenzó por negarse rotundamente; en seguida dulcificó su negativa, puso después algunos reparos, pareció dudar más tarde y acabó por entrar, presa de una gran turbación: dentro, toda temblorosa, aguardaba, sentada, Catalina.

Lo que entre ellos sucedió no merece la pena de contarse. Nada tan insulso como la conversación que debemos suponer tendría lugar entre un aprendiz de ebanista y una moza de mesón. Sin embargo, debemos hacer constar que Hayes, que había tenido un año de tiempo para olvidar su pasión, y parecía haberla sofocado en absoluto, perdió de nuevo la cabeza así que vio la linda criatura, y quedose como para empezar otra vez su enmienda. No podemos asegurar si el doctor sospechaba lo que tramábase por los dos jóvenes: ello es que la noche que Hayes no se dejaba ver por la cocina de la rectoría, era porque hallábase paseando afuera con Catalina. Nada nos importa averiguar si fue ella quien se escapó con él o él quien huyó con ella; lo cierto es que al cabo de los tres meses verificose otro rapto en el lugar.

-He debido prevenirlo -dijo el doctor ante su mujer, que sonreía de satisfacción-; pero los muchachos se han guardado el secreto para ellos.

Y decía verdad. Verdad es igualmente que la señora Dobbs había pretendido varias veces poner en conocimiento de su esposo todos los pormenores de la proyectada fuga, que tenía más que sabido de antemano; pero él habíale ordenado siempre callar para no incurrir en complicidad.

La señora Dobbs, sacaba frecuentemente la conversación sobre el particular; decía, por ejemplo:

-Hayes tiene una bonita fortuna, y es buen comerciante; es hijo único, y puede casarse con ella cuando le plazca; cierto que no es muy gallardo, generoso, simpático; mas la quiere de verdad, y cuanto antes se casen, mejor. Ya sabes que no pueden casarse en nuestra iglesia, y que...

-Bien -replicaba el doctor-, si se casan en otra parte, allá ellos... Yo, con no darme por enterado...

Y con tan discreta indirecta se cobró valor, y llevóse a efecto la fuga un mes más tarde en una silla de postas, un domingo por la mañana, entre la rechifla de todos los chiquillos de la aldea, los cuales se atropellaban por ver escapar la pareja.

En el transcurso del mes, Hayes había hecho correr las amonestaciones en la próxima ciudad de Worcester. Pensando con razón que en un lugar tan grande no llamarían la atención, como en el solitario villorrio, condujo allí a su amor. ¡Oh, mala estrella la del bueno de Hayes! ¡Adónde te ha arrastrado tu negro destino, pobre hombre! ¡Oh, insensato doctor Dobbs! ¿Por qué habríais de dar escucha a los ardientes deseos de vuestra

casamentera esposa, olvidando que, antetodo, los jóvenes están obligados a obedecer a sus padres!...

.....

La Gaceta de Londres de 1.º de abril de 1706, contiene un decreto de la reina, poniendo en ejecución una ley votada en el Parlamento para aumentar y mejorar el número y condición de los marinos, y por ende la armada de su majestad; dicha ley autoriza a todos los jueces a extender mandamientos a los alguaciles, tinterillos, cabezas de partida y aun pedáneos, para penetrar, y, si necesario fuere, echar abajo las puertas de las casas en donde haya fundamento para suponer que se ocultan desertores de la Marina; y si no se hallaren de éstos, para echar mano de otro cualesquiera, siempre y cuando sus condiciones físicas lo permitieran. No es éste lugar adecuado para transcribir el decreto en toda su extensión, pues ocupa cuatro columnas de la Gaceta de Londres; pero sí para consignar que, al ser puesto en vigor, causó gran irritación en todo el reino.

Como todo el mundo sabe, tras la marcha de un poderoso ejército empiezan a surgir bandidos y criminales a su zaga; de igual suerte, tras una gran medida de carácter nacional adoptada por el Estado, aparecen infinitos intereses mezquinos de orden personal, los cuales son defendidos por toda la colectividad. Así, esta disposición de reclutamiento, dictada cruelmente en Inglaterra contra el pueblo inglés, con el único fin de mantener el prestigio británico en Flandes, dio lugar al nacimiento de crecido número de vagos y agentes informadores, que dedicáronse a vivir a costa del país, explotando a los que estaban sujetos a servicio militar, y atemorizando a los que no lo estaban, amenazándolos con incluirlos en sus listas.

Hayes, después de efectuado su casamiento, pensando que la vida en Worcester era más barata que en muchos otros sitios, buscó cuidadosamente el albergue más económico de la ciudad, donde poder llevar a su esposa. En la cocina de tal albergue departían bebiendo unos cuantos individuos, y como Catalina, consciente de su superioridad, se negara a comer en compañía de personajes de aquella catadura, la patrona condujo a los recién casados a otro cuarto interior, donde se les podría servir a solas. A decir verdad, la reunión de la cocina no era de las que una dama haya de tener gusto en frecuentar. Entre los que la componían destacábase un sujeto muy largo y enteco, con apariencia de soldado, y el cual llevaba una alabarda; otro, vestido de marino, tenía uno de los ojos cubierto con un parche; y el tercero, que parecía el jefe de la partida era un hombre recio, con capote de marinero y altas botas de montar, quien, por su apariencia, si los hubiera, podía compararse no a un lobo de mar sino a un caballo de mar.

Catalina creyó reconocer a alguno de aquellos desalmados, su tipo y su voz; pronto se convenció de que sus sospechas eran fundadas, porque, sin pedir permiso, irrumpieron los personajes citados en la habitación en que ella y su reciente esposo se hallaban. Al frente de ellos iba nada menos que su antiguo amigo Brock; traía la espada desenvainada, y, al ver a Catalina, llevose significativamente el dedo a los labios, como intimándola al silencio. El del ojo vendado inmediatamente se apoderó de Hayes, diciéndole:

-¡Arriba las manos! ¡No resistáis! En nombre de la reina os hago prisionero.

El de la alabarda guardaba la puerta, y dos o tres facinerosos más le guardaban las espaldas al del parche en el ojo.

.....

Capítulo V

Donde hallará el lector la autobiografía de míster Brock, y algo más.

-No creas a estos individuos, John -dijo la ya señora Catalina cuando el susto que la produjera la irrupción de los mismos hubo pasado-. No son magistrados: lo que quieren es sacarte el dinero.

-Pues no les daré ni un penique aunque me maten.

-Ese de la espada -prosiguió Catalina-, yo sé quién es; se llama...

-Wood, señora -interrumpió Brock-, servidor vuestro. Soy un mandatario del juez Gobble, de esta localidad. ¿No es cierto? -preguntó al de la alabarda.

-Así es -añadió el del ojo tapado.

-Nada es tan verdad -ratificó el del gorro de dormir.

-Supongo, señora, que nada tendréis que oponer ahora -dijo Brock, alias Wood-; no podéis considerar cómo falso el testimonio de estos caballeros: estamos en el desempeño de nuestra misión, la cual consiste en apoderarnos de todo varón apto para el servicio militar que no pueda responder satisfactoriamente de sí mismo y alistarle en las filas de Su Majestad. Aquí tenéis a este míster Hayes, señores. ¿Puede darse un hombre más sano, a propósito y mejor acondicionado que él para el servicio? ¡Por Baco, que es un magnífico ejemplar! Antes de que el sol se ponga, le inscribiremos como granadero, ¿no os parece?

-No te apures, John. Yo te aseguro que le conozco -exclamó Catalina- Lo único que quiere es sacarte dinero.

-¡Oh!... Ahora que caigo, me parece que os recuerdo, señora... A ver, dejadme pasar... ¡Ah, sí! Si la memoria no me es infiel... creo que fue en Birmingham, por los días en que trataron de asesinar al conde Gal...

-¡Oh, señor! -interrumpió Catalina, pasando en un momento del tono de desprecio al de la más amable cortesía-, seguramente me equivoqué; perdonad... ¿Qué pretendéis de mi

marido, apoderándose así de él? ¿Cuánto pediríais por dejarle en libertad y permitidnos marchar?... No tenéis más que decir la cantidad: es rico y...

-¿Quién? ¿Yo... rico yo, Catalina? ¡Por Dios! No la creáis, señor; vivo sólo del trabajo de mis manos; yo soy un pobre ebanista, dependiente de mi padre.

-Puede daros veinte guineas por su libertad; estoy segura -dijo la señora Catalina.

-Pero si sólo tengo una para poder llegar a casa -suspiró Hayes.

-En casa tienes veinte, y más -repuso ella-. Dales a estos caballeros una carta para tu madre, y, ella pagará; y luego nos dejaréis en paz, ¿verdad?

-Después que hayan dado el dinero, sí -dijo solemnemente Brock.

-Además, no hay por qué apurarse -arguyó el de la alabarda. Nosotros trataremos de haceros agradable vuestra detención, y beberemos a la salud de vuestra linda esposa.

Dicho lo cual, para no faltar a su palabra, llamó a la dueña y le pidió sirviera licor. Al ver Hayes a la patrona, arrojose a sus pies, rogándole lo socorriera y preguntando si la ley no le protegía...

-Aquí no hay más ley que ésta -replicó Brock sacando una terrible pistola, a lo cual la dueña nada pudo responder, contentándose con hacer un gesto de resignación y marcharse sin decir oste ni moste.

Después de otras varias y cariñosas sollicitaciones por el estilo, decidióse Hayes a escribir la requerida carta a su padre, diciéndole hallábase preso, que sólo le dejarían libre si le entregaba veinte guineas y que sería inútil detener al portador de la carta, toda vez que habían jurado matarle en caso de que algo desagradable aconteciera a su camarada. Como prueba de la autenticidad de la carta, obligáronle a adjuntar alguna presea: el anillo que Hayes llevaba, y que habíale regalado su madre el día de su cumpleaños.

Después de algunas deliberaciones, resolvíase confiar la misión diplomática al de la alabarda, quien, según las apariencias, era el segundo jefe de las fuerzas al mando del antiguo cabo Brock. Este individuo era designado por sus compañeros con los calificativos de abanderado y capitán Macshane; algunas veces, en el seno de la confianza, llamábanle Naripas, por el excesivo desarrollo con que éstas triunfaban en su rostro... Míster Macshane montó, pues, el caballo de Hayes y abandonó Worcester, dejando a todos los de la reunión bastante intranquilos acerca de su vuelta.

Sabíase que ésta no podía tener lugar hasta la mañana siguiente, con lo cual ya supondrá el lector cuán amarga noche de bodas se le presentaba a Hayes. Sirviose la comida, y, como habíanlo prometido, míster Brock y sus dos restantes camaradas participaron de ella con los recién casados. Vino luego el ponche, que bebióse también en amor y compañía, y a última hora, del tentempié sólo participó Brock, pues los otros dos individuos preferían la conversación de la dueña y sus pipas, al amor de la lumbre, en la cocina.

-No es muy agradable mi presencia aquí, lo reconozco -dijo Brock-, y siento que os veáis forzado a pasar de esta triste suerte vuestra noche de novios; pero no hay otro remedio; alguien ha de quedarse con vosotros, amigos míos; pudierais tener la mala idea de escapar por la ventana, lo cual nos obligaría a tener que mataros, y el diablo sabe a qué otras desagradables consecuencias. Como mis amigos gustan de fumar sus pipas, tendréis que soportar mi compañía hasta que puedan relevarme.

Nadie supondrá que tres personas que habían de pasar toda la noche juntos en una habitación, aunque de mal grado, pudieran permanecer inalterablemente silenciosos, sin entablar algo de conversación; así, no es de extrañar que Brock, como buen soldado viejo, tratara de amenizar aquellas horas de sus prisioneros con la más exquisita amabilidad, haciendo cuanto humanamente estaba en su poder... con la ayuda del licor. Hayes consintió, al fin, en beber, y lo hizo copiosamente; pero no se mostró muy locuaz. El miedo a ser reclutado, la duda de si sus padres accederían a pagar el rescate y la gran cantidad de dinero que habían de desembolsar por el mismo, teníanle tan preocupado que apenas si le dejaban escuchar lo que se decía.

Por lo que a la señora Catalina respecta, no es de suponer la desagradase de veras ver al antiguo cabo; habían sido buenos amigos en otros tiempos, de felices recuerdos para ella; había recibido de él verdaderas pruebas de aprecio, a las cuales había correspondido; por fuerza tenía que subsistir entre ellos una sincera y afectuosa amistad, y como subsistía, pegaron pronto la hebra en amena charla.

... ..

El cabo, después de haber hecho a Hayes trasegar de lo lindo, propuso una partida de cartas. Hayes, al cabo de una hora de juego, sintiose con tanto sueño, que no vaciló en echarse sobre la cama, vestido como estaba, no tardando gran cosa en quedarse dormido como un tronco y roncando hasta la mañana siguiente.

Catalina, que no sentía ganas de dormir, y el cabo, completamente espabilado -dando frecuentes y cariñosos tientos a la botella-, no tardaron en enfrascarse en la más íntima de las confidencias, ya que el profundo sueño de Hayes hacía considerarse como a solas. Explicó ella todas las circunstancias que habían concurrido en su matrimonio; admiraron la casualidad que habíales hecho encontrarse de nuevo en aquella «Fonda de las Tres Rocas», no tardando Brock en confesarle la perfecta ilegalidad de la acción que estaba cometiendo, y cuyo único objeto era sacarle los dineros al tonto de Hayes. El simpático cabo no experimentaba el menor asomo de vergüenza por su profesión, e hizo algunos chistes ingeniosos acerca de las últimas peripecias de la vida de Catalina: su tentativa de envenenamiento del conde y los futuros planes que debiera hacer en calidad de esposa. Brock extendiose en la narración de cuanto habíale acontecido desde que habíanse visto por última vez: cómo había galopado con el caballo del conde hasta Oxford, en donde había cambiado su uniforme por un traje de paisano y en donde vendió «Jorge de Dinamarca» en magníficas condiciones al rector de uno de los colegios. Luego, tan pronto como hubo visitado las curiosidades de la Universidad, se adjudicó a sí mismo el título de capitán Wood y marchó a la capital, único sitio adecuado para un caballero de su fortuna y

condiciones. En ella leyó con la mayor indiferencia, en el Daily Post, el Courant, el Observator, la Gazette y otros periódicos de aquellos días, una detallada y minuciosa descripción de su persona, de su indumentaria, del caballo en que había huido, y una recompensa de cincuenta guineas a quien diera razón de su paradero al capitán conde de Galgenstein, en Birmingham; a míster Murfey, en «La Bola de Oro», en el Saboya, o a míster Bates, en el «Ancla de Picadilly». Pero el capitán Wood, con una enorme y complicada peluca, que le había costado sesenta libras, altos tacones rojos en sus zapatos, una espada de plata, una caja de rapé, de oro, una ancha herida -procedente, según decía, del sitio de Barcelona-, que le desfiguraba el rostro y obligábale a taparse uno de los ojos, no corría gran riesgo de ser tomado por el cabo Brock, desertor del regimiento de Cutt, y se paseaba por las principales avenidas con un aire de solemnidad que en nada tenía que envidiar al de los principales nobles. Como se le reputaba compañero excelente, y sus gastos no tenían límite, tan pródigo era, alternaba con la sociedad que le parecía de su agrado; de suerte que en la capital considerábase ya provisto de todo fundamento el rumor que le atribuía la proeza de haber robado el manto de oro y diamantes de la Virgen de Compostela, de cuyo producto vivía, cosa que entre los fanáticos, protestantes de aquellos días proporcionábale gran número de admiradores, los cuales hubieran de buen grado... aunque por móviles religiosos... participado en la comisión de su piadoso delito. El capitán Wood favorecía cuantos rumores circulaban a propósito de su riqueza. Lejos de contradecir ninguna referencia, estaba siempre pronto a confirmarla, y cuando dábale cuenta de dos rumores contradictorios, limitábase a decir:

-Mi querido señor: yo no invento las historias ni tengo por qué negarlas, y os advierto que daré mi asentimiento a todas, para que creáis la que más os agrade.

De esta suerte adquiría reputación no solamente de caballero rico, sino que también de discreto. En realidad de verdad, era una lástima que Brock no hubiese nacido caballero, porque, en caso semejante, habría vivido y muerto como tal, pues gastaba su dinero como si lo fuese, el caballero amaba a todas las mujeres, como caballero se batía y jugaba y emborrachábase como el más cumplido de todos. ¿Qué más podía desear? Así, en sus postreros años, pudo exclamar:

-¡Aquéllos eran tiempos felices! Cuándo pienso que pude llegar a ser un gran hombre y morir tal vez de general, no puedo por menos de maldecir la obstinación de mi mala suerte.

Contando ahora sus hazañas, proseguía:

-Ya veréis lo que hice, amiga mía. Tomé un departamento en Picadilly, como si fuera un lord; tenía dos magníficas pelucas y tres preciosos trajes, llenos de encajes; un negrito vestido a la turca; me paseaba por Mall durante el día, y cenaba frecuentemente en Covent Garden; visitaba los mejores cafés y conocía todos los calaveras de la ciudad... Y voy a deciros cuál fue el mejor de mis golpes de audacia, como no ha habido quien haya sido capaz de igualar. Entraba yo un día en el elegante café de Will, cuando oí que, en un corrillo de caballeros, uno decía: «Capitán Wood... el capitán Wood; yo no le conozco, pero recuerdo que había un capitán Wood en el regimiento de Southwell.» Era nada menos que lord Peterborough quien hablaba. Entonces, acercándome a él, le hice una graciosa reverencia; díjele que le conocía perfectamente y que habíale seguido de cerca a nuestra

entrada en Barcelona. «No dudo que así fuera, capitán Wood -díjome, estrechándome la mano-, como no dudo que me conozcáis.» Y, con las mismas, me hizo sentar a su mesa y me invitó a tomar juntos una botella.

Como sabéis, estaba entonces en desgracia; pero tanta simpatía me había tomado, que quería -¿qué podéis figuraros?-. pues nada menos que presentarme en la corte... a su majestad la reina y a lady Marlborough, que era entonces la dueña del cotarro. Ya me veía yo en el camino de la fortuna... cuando otra vez mi mala estrella apareció en el horizonte, y todo se vino abajo en un abrir y cerrar de ojos. Recordaréis que, como os he dicho, el infeliz de Galgenstein había quedado, gracias a mí, en una posición bastante desairada: con una mordaza en la boca y con unos peniques, por todo capital, en el bolsillo... en la más triste de las situaciones, debiendo dinero a todos sus proveedores, aparte de las mil libras que debía al señor de Warwickshire..., y todo esto, con un ingreso de sólo ochenta libras al año. Durante algún tiempo, los proveedores tuvieron paciencia, mientras el conde removía el cielo con la tierra para averiguar mi paradero y poder recobrar su oro, haciendo poner bandos en todos los lugares, desde Liverpool a Londres, con la descripción de mi graciosa persona; pero el pájaro había volado y no aparecía; el dinero se había eclipsado, y cuando los acreedores vieron que estaba perdida toda esperanza, hicieron encerrar a mi buen hombre en la cárcel de Schvewsbury, donde podía haber reventado de una vez para siempre... Pero, desgraciadamente, no le estaba reservada por entonces tanta dicha al cabo Brock o al capitán Wood. Pasado algún tiempo, un maldito lunes fui a visitar al ministro de la Guerra, mi protector, el cual, estrechándome la mano, me comunicó que iba a nombrarme mayor de un regimiento en Virginia... ya que a mí no me agradaba la idea de ir a Flandes, siendo tan conocido de todo el ejército. El ministro me estrechó de nuevo la mano con la suya -en la que tenía un billete de cincuenta libras-, me deseó la buena suerte y me llamó cariñosamente mayor. Loco de contento, me dirigí al café de Whitehall, que solía frecuentar yo, como toda la gente de nuestra profesión, donde empecé a alardear no poco de mi buena suerte... Entre los presentes había varios conocidos míos, y con ellos un personaje del que no me preocupé al momento. Sólo vi un uniforme que me era familiar, rojo y amarillo, del regimiento de Cutt... y ¡quién diréis que le vestía! ¡Su excelencia el conde Gustavo Adolfo Maximiliano!... Al verme, se levantó, miróme de frente a frente en la cara al único ojo visible -pues el otro estaba oculto por el parche- y, quedándose con un palmo de boca abierta, dio un paso atrás, otro adelante, y exclamó: «¡Si es Brock!»

-Perdonad, señor-le dije- ¿Hablabais conmigo?

-Juraría que es Brock gritó Gal al reconocer mi voz, y cogiéndome por el puño, de precioso encaje de Malinas, dicho sea de paso.

-¿Qué es eso? -repuse yo, haciéndome atrás y dándole a su excelencia un pequeño toque con el puño bien cerrado -junto al último botón del chaleco, sitio recomendado cuando se quiere evitar que alguien siga hablando más de lo necesario-, que le hizo rodar hasta el extremo opuesto del salón- ¡Habrás canalla! -dije enfurecido-. ¿Cómo osáis, rufián, perrillo insolente, mequetrefe, ponerme la mano encima?

-Vaya, mayor..., qué bien le habéis dado lo suyo -vociferó un irlandés gigantesco, abanderado sin destino, al que yo me había conquistado con frecuentes libaciones en la taberna.

Y así fue, porque el conde estuvo con varios minutos sin poder hablar, ante las risotadas de todos los oficiales, que le veían retorcerse espantosamente.

-Esto es un escándalo, señores -dijo un oficial-. Hombres de alcurnia y de honor, a puñetazos como carreteros.

-¡Hombres de honor! -dijo Galgenstein, que ya había recobrado el aliento.

Yo hice por marcharme; pero el irlandés, conteniéndome, me dijo:

-¿Es que vais a rehuirle, mayor?

A lo cual contesté apretándole la mano y jurándole que le arrancaría la vida a aquel perro.

-¡Hombre de honor! -insistió el conde-; lo que es... es un desertor, un ladrón, un timador; ha sido cabo de mi regimiento, y se me escapó con mil...

-¡Mentís..., bellaco!

Y enarbolé mi bastón contra él; pero los demás se interpusieron y nos separaron.

«¡Oh, mal nacido! -dijo el buen Macshane-; este ruin es un embustero. Señores-prosiguió-, afirmo por mi honor que el capitán Wood fue herido en Barcelona, donde yo le vi... y es más que, con muy mala suerte, tuvimos que huir en la batalla de Almansa.» Ya veis que estos demonios de irlandeses tienen la imaginación más fecunda que pueda darse; yo había tenido la habilidad de convencer a Mac de que habíamos sido amigos en Barcelona, y, conociendo su seriedad, bastaba que él lo afirmara para que los demás le creyeran.

-¡Pegarle a un caballero!-dije yo-. Os arrancaré el corazón.

-Ahora mismo -dijo el conde, rugiendo de ira... y donde queráis.

-Al merendero de Montague? -pregunté.

-Bueno -respondió.

Y salimos, con gran oportunidad por cierto, porque en tal sazón llegaron los alguaciles, enterados de la riña, y quisieron prendernos. Pero a los presentes, siendo militares, no podía írseles con semejantes monsergas. Así es que Macshane tiró de espada, y lo mismo hicieron los otros compañeros; y los alguaciles, ante la perspectiva de tomar unas monedas y dejarnos en paz o entrar en liza, optaron por lo primero, y se fueron. En dos coches,

ocupado el uno por el conde y sus amigos, y el otro por mí y los míos, llegamos al campo detrás de la casa de Montague... ¡Oh, por qué entré en aquel sitio!

Fuimos al terreno, El buen Macshane era mi padrino, y hubo de llevarse un triste desengaño, pues el testigo del conde, no tomándolo tan a pecho, declinó al cruzar su espada con la de él. Medidas las espadas, Galgenstein se despojó de su casaca, y yo me quité la camisa de igual manera: él arrojó su sombrero, y yo entregué el mío sin tirarle -el encaje que llevaba habíame costado veinte libras-. Yo estaba deseando hacerme con él, porque le odio y sé que a espada no puede conmigo.

-No os desafiareis con esa peluca -dijo Macshane.

-Claro que no -le repuse-, y me la quité.

¡Así reventaran todos los peluqueros del mundo! ¡Así ardieran en el infierno hasta la consumación de los siglos todas las pelucas, peluquines, bisoñés!... La mía fue la causa de mi ruina. ¡Qué no habría sido yo al presente si no fuera por mi peluca!

Al quitármela para dársela al abanderado Macshane, desprendiose con ella el parche que yo tenía casi olvidado, dejando al descubierto el ojo que apareció brillante y vivo como ningún otro del mundo.

-¡Vamos ya! -dije.

Y le tiré una estocada a fondo; pero él dio un salto atrás, y su padrino paró el golpe.

-Yo no puedo batirme con ese individuo -dijo, pálido como un cadáver, el conde-. Juro por mi honor que se llama Peter Brock, que ha sido durante dos años cabo de mi regimiento, y que se escapó después de robarme mil libras. Ahí le tenéis; ¿por qué llevaba tapado el ojo? Pero... esperad. Aun tengo mis pruebas.

Y buscándose en los bolsillos, sacó la maldita proclama en que se anunciaba mi deserción.

-Mirad si tiene una cicatriz en la oreja izquierda; decidme si no está tatuado con las letras C. R. en su brazo derecho... Y ese irlandés fanfarrón que le acompaña debe ser su cómplice por lo que veo; yo no puedo tener una cuestión personal con ese individuo, como no sea con un alguacil por testigo.

-Es una historia algo sucia -dijo el padrino del conde.

-Una canallesca mentira -rugió Macshane-, y el conde responderá de esas cosas.

-Un momento -dijo el mayor, padrino del conde-: deteneos. El capitán Wood es un caballero demasiado valeroso para negarse a dar satisfacción al conde, y no dudo de que no tendrá inconveniente en mostrar que no tiene tal tatuaje en el brazo derecho, propio sólo de los simples soldados.

-El capitán Wood -repliqué- no hará tal cosa, mayor; yo me batiré con ese bellaco de Galgenstein, o con vos, o con otro hombre de honor cualquiera; pero no toleraré que se me examine como a un ladrón.

-¡No faltaba más!-apoyó Macshane.

-Pues yo tengo que retirar a mi apadrinado del terreno.

-Retíradle si queréis, señor -dije en el colmo de la rabia-; pero antes quiero tener el placer de decirle que es un cobarde y que miente, que vivo en Picadilly, en donde puede encontrarme cuando le plazca, si es que tiene valor para ello.

Después de lo cual recogimos nuestras ropas y nos volvimos cada cual en nuestro coche, sin que hubiera habido efusión de sangre.

-Y ahora que estamos solos -dijo Macshane-, ¿son ciertas todas esas cosas que ha dicho de vos ese bellaco?

-¡Abanderado!-repliqué-; ¿sois un hombre de mundo?

-Por Baco..., sí lo soy...; y abanderado hace más de veintidós años.

-¿Qué os parece si habláramos tomando un bocado? Pararemos en el primer figón... Pues sí..., abanderado: todo es verdad.

Hice al cochero parar en el primer establecimiento, y le di dinero para que se comprara lo que quisiera y fuese comiéndolo en el coche, pues no tenía yo tiempo que perder. Mientras tanto, fui contándole toda la historia de aquello, con lo cual se rió de todas ganas. Cuando tuvo la barriga llena le di un par de guineas, y tan fuera de sí se puso de contento que empezó a llorar y a besarme, jurándome que nunca me abandonaría. Y así fue, porque desde entonces hemos sido amigos inseparables, y me parece que es el único de quien puedo fiarme. No sé por qué me dio en la nariz que algo peligroso me esperaba. Así es que mandé parar el coche un poco antes de llegar a casa, y, metiéndome en una taberna, rogué a Macshane se acercara a mi morada y viera si estaba el camino libre; al poco de esto le vi venir, pálido como la cera, diciendo que la casa estaba llena de alguaciles... Todo se fue al demonio; mejor dicho, volvió de nuevo al conde: quinientas libras que me quedaban, cinco magníficos trajes, tres pelucas, aparte de las camisas con encaje, espadas, bastones, cajas de rapé cinceladas...

Había aparecido otra vez mi mala estrella; ya no podía esperar seguir siendo un caballero, y si se me echaba el guante, la horca o el fusilamiento. Amiga mía, en tales momentos hay que ser listo y andar de prisa; la cuadra en donde yo acostumbraba a alquilar el carruaje para ir a la corte, y en la cual se me tenía por un hombre de fortuna, estaba cerca. Fuimos a ella inmediatamente, y, avistándome con el dueño, le dije que mi amiga y yo estábamos invitados a cenar en Twickenham, que se nos había hecho algo tarde y que me alquilara dos de sus mejores caballos. Lo cual hizo complaciente, y salimos al trote.

En lugar de atravesar el parque, tomamos por calles poco céntricas, y así que nos hallamos a campo raso, pusimos los caballos al galope y corrimos como si nos llevaran los demonios. Por fortuna, todo esto había pasado, amiga mía, en menos tiempo que lo cuento... y hétenos a mi amigo y a mí dueños del camino y decididos a todo antes de saber casi ni dónde estábamos. Ahora podéis figuraros cómo hemos llegado a encontrarnos en este sitio y protegidos por su dueña. En todos los alrededores no hay como ella para comerciar con lo robado: a ella fue a quien se le ocurrió la idea de secuestrar a vuestro marido y quien me hizo conocer a esos otros dos individuos, que ni sé cómo se llaman.

... ..

-¿Y qué hicisteis de los caballos? -preguntó Catalina cuando Brock hubo terminado su cuento.

-Los vendimos por trece guineas en la feria de Stourbridge.

-Y el conde, ¿dónde está? Brock -suspiró Catalina.

-¡Esas tenemos! ¿Suspirando aún por él? Pues marchó a Flandes con su regimiento, donde seguramente ya habrá tenido otras muchas condesas de Galgenstein como vos.

-Yo no puedo creerlo -repuso Catalina, levantándose indignada.

-Si no le creáis capaz de hacerlo, ¿Para que darle el láudano?

-¡Salid de aquí inmediatamente! -dijo, con aire trágico, la dama.

Pero mirando con gran desconsuelo a Brock, al techo, al suelo, a su marido -de quien apartó en seguida los ojos-, comenzó a llorar desconsoladamente. Ante lo cual, para no enojarse, el cabo se puso a silbar un aire frívolo. No creemos fueran lágrimas de arrepentimiento, sino de añoranza por los tiempos en que gozase de su primer amor y disfrutara de ricos trajes y sombrero blanco con pluma azul. El silbar del cabo era mucho más inocente que el sollozar de la joven, de seguro. Él era un criminal; pero cuando estaba de buen humor, un buen hombre. Nuestros novelistas se equivocan al despojar a sus bellacos de todas las buenas cualidades: algunos las tienen, y lo único triste es pensar cuán próximo está y parecido es, en muchas circunstancias de la vida, por el verdadero sentimiento, un bandido a un hombre honrado... Pero... no filosofemos.

Capítulo VI

Las aventuras del embajador míster Macshane.

Si no tuviéramos el ineludible deber de seguir la historia en todos sus pormenores, habríamos prescindido de la aventura de Catalina y su esposo en el fonducho de Worcester,

porque, en verdad, ni produjo grandes complicaciones, ni es muy romántica o emocionante que digamos. Pero no tenemos más remedio que ajustarnos estrictamente a la verdad, aun cuando no sea del todo agradable leerla o hablar de ella. Como en el calendario de Newgate consta, el matrimonio Hayes fue sorprendido y secuestrado en un albergue de Worcester; fue estafado por individuos que fingieron querer inscribir al marido en el reclutamiento para el servicio militar; Hayes fue obligado a pedir dinero a su padre para salir del atolladero, y el buen hombre accedió a darle. Esta es la verdad neta, de la cual no pensamos separarnos por nada del mundo.

La relación que Brock hizo de sus aventuras en Londres puede darnos una idea bastante aproximada de su amigo míster Macshane. Ni la inteligencia ni los principios del abanderado eran de lo más sólido, pues la primera debió de resentirse con la pobreza, la bebida y un casco de metralla en la acción de Steenkirk, aparte de que él no estaba por prestar gran atención a los segundos. En verdad, había gozado de tal dignidad en el ejército; pero empeñó la mitad de la paga por jugar y beber, y durante varios años venía viviendo de milagro, sin que nadie, ni aun él mismo, pudiera explicarse el cómo. ¿Quién no conoce infinidad de individuos en tales condiciones? ¿Quién podría decir cómo se procuran la camisa limpia que llevan, los medios para embriagarse, quién los saca del trance de morir de hambre? Su vida es un asombro de todos los días: un caso extraordinario, su almuerzo; un milagro, la comida; algo incomprensible, la cena; y la cama... una oportuna interposición de la Providencia. Si alguno de nosotros necesita un chelín mañana, ¿quién nos lo da? ¿Nos darán la carne nuestros carniceros, nos lavarían la ropa para que fuéramos limpios? Ni un mal hueso, ni un solo trapo.

Pero no es tan fácil morir de hambre, aun cuando no se tenga para comer. Personas hay que hacen de tal estado inminente una profesión, proporcionándose por semejante procedimiento el pan cotidiano. Esa había sido durante algunos años la única profesión de Macshane; y la explotó tan bien, que no dejó de sacar de ella con qué vivir... casi demasiado bien para lo que su condición requería. Él se las componía de manera que cenaba un cierto número de días por semana, incierto, mejor dicho; que dormía en uno u otro sitio y se permitía el lujo de embriagarse lo menos trescientos días al año. Conocía a uno o dos nobles, que de vez en cuando le socorrían con algunas monedas, y a los cuales él servía en toda clase de menesteres. Tenía algunas otras relaciones, que molestaba de vez en cuando con la mayor frescura, y de las que sacaba, ya una comida, ya una corona, ya... y como por equivocación... algún bastón con puño de oro, que indefectiblemente iba a parar a la casa de empeño. Cuando nadaba en su relativa abundancia dejábase ver por los cafés concurridos; cuando andaba mal de fondos, ni el demonio sabía en qué guarida se cobijaba en busca de alimento y habitación. Tenía la espada siempre lista, y cuando estaba claro... o sea menos turbio, era un consumado maestro de ella; en la fanfarronería y la mentira apenas podía tener rival... Y para terminar su retrato, diremos que medía de altura seis pies y cinco pulgadas. Es cierto que había estado de voluntario en España, donde dio muestras de su valor; pero... cogió unas fiebres... y fue repatriado, para seguir casi muriéndose de hambre, como antes.

Míster Macshane tenía, sin embargo, una gran virtud: la de ser fiel a la persona que le empleaba. Cuéntase a este respecto de él la más donosa de las anécdotas: Habíale contratado un poderoso señor para que propinase una paliza a un individuo que se había

atravesado en el camino de sus conquistas amorosas; presentose Mac ante el interesado con el fin de realizar su propósito, y, a pesar de haberle ofrecido éste una cantidad mucho mayor porque desistiera de él, nuestro buen Macshane rechazó la oferta y desempeñó a conciencia su cometido, dándole la paliza, como si fuera para él un imprescindible compromiso de honor...

Con todos estos antecedentes, cuando, después de su fuga de Londres, él y Brock tomaron la profesión de vagabundear por los caminos, el abanderado rogó al cabo -a quien tomó por jefe- que le llamara de entonces en adelante «mayor». El tenía una noción militar de los nuevos menesteres en que iban a ocuparse, y quería ajustarse a la ordenanza. A robar llamaba entrar a saqueo al enemigo; la horca parecíale una medida cruel y cobarde que el enemigo adoptaba, y que merecía las más terribles represalias.

Los otros dos individuos eran desconocidos para Brock, y es natural que no se sintiera con gran confianza para encomendarles el mensaje y el acarreo del dinero. Tampoco ellos, por su parte, se fiaban mucho de él; pero mister Brock depositó cinco guineas en manos de la patrona como garantía de la vuelta de su camarada, y el abanderado Macshane pudo partir con la comisión para los padres de Hayes, montado en el propio caballo de éste. Era curioso el aspecto que ofrecía tal embajador de ladrones con su viejo traje azul celeste, de vueltas de color naranja, sus altas botas sucias, la espada de enorme cazoleta y un pequeño y raído sombrero encasquetado sobre una raquílica peluca añorante del peine.

Había diez y ocho millas de distancia desde Worcester a la casa de Hayes, distancia que Macshane recorrió sano y claro -pues esto último se le había recomendado muy especialmente, encargándose el propio caballo, al llegar al pueblo, de conducirlo hasta la casa-. La señora Hayes, que estaba haciendo calceta a la puerta, experimentó una gran sorpresa al ver llegar al caballo con aquel extranjero encima.

Macshane saltó del corcel con gran agilidad, y tan pronto como estuvo en tierra, juntó los talones, llevose el sombrero al pecho y, haciendo un profundo y gracioso saludo a la señora Hayes -tan profundo, que casi le mete la peluca por las narices-, dijo:

-¿Tengo el supremo honor de hablar con la señora Hayes?

Habiéndosele respondido afirmativamente, preguntó si había un chico en la casa que pudiera llevar el caballo a la cuadra y si podría hacersele el favor de darle un vaso de agua o de leche para apagar su gran sed, y si, finalmente, podía tener unos minutos de charla con ella y el señor Hayes sobre un asunto de gran importancia. Se atendió al jinete y al caballo, llamose al señor Hayes, y, mientras venía, aumentaba la inquietud de la madre respecto de su hijo.

-¿Dónde está? ¿Qué es de él? ¿Ha muerto? preguntaba la buena señora-. ¡Es que ha muerto, estoy segura!

-Pues os equivocáis de medio a medio -dijo Macshane-; vuestro hijo goza de perfecta salud.

-¡Alabado sea Dios!

-Pero está algo abatido de espíritu. Todos podemos tener contrariedades... y eso es lo que sufre vuestro hijo: una pequeña contrariedad.

Y diciendo, sacó la carta del joven Hayes, que decía:

«Queridos padres. El portador de la presente es un noble caballero que me ha dejado en gran apuro. Ayer, en este lugar, trabé conocimiento con algunos militares al servicio de la reina. Después de haber bebido, sin estar en mi cabal juicio, acepté su dinero y me inscribí como recluta. Arrepentido después, traté de escapar, y, al hacerlo, tuve la desgracia de reñir con mi superior y pegarle, con lo cual me he hecho acreedor a la pena de muerte, según el Código militar en tiempo de guerra. Si pago veinte guineas no me pasará nada. Espero que las daréis al portador de la presente, o, de lo contrario, seré pasado por las armas el martes por la mañana. Nada más de vuestro hijo, que os quiere.-John Hayes.

Desde mi prisión en Bristol en este triste lunes.»

Cuando la señora Hayes leyó esta misiva, se quedó anonadada; había producido en ella el efecto deseado, y quiso ir inmediatamente a la cómoda y traer el dinero necesario para el rescate de su hijo. Pero el padre, que era bastante más suspicaz, dijo al embajador:

-Yo no sé quién sois, señor...

-¿Es que dudáis de mí? -repuso orgullosamente Macshane.

-Os diré -replicó el cazurro de Hayes-: yo no entiendo gran cosa de estos asuntos, de modo que si no os explicáis algo más.

-Rara vez doy explicaciones -dijo Macshane- porque no es digno de mi rango; pero, por complaceros..., las daré.

-¿Queréis decirme en qué cuerpo o regimiento le han alistado?

-Con sumo placer. En el del coronel Wood, un regimiento valeroso, como no hay otro en el ejército.

-¿Y decís que le habéis dejado?

-Hace tres horas, porque he corrido como una exhalación, por humanidad..., como habría hecho otro cualquiera.

Como la casa de Hayes distaba setenta millas de Bristol, parecióle al buen vicio que era demasiado correr para tan poco tiempo; así es que, cortando en seco la conversación, dijo:

-Ya habéis dicho lo bastante, señor, para hacerme comprender que hay algo de criminal en el asunto, y que vuestra historia es una burda mentira desde el principio al fin.

Ante tal exabrupto, el abanderado quedose en gran desconcierto, y, recobrándose, dijo con solemnidad:

-Criminal...; señor Hayes, es una expresión harto dura..., que yo pasaré por alto en atención a mi amistad con personas de vuestra familia. ¿Dudáis de que esta carta ha sido escrita por él?

-Porque le habéis obligado a escribirla -repuso míster Hayes.

-«Este viejo demonio lo adivina todo»...-murmuró para sí Macshane- Bueno, señor, ¿Para qué andar con rodeos? Tenéis razón: se le ha obligado a que la escriba; lo del alistamiento y todo lo demás es, si queréis, una burda mentira, una burda mentira... ¿Y qué? ¿Creéis que por eso no corre peligro vuestro hijo?

-¡Oh!, ¿en dónde está? -imploró la señora Hayes, cayendo de rodillas-. Nosotros daremos el dinero que hace falta, ¿verdad John?

-Yo sé que lo daréis, señora, en cuanto os diga dónde está. Está en poder de unos individuos que yo conozco, los cuales se hallan en guerra con el actual gobierno, y a los que igual se les da cortarle la cabeza a un hombre... que a un pollo, guardado por nuestra espada y nuestra lanza. Si queréis rescatarle, mejor para todos; si no queréis, empezad a despediros de él con el pensamiento, porque no volveréis a verle.

-¿Y quién me dice que mañana no volveréis de nuevo por más dinero?

-Señor, basta mi palabra; antes me dejaría yo matar que faltar a ella -dijo Macshane, en un arranque de orgullo-. Veinte guineas es el precio. Os doy diez minutos para reflexionar lo que hacéis: a mí me da lo mismo...

Y decía verdad con cada palabra que hablaba, hay que hacerle justicia; además, consideraba como perfectamente dentro de la mayor corrección y honorabilidad la embajada que allí le había traído.

-¿Y quién me impediría deteneos en garantía de su vida y libertad?...-dijo el viejo Hayes.

-Vos no os atreveréis a tocar uno solo de mis cabellos, ¡villano! -replicó Macshane-. Hay varias razones que lo impedirán. La primera es ésta -dijo señalando a su espada-; hay dos más... -y mostró sus dos pistolas-, y la última y definitiva es que podéis hacerme ahorcar, arrastrarme o descuartizarme; pero no por eso volveréis a ver vuestro hijo... Mirad, nosotros corremos riesgos enormes en nuestra profesión, no creáis que es tan agradable. Nuestra principal obligación es la puntualidad..., o no sería posible obrar con éxito. Si yo os prometo que, si mañana por la mañana no vuelvo sano y salvo entre los míos, vuestro hijo morirá, mis camaradas cumplirán mi promesa; de otra suerte, ¿qué garantías tendría yo? Suponed que dentro de un instante venís con una cuadrilla de alguaciles y os dais el gusto de ver a mi cuerpo balancearse en la horca... ¿Y qué? No vais a ser tan insensato como para

sacrificar un hijo tan simpático como John al placer de ver mi figura esquelética en el aire... Uno o dos de los nuestros han sufrido ya tal suerte, porque los padres no les creyeron.

-¿Y qué les ocurrió a sus hijos? -preguntó la señora Hayes, que empezó a ver por donde iba Macshane, y empezó a experimentar un pavor enorme.

-No hablemos de eso, señora; sólo de pensarlo se estremece la gente.

Y apoyando la palabra con el gesto, llevose los dos dedos a la garganta, como en señal de degollación, de tan gráfica y terrible manera, que los pobres viejos se echaron a temblar. Y añadió:

-Estamos en guerra, señora, y la guerra es la guerra. El servicio a que yo pertenezco no es pagado por la reina, y ello nos obliga a hacernos pagar por nuestros prisioneros, según práctica militar establecida.

Ningún picapleitos pudo haber defendido su causa mejor de como la defendiera Macshane. Tanto que acabó por convencer a los padres de John de la necesidad de rescatar a su hijo. Después de haberles prometido que éste volvería a sus brazos a la mañana siguiente, junto con su nueva esposa, despidiose de los viejos y encaminose otra vez hacia Worcester. Preguntábanse los padres de Hayes, sin poder barruntarlo, quién pudiera ser la dama de la cual Macshane había hablado, pues no tenían la menor noticia del rapto cometido por su hijo; pero ante el temor que experimentaban por su suerte, desaparecían por completo el disgusto y la duda que respecto a su fuga pudieran abrigar. Salió, pues, Macshane de regreso con el dinero en la faltriquera, sin que ni un instante cruzara por su pensamiento no ya la idea de quedarse con él, ni siquiera la de desertar de sus compañeros...

Habían pasado más de doce horas. El cabo Brock había sido relevado por míster Redcap; éste, por míster Sicklop, el hombre de un solo ojo, o séase, el tuerto. Catalina, a pesar de su tristeza y vergüenza, siguió el ejemplo de su esposo, y, echándose muerta de sueño a su lado, durmió durante varias horas, y al despertarse vio que seguían allí de guardia míster Brock y sus otros dos compañeros; con lo cual todos empezaron a experimentar gran inquietud por la vuelta de Macshane. Este, que había realizado con tanto éxito la primera parte de su jornada, al regreso hubo de darse cuenta de que la noche iba poniéndose más y más oscura y fría; y como tenía sed y hambre, dinero en la bolsa y prisa ninguna, decidió meterse a pasar la noche en cualquier parador del camino y emprender de nuevo la marcha al amanecer. Y como lo pensó, detúvose en uno de los mesones, hizo llevar el caballo a la cuadra, entró en la cocina y pidió la mejor bebida que hubiera en la casa.

Había en la cocina una pequeña reunión, en medio de la cual tomó asiento Macshane con gran prosopopeya; llevando la bolsa repleta, experimentaba el más profundo desprecio por todos los que le rodeaban, sin recatarse de mostrarle. Después de haber trasegado el tercer jarro de cerveza, cayó en la cuenta de que estaba agria, y, balbuceando y con grandes gestos de asco, arrojó el resto de la cerveza al fuego. Tanto molestó semejante acción al párroco, que abandonó súbitamente su rincón de junto a la chimenea, dirigiendo furiosas

miradas al intruso, el cual, «incontinenti» y sin el menor cumplido, se apoderó del sillón que aquél abandonara.

Era de ver la manera que tenía de hacer sonar las monedas en su bolsa; cómo distribuía juramentos y maldiciones entre el patrón, el licor, los concurrentes; con qué sans façon desparramaba sus fuertes botas, ante cuya invasión alejábanse tímidamente los circunstantes, y las miradas de reojo que dirigía a la dueña, al propio tiempo que, haciéndose el bobo, trataba de echarle la mano encima.

Cuando el mozo de cuadra hubo preparado todo lo necesario para el cuadrúpedo, dirigióse al amo y díjole al oído que el caballo que traía el viajero era el de John Hayes, de lo cual pudo convencerse en seguida el dueño por sus propios ojos, no sin concebir alguna sospecha acerca del forastero. Mas como eran tiempos de revuelta, nada difícil parecía que alguien vendiese sus caballos; por otra parte, siendo de igual valor el dinero de todo el mundo, si, por sus sospechas, hacía detener al abanderado, exponíase a perder todo el beneficio que podía dejarle con su gasto, el cual, lejos de disminuir, aumentaba.

En un par de horas se las compuso con gran facilidad para disgustar a todas las demás personas que allí había pasando la velada y hacerles marcharse. Lo mismo hubo de hacer la patrona, intimidada por sus atrevidos requiebros; el único que se quedó con él fue el dueño, atento sólo al gasto que aquel borracho hacía y escuchando, pensativo, su incoherente charla... Al cabo de una hora más, la casa entera fue despertada por un ruido infernal de aullidos, imprecaciones, juramentos y de vajilla haciéndose añicos por los suelos. La patrona apareció, toda asustada, en camisa de dormir. El mozo de cuadra, empuñando la horqueta; la cocinera y dos o tres huéspedes, los cuales encontráronse en el suelo, empeñados en terrible lucha, al patrón y a Macshane; la peluca de éste, chamuscándose en la chimenea y despidiendo un olor desagradable; su rostro, espantosamente contraído, y parte de su natural cabellera entre las manos del patrón: de tal manera habíale éste arrastrado hacia sí, para poder aporrearle, con más facilidad. De la parte contraria, o sea a favor de Macshane, parecía declararse la victoria, pues el patrón estaba debajo y los brazos del abanderado golpeaban incesantemente su cara y su cuerpo, como si fueran aspas de molino.

Por fin se pudo separar a los combatientes; mas tan pronto como pasó la excitación del combate, Macshane perdió el sentido y hubo de ser conducido al lecho. Quitáronsele la espada y las pistolas y registráronsele los bolsillos. Halláronse en éstos veinte guineas en oro, una gran navaja, empleada seguramente para cortar el pan y el queso; algunas migajas de estos manjares, un papel con tabaco, una pata de pollo fiambre y media cebolla cruda.

Semejantes objetos no daban mucho que sospechar, ciertamente; pero la somanta que el hostelero había recibido no era tampoco como para desvanecer toda sospecha; en vista de lo cual, decidiose que a primera hora de la mañana se enviaría recado a John Hayes diciéndole cómo había llegado un individuo a aquel albergue, caballero en su caballo. De tal comisión encargóse al mozo de cuadra, quien partió en desempeño de la misma, apenas amanecido; ocurriósele a éste, de paso, despertar al escribiente del juez y comunicarle sus sospechas; consultó el escribiente con el panadero del lugar, que siempre estaba levantado al alba, y el tinterillo, panadero, el carnicero con su cuchilla y otros dos obreros que se dirigían al

trabajo, llegaron al mesón. Parece ser que, mientras el abanderado Macshane estaba en el catre sumido en ese sopor profundo de que sólo pueden gozar los niños y los ebrios, alegrando las primeras horas del día con el ruido metálico y armonioso de su nariz, tramábase un nefando complot contra su preciosa tranquilidad; y cuando, hacia las siete de la mañana, despertó, encontrase con tres individuos sentados a cada lado en su lecho, armados y de aspecto feroz. Uno de ellos era, por las trazas un alguacil, y aun cuando no tenía el mandamiento del juez, parecía dispuesto a cargar con la responsabilidad de detener a Macshane y llevarle ante el magistrado.

-¡Caray, señores! -dijo Macshane, incorporándose en el lecho, después de soltar un largo y sonoro bostezo-. ¿Pensáis detener a un caballero que está entre la vida y la muerte?... Os doy mi palabra de honor...

-¿Cómo habéis venido en ese caballo que traéis? -dijo el panadero.

-¿Cómo venís con estas quince guineas?-dijo el patrón, gracias a cuyas manipulaciones habían desaparecido cinco de las monedas de oro.

-¿Qué quiere decir este profano rosario al cuello? -inquirió el escribiente.

Míster Macshane era católico; pero no tenía gran empeño en conservarle, pues su religión no era muy popular entonces en el país. Pero, llevándole por superstición, no le agradaba desprenderse de él; así es que dijo, implorante:

-Por la Virgen Santa, no me le quitéis! ¡Era de mi hijita, que está en el cielo!... Por lo del caballo y el dinero, ¿cómo queréis que un caballero pueda viajar sin lo uno y sin lo otro?...

-Puede viajar precisamente para apoderarse de ellos -replicó el alguacil-, y nosotros creemos que ni el caballo ni las guineas han llegado a vuestro poder de manera lícita; si el señor juez se da por satisfecho con vuestras explicaciones, nosotros nos conformaremos; pero los caminos están infestados de salteadores, y vos tenéis toda la catadura de uno de ellos.

De nada sirvieron a míster Macshane protestas ni amenazas. Aunque juró que era primo carnal del duque de Leinster, oficial al servicio de su majestad, e íntimo amigo de lord Marlborough, sus guardianes no le tomaron en serio, y a eso de las ocho de la mañana fue conducido a presencia del más próximo juez de paz.

Cuando el digno magistrado interrogó cuál era el crimen de que acusaban al prisionero, sus aprehensores quedaron perplejos sin saber qué responder, porque, en verdad, no podían probar que Macshane hubiese cometido crimen alguno. De haber éste permanecido silencioso, obligándoles a probar los cargos que le imputaban, a buen seguro que el juez hubiera dispuesto su libertad y habría echado un buen rapapolvos al escribiente y al hostelero, por haber detenido a un caballero, sin motivo justificado.

Pero el abanderado no supo ser tan cauto, y, aunque sus acusadores no pudieron hacerle cargos concretos, bastaron sus palabras para que se consideraran con fundamento las

sospechas que había inspirado. Al preguntarle su nombre, dijo llamarse y ser el capitán Geraldine, en viaje de Irlanda, por Bristol, adonde iba a visitar a su primo el duque de Leinster. Juró solemnemente que sus amigos, el duque de Malborough y lord Peterborough, a las órdenes de los cuales había servido, tendrían conocimiento de la manera cómo se le había tratado; y cuando el juez, un buen hombre que acostumbraba a leer las noticias oficiales, le preguntó en qué batallas había tomado parte, el valiente abanderado escogió a capricho dos que se habían librado en España y en Flandes, con una semana de intervalo la una de la otra, afirmando haber sido mortalmente herido en ambas, de suerte que, al final de su declaración, estuvo a punto de ser encarcelado por crímenes que no había cometido.

En efecto, la declaración transcrita por el escribiente decía así: «Capitán Geraldine, de seis pies y cuatro pulgadas de estatura, delgado, de nariz muy larga y colorada y rojos cabellos; tiene los ojos grises y habla con marcado acento irlandés; es primo carnal del duque de Leinster, y está en constante comunicación con él, aunque ignora si tiene o no hijos; ignora igualmente su paradero en Londres, ni puede decir qué aspecto físico tiene; es amigo del duque de Marlborough, y sirvió en el regimiento de dragones, tomando parte en la batalla de Ramillies, estando al mismo tiempo con lord Peterborough en Barcelona; le pidió el caballo prestado a un amigo en Londres, hace tres semanas; pero Hobbs, mozo de cuadra, dice que el tal caballo estuvo hace cuatro días en el establo del mesón, y que pertenece a John Hayes, ebanista de profesión; no puede justificar la procedencia de las quince guineas que le encontró en la bolsa el dueño del albergue; dice que eran veinte; afirma haberlas ganado jugando a las cartas hace ya varios días, en Edimburgo, afirma, además, que está viajando por placer, después de lo cual declara hacerlo por un grave asunto de vida o muerte que le lleva a Bristol, habiendo declarado la noche antes en presencia de varios testigos que se dirigía a York; dice ser gran terrateniente en Irlanda, añadiendo que posee cien mil libras en el Banco de Inglaterra; no tiene camisa ni medias, y la casaca que lleva está marcada con las iniciales S. S.; en sus botas hay escrito el nombre de Tomás Rodgen, y en el sombrero, el del Rey.- Doctor Snoffer.»

Este doctor Snoffer, que vivía en Worcester, había anunciado últimamente que había desaparecido de su casa gran cantidad de objetos. Míster Macshane dijo que el sombrero le había sido cambiado en el albergue, y que el suyo, estaba dispuesto a jurarlo, hallábase adornado con pasamán de oro. Pero este extremo fue negado por los testimonios de varias personas que le habían visto a su llegada al mesón. La verdad respecto al sombrero fue que hábíale comprado por dos jarros de cerveza en la fonda de las «Tres Rocas». En esto, de improviso, presentose la madre de Hayes, y a ella debió el abanderado su libertad.

El viejo Hayes se había marchado al trabajo por la mañana temprano; así es que cuando, la madre oyó el mensaje del mozo, inmediatamente mandó aparejar el caballo alazán y partió con el muchacho a todo galopar hacia el Juzgado.

En éste irrumpió la buena señora, jadeante y alarmada, exclamando:

-¡Oh, qué va hacer vuestra merced con este buen hombre! Por Dios santo, dejadle ir. Su tiempo es precioso...; tiene que resolver un asunto importante de vida o muerte.

-Ya se lo he dicho al señor juez -dijo el abanderado-; pero no ha querido creer en mi palabra..., en la palabra de honor del capitán Geraldine.

Macshane era bueno cuando sólo se trataba de una mentira; pero se le enredaba fácilmente en una declaración; y ésta era una excelente oportunidad para ver si la señora Hayes le conocía de veras.

-¡Cómo! ¿Conocéis al capitán Geraldine? -dijo el juez, que sabía todas las amistades que pudiera tener la mujer del ebanista.

-Pues claro que sí -dijo mezclándose Macshane-, que sí me conocéis; hace lo menos diez años; ¿no es cierto? ¿Verdad que somos buenos amigos? ¿Verdad que vos me habéis dado el caballo que me ha traído, y que yo he dicho aquí que había comprado en Londres, por no decir que me lo habíais dado?

-Dejadle a ella que diga lo que sepa. ¿Sois amiga del capitán Geraldine, señora Hayes?

-¡Oh..., sí! ¡Ya lo creo!

-¡Buena amistad!... ¿Y le disteis el caballo por vuestra propia voluntad, o...?

-Ah, desde luego; por mi propia voluntad...; y le habría dado lo que hubiera querido... Por favor, dejadle ir, señor juez... Su hijo está muriéndose -dijo la pobre mujer rompiendo a llorar-; tal vez muera antes de que él llegue... ¡Oh, déjele marchar vuestra merced, no le detenga por más tiempo!

El juez no parecía darse por muy convencido con esta exagerada simpatía de la señora Hayes por Macshane, como éste no afectábase gran cosa por la inminente muerte de su improvisado hijo; el capitán Geraldine dijo:

-Si su merced se empeña en detenerme, ¡qué le vamos a hacer, pobre muchacho! Dios le perdone.

A esto, la buena señora no supo más que impetrar con redoblado empeño la libertad de Macshane, y como, en realidad, no podía fundamentarse cargo alguno contra él, no hubo más remedio que dejarle en libertad.

El dueño del albergue y los otros testigos de cargo retirábanse ya más que avergonzados, cuando el abanderado, con voz atronadora, empezó a llamar al primero para que se detuviese y le devolviera las cinco guineas que le había hurtado. El hostelero porfió que sólo había encontrado quince en la bolsa; pero cuando Macshane juró solemnemente, sobre los Santos Evangelios, que llevaba veinte, y requirió el testimonio de la señora Hayes para que declarase si no era cierto que ayer, media hora antes de entrar en la fonda, había visto las veinte guineas, lo cual mostróse ella dispuesta a jurar, el dueño del mesón se

quedó de una pieza, y excusose diciendo que no las había contado cuando las cogiera; pero que estaba dispuesto a darlas de su propio bolsillo antes que pudiera creérsele capaz de cometer semejante acción; y le devolvió las otras cinco. Así que estuvieron fuera del Juzgado, míster Macshane, en el colmo de la gratitud, no pudo contenerse, y estampó un beso en el rostro de la señora Hayes. Suplicole entonces ella que la llevara consigo adonde hallábase su hijo, a lo cual accedió el abanderado del mejor talante; y, montando la vieja a la grupa, partieron en el alazán, en busca de John y de su esposa.

.....

-¿Quién viene ahora con Naripas? -dijo Sicklop, el tuerto, que desde hacía más de tres horas estaba tumbado, aburrido, en el patio de la fonda.

Era el abanderado y la madre del cautivo que llegaban sanos y salvos, sin haber tenido el menor accidente en el camino.

-Ahora tendré el honor supremo -dijo Macshape, ayudando a bajar del caballo a la buena señora-, el supremo honor de hacer latir dos corazones que se aman... Nuestra profesión, amiga mía, es bien triste; pero momentos de satisfacción como éste bien valen la pena de sufrir algunos años. Por aquí, mi amiga. Tomad a la derecha, después a la izquierda; cuidado con el escalón, y, a la tercera puerta, a la vuelta...

Todas estas precauciones fueron atendidas: Macshane llamó con los nudillos en una puerta, y cuando se abrió para dejarle paso, entró triunfalmente en la estancia, llevando en una mano las veinte guineas y conduciendo con la otra a la señora Hayes.

Innecesario nos parece referir el encuentro que tuvo lugar entre madre e hijo. La buena señora lloró a moco tendido; él alegrose de verla, porque ello le probaba que nada tenía ya que temer. Catalina mordiose los labios, manteniéndose a distancia, algo azorada. Míster Brock contaba el dinero y míster Macshane dedicábase a reponerse con fuertes bebidas de sus trabajos, peligros y fatiga.

Una vez calmada el ansia maternal, tuvo tiempo la buena señora de mirar en derredor suyo, y parecióle experimentar un sentimiento de afectuosidad entre aquellos malvados que la contemplaban. Le parecía que habíanle hecho un gran favor robándole veinte guineas, amenazando la vida de su hijo y dejándole libre por fin.

-¿Quién es ese viejo caballero? -preguntó.

Y al oír que era el capitán Wood, le hizo una profunda cortesía y dijo con gran respeto:

-Servidora de vuestra merced, seor capitán.

A lo que respondió Brock con una inclinación y amable sonrisa.

-¿Y quién es esa linda damita? -siguió preguntando la señora Hayes.

-Que... se me olvidaba; madre, dadle vuestra bendición: es mi mujer.

Y condujo a Catalina hacia su madre para presentársela.

La noticia no pareció agradar a la vieja señora, la cual recibió el beso de Catalina con cara de pocos amigos. De todas suertes, el mal ya estaba hecho y no podía sentirse molesta con su hijo, ahora que acababa de tener la dicha de encontrarle. Así es que, después de haberle reprendido suavemente, dijo a la esposa que, aun cuando no aplaudía la acción de su hijo, ya que el mal estaba hecho, era su deber remediarlo, en lo posible; por tanto, que a ella, de su parte, la recibiría de buen grado en su casa y procuraría que su estancia le fuera lo más grata posible.

-Me parece que aun debe de quedarle más dinero en su casa -díjole por lo bajo Sicklop a Redcap.

Éste y la patrona habíanse asomado a la puerta de la habitación y estaban muy entretenidos contemplando la escena sentimental.

-¡Valiente imbécil de irlandés! Bien podía haberles hecho aflojar más -dijo la patrona-; ya se conoce que es un cuitado papista. Si hubiera sido mi hombre -conviene advertir que éste había sido ahorcado-, no se habría contentado con esa cantidad, digna de un mendigo.

-¿Y si les hiciéramos «sudar» más todavía? -sugirió Redcap- ¿Quién nos lo impediría? Tenemos en nuestro poder a la vieja y al heredero... y lo menos que deben valernos... es cien guineas más...

Esta conversación era mantenida sotto voce, sin que nos sea dado afirmar que Brock tuviese conocimiento de semejante complot. La patrona, para comenzar a desarrollarle, pregunto:

-¿Qué clase de ponche queréis que os sirva, señora? Debéis tomar algún refrigerio, ya que habéis podido llegar sana y salva.

-Es cierto -dijo el abanderado.

-No faltaba más -dijeron los otros.

Pero la buena señora repuso que sólo deseaba marchar cuanto antes.

Y dejando una corona sobre la mesa, pidió a la dueña que sirviera a los que se quedaban.

-Adiós, seor capitán añadió, haciendo moción de marcharse.

-Adiós -dijo el abanderado-, y que sea por muchos años. Me habéis sacado de entre las garras de la justicia, libertándome; tened la seguridad de que el abanderado Macshane no lo olvidará mientras viva.

Hayes y las dos damas dirigieron hacia la puerta; pero la patrona, poniéndose delante de ellos, los detuvo, mientras Sicklop decía:

-Un momento; perdonad, señoras: no creo pretendáis marcharos a tan poca costa; veinte guineas tan sólo es una miseria, como comprenderéis; hay que aflojar más.

Míster Hayes rompió en llanto, retrocediendo y maldiciendo su mala suerte; las dos mujeres comenzaron a suplicar, mientras Brock parecía regocijado ante aquel espectáculo, como si lo hubiera estado esperando; no así Macshane.

-¡Mayor! -dijo, cogiendo fuertemente a Brock del brazo.

-¡Abanderado! -dijo Brock, sonriendo.

-¿Somos o no somos hombres de honor?

-¿Quién lo duda? -repuso el cabo de buen humor.

-Pues si somos hombres de honor, debemos mantener nuestra palabra... Con que, ya lo habéis oído vosotros: ¡Tened cuidado, eh! Si no dejáis paso ahora mismo a este pobre ángel de muchacho y a las dos señoras... el mayor y yo os sabremos quitar de en medio.

Y diciendo, tiró de tizona y adelantó, con la punta frente al pecho de Sicklop; como éste y su compañero vieran que no se iba de broma, optaron por dejar el paso franco; pero la dueña, más temeraria, siguió impidiendo la salida y, soltando una verdadera nube de maldiciones contra el abanderado y contra aquellos dos ingleses follones que huían del irlandés, juró moriría antes que dejar pasar a los secuestrados.

-Sea, entonces -dijo Macshane.

Y le tiró una estocada a fondo; la dueña la esquivó, retirándose de un salto, con un grito terrible de miedo; cayó de rodillas, pidiendo gracia, y, por fin, abrió la puerta.

Después de lo cual, y con gran ceremonia, Macshane condujo de la mano a la anciana hasta la puerta de la calle, seguido del joven matrimonio. Una vez fuera, despidiose afectuosamente de ellos, esperando volver a verlos pronto, y dijo:

-Hasta la vista, pues; ahora, de aquí a prima noche, podéis andar perfectamente las diez y ocho millas de camino sin fatigaros gran cosa.

-¡Andar! -exclamó Hayes- ¿Cómo andar? ¿Para qué tenemos el caballo?...

-¿Qué decís? -replicó Macshane con voz alterada-. La palabra es antes que nada. ¿No es cierto, señora, que en presencia del juez confesasteis haberme dado el caballo? ¿Cómo consentís se hable de querer quitármelo? Permitidme os diga que semejante proceder no se acomoda con vuestra respetabilidad y vuestros años, y mucho menos cuando se trata de emplearle con el abanderado Timoteo Macshane.

Y diciendo, dio al aire su sombrero en un profundo saludo y se alejó calle abajo. Ante lo irremediable, llenos de resignación, hubieron de tomar el camino de su casa, pasito a paso, míster Hayes, su madre y su joven esposa.

Capítulo VIII

Donde se abarca un espacio de siete años.

Fácil es imaginarse la alegría que hubo de producir al conde Gustavo Adolfo de Galgenstein recuperar parte de su fortuna de las garras de Brock, tanto más cuanto que, de no haber sido por tal robo, habríase visto obligado a pagar su deuda al señor de Warwickshire, después de lo cual habríase quedado sin un céntimo. Así que el cínico del conde consideraba como la mayor prueba de su buena suerte el haber sufrido aquel despojo. Por su parte, el caballero de Warwickshire, no pudiendo en tales circunstancias hacer efectivo su crédito contra Maximiliano, no tuvo más remedio que marcharse, llevándose por todo pago un documento en que éste le reconocía la deuda.

A esto le atribuía el conde gran importancia; pero, como todos sabemos, deber no es lo mismo que pagar; de suerte que desde el día en que el señor de Warwickshire ganó la conocida suma, siguió sin cobrar de la misma ni un solo maravedí hasta el día de su muerte. Galgenstein había sido encarcelado, como hemos sabido de paso más atrás, en el calabozo de Schrewsbury, aunque no por largo tiempo, a causa de sus deudas; el noble y consolador método de dejar sujetas a procedimientos ulteriores las causas, tan conveniente a individuos en las condiciones del conde, facilitó a éste los medios de poder abandonar pronto su prisión; apenas llevaba una semana de estancia en Londres, cuando tuvo lugar la escena ya referida de su encuentro con Brock, que le restituyó al dominio de parte de su antigua propiedad. Después de recibirla, tuvo el conde la discreción suficiente para eclipsarse de Inglaterra durante una temporada; claro es que sin que él se creyera en la inocente obligación de satisfacer, no ya sus deudas corrientes, sino tampoco las que suelen ser llamadas deudas de honor acaso por un sentido de ironía. Habiéndose despreocupado de tal forma de la pesadilla de sus acreedores, nuestro bravo conde, poniendo en juego sus influencias, logró se le destinase al extranjero, y partió para Holanda. Allí entabló conocimiento con la simpática madama Silverkoop, viuda de un caballero de Leyden; y aun cuando la señora había ya traspuesto la edad en que suelen inspirarse las grandes pasiones - pues frisaba en los sesenta-, y aun cuando no pudiera, como Ninón de Lenclos, a la sazón en París, desafiar los estragos del tiempo, pues la señora Silverkoop era colorada como un pimiento y tan pesada como un cetáceo, a pesar de que sus atractivos personales en nada atenuaban sus defectos físicos, pues era violenta, celosa, vulgar, borracha y tacaña hasta lo increíble-, sus encantos produjeron un efecto irresistible en Galgenstein; con lo cual el lector será capaz de creer que la viuda era... rica. Pues claro que lo era. Esta seguridad indujo al conde a poner a la fortaleza el más desesperado sitio, hasta que la hizo capitular.

El conde se casó con la rica viuda; y era curioso ver cómo él, que con Catalina había procedido como un tigre feroz y el pendenciero más empedernido, se conducía con respecto

de su descomunal esposa con una sumisión humillante, sufriendo que ésta le tratara como si fuera un criado, no reconociera más voluntad que la suya propia y le exigiera estricta cuenta hasta del último chelín que le daba. Nos ha sido necesario consignar esta boda del conde, a pesar de su vulgaridad, porque no podíamos dejar sin explicación la fastuosidad de la vida con que se nos presentará de ahora en adelante. Sin embargo, para tranquilizar al lector, después de decirle que, en medio de su prosperidad, tal matrimonio fue harto desgraciado, le prometemos no volver a hablarle de la enorme y legítima condesa. Quien nos interesa es Catalina; y únicamente aparecerá de ahora en adelante el nombre de madama Silverkoop, en cuanto personaje que de una manera, directa o indirecta, pudo influir en su destino; propósito que hacemos extensivo a cuantos otros han aparecido hasta ahora y han de desfilar todavía ante nuestros ojos.

... ..

Si miss Poots, allá por el año de 1695, no hubiera sido una linda huéspedea de un vinatero de Amsterdam, míster Van Silverkoop jamás la habría visto; si el día no hubiera sido tan caluroso, el buen comerciante no habría tenido la idea de ir allá; si no le hubiera gustado tanto el vino del Rhin con azúcar, no lo habría pedido; si no lo hubiera pedido, miss Otilia Poots no se lo habría traído, ni habría aceptado beberle con él; si él no hubiera sido rico, seguramente ella habría rechazado indignada sus proposiciones; si a él no le hubiera gustado tanto el vino con azúcar, no habría muerto de diabetes tan pronto; y la señora Silverkoop no habría sido ni viuda, ni rica, ni... la esposa del conde Galgenstein... Y nosotros no habríamos podido escribir esta novela, pues si el conde no se hubiera casado con la rica viuda, Catalina no...; pero no adelantemos acontecimientos. Recordará el lector haberse enterado en el segundo capítulo de estas memorias, que Catalina había dado al mundo un niño, el cual, andando el tiempo, si lo tenía por conveniente, podía llegar a usar las armas de Galgenstein. Este infante había sido entregado a una nodriza, lejos de la casa paterna, antes de que la madre le abandonase, no sin que el padre pagara por adelantado la primera anualidad de veinte guineas, en que habíase estipulado el precio de la crianza por cada año. La nodriza fue tomándole cada día más cariño al muchacho, y cuando, después del primer año no recibió más noticias ni más fondos de sus padres, decidió seguir criándole a sus propias expensas. Los vecinos, con ese egoísmo cazarro de los aldeanos, afeábanle su acción generosa; mas ella respondía que no podía haber padres tan desnaturalizados que abandonasen en absoluto a sus hijos, y que tenía la seguridad de ser recompensada más adelante por las molestias y los desvelos con los cuales había atendido al pequeño.

Con esta extraña ilusión, la buena de Goody Billings, que ya tenía cinco hijos y un marido para ella sola, siguió alimentando y dando albergue al pequeño Toni por espacio de siete años. Dicho sea en honor a la verdad, el rapaz no se hacía en absoluto acreedor a las generosidades que le prodigaban; pero como la bondad de Goody Billings era mucho mayor que la maldad del chiquillo, ella siguió concediéndoselas, so pretexto de que estaba solo en el mundo y sin protector, y que los niños en estas condiciones merecían ser atendidos más que los otros por quienes pudieran mirar los padres. De suerte que, si en casa de Goody había alguna diferencia de trato entre sus propios hijos y Tom, era, seguramente, a favor de este último; a él se le regalaba con las mayores porciones de mermelada y se le servían sin tasa las papillas. Para dar la razón a la señora Billings, debemos confesar que

era cierto se le tenía inquina al chiquillo, y de ella participaban no solamente su marido y sus cinco hijos, sino cuantas personas tenían ocasión de conocerle y tratarle. Un célebre filósofo ha expuesto la consoladora teoría de que todos los seres humanos tienen al nacer las mismas condiciones de inteligencia y sentimiento, que la diversificación que luego puede observarse entre ellos es sólo debida a las circunstancias que los rodean y a la educación que se les da... Sin meternos a discutir la aceptabilidad de esta doctrina, y concretándonos al caso de Tom, debemos declarar que ya desde que andaba en pañales era temiblemente apasionado, llorón y escandaloso perpetuo, dando muestras de todo lo malo que podía llegar a ser con el tiempo. A la edad de dos años, cuando las fuerzas ya le permitían trasladarse de lugar, sus sitios favoritos eran la carbonera y el estercolero; sus antiguas griterías no habían desaparecido con el tiempo; pero, en cambio, había añadido a sus antiguos defectos dos nuevas virtudes: la afición a la riña y al robo, los cuales ponía en práctica a diario, a la menor ocasión que se le presentara. Se peleaba con sus pequeños hermanos y hermanas adoptivas, la emprendía a patadas y a puñetazos con su padre y con su madre, martirizaba al gato, fue vencido un día en una batalla campal que sostuvo con una clueca en el corral, de la cual se vengó gallardamente casi matando a palos a un pobre e inocente lechoncillo que se dirigía a su refugio favorito, el estercolero.

Por lo que a su afición al robo respecta, hurtaba los huevos, que aprendió a agujerear y a beberse en seguida; la manteca, que se comía a puñados, con o sin pan; el azúcar, que escondía hábilmente entre las páginas de un cronicón latino que, como nadie entendía, jamás abría; con lo cual, lo único que él aprendió de la historia fue a robar y a mentir, ejercicios en los que sobresalió admirablemente. Si el filósofo a que antes aludimos creyera que exageramos en nuestra descripción, sepa que nuestro retrato de Toni está tomado del natural.

Sucedía, pues, que mientras su padre, favorecido con una esposa rica, llevaba en una casa espléndida una vida de galeote; mientras su madre, casada con John Hayes, convertida en una dama por todos conceptos honesta, pasaba su tiempo respetablemente en Warwickshire, Tomás Billings habitaba el mismo condado, sin preocuparse de ninguno de los dos, aunque destinado ya por la fatalidad a unirse con ellos algún día e influir en su vida de manera decisiva...

Como podemos imaginar que mientras nosotros permanecemos inmóviles, ese infeliz del Tiempo sigue corriendo incesantemente y ha de continuar así día y noche -sin poder detenerse cinco minutos a echar un trago, como el mayoral de la diligencia- hasta su última hora, nada se opone a que podamos figurárenos que han transcurrido siete años desde que en el anterior capítulo dejamos a la señora de John Hayes y las dignas personas que la acompañaban, durante el cual tiempo todos han ido, mal que bien, cumpliendo sus destinos respectivos.

Siete años de trabajo de ebanistería en una aldea, por parte del marido, y de continuas querellas de violencia y descontento por parte de la esposa, no deben ser muy agradables de describir, que digamos, en consideración a lo cual pasaremos por alto cuanto se refiere a los primeros años de matrimonio de John y Catalina. El calendario Newgatiano dice que durante dicho tiempo Hayes abandonó dos o tres veces el domicilio conyugal y, hostigado por los continuos y desabridos requerimientos de su esposa, emprendió dos o tres nuevas

profesiones. Gracias a que sus padres supieron morir a tiempo, dejándole en posesión de un pequeño capital y del negocio de ebanistería, que él continuó durante algún tiempo.

Volvamos por unos instantes a nuestros héroes el capitán Wood o Brock y el abanderado Macshane. ¿Qué había sido de ellos durante este período? Pues, por espacio de seis meses, habían seguido ejerciendo con gran éxito y cautela la lucrativa profesión de que tenemos una muestra con lo acaecido a Hayes; y tan considerables eran las ganancias obtenidas por el capitán Wood en el transcurso de las semanas, que llegó a correr el rumor de que ya tenía, convenientemente oculto, un verdadero tesoro; lo cual habría podido ser cierto, de no haber interrumpido la fatalidad su brillante carrera.

Sucedió que en Exeter fueron prendidos por sustraer tres preciosos balaustres de una verja de bronce; y como no eran conocidos en tal localidad, se los detuvo y se los condenó por tan insignificante delito a siete años de prisión en las colonias, siendo, según era la costumbre, dados en alquiler a los plantadores de Virginia, para que les hicieran trabajar en las plantaciones durante dicho tiempo.

Ya tenemos, pues, a todos nuestros personajes convenientemente instalados. El conde, en Holanda con su esposa. Catalina, en Warwickshire con su excelente marido. Tomás Billings, con sus padres adoptivos en el mismo condado, y los dos bizarros militares, viendo crecer el algodón y el tabaco, en el Nuevo Mundo. Veamos cómo será posible ponerlos de nuevo en contacto.

... ..

Durante seis años, Catalina había sido la esposa adorada por su marido, sin que el cielo se dignara bendecir su unión con ningún fruto de carne y hueso. Huelga decir que Catalina había llegado a dominar por completo a su esposo, quien le satisfacía todos sus caprichos en cuanto estaba en su mano, ya tocante a vestidos, ya en viajes a Coventry y a Birmingham y cuanto más pedía; pero, teniendo satisfechos todos sus deseos, lo natural era que Catalina tuviera o inventara algo nuevo que desear; y así, ocurriósele sentir recrudescidos sus instintos maternos, y experimentar el anhelo de ver a su hijo.

Será bueno advertir que Catalina nunca había declarado a su marido la existencia de tal vástago, si bien Hayes estaba en antecedentes de las antiguas relaciones de su mujer con el conde, pues Catalina tenía buen cuidado de salpimentar todas sus riñas conyugales con alusiones a su pasado esplendor y felicidad, no olvidando echar en cara al buenazo de su marido la falta de gusto que mostraba... recogiendo las migajas del conde. Un buen día decidió Catalina tratar de ver a su hijo y tenerle de nuevo consigo; como es de suponer, se abstuvo de comunicar tal pensamiento a su esposo. Aunque a veinte millas de distancia de él, había pasado siete años sin acordarse para nada de su hijo; pero ahora emperábase en volver a verle... y ya sabe el lector que cuando una mujer se empeña en conseguir una cosa, la consigue; si el marido se opone, ya vendrá la fatalidad a hacer de manera que ella se salga con la suya... En el caso actual de Catalina, diríase que algún poder oculto trabajaba en su ayuda, disponiendo todos los medios conducentes al fin que se proponía.

Porque el destino es el que puede arreglarlo todo, obrando como poder oculto, y no le conocemos, pero le presentimos. ¿Quién no ha sentido más de una vez cómo trabaja ese temible y conquistador espíritu del mal? ¿Quién no puede adivinar, en el círculo de nuestra misma sociedad, al predestinado a los infortunios y peligros? Algunos dicen que la doctrina de la fatalidad es una teoría tenebrosa; nosotros, por el contrario, nos sentimos inclinados a creer que es altamente consoladora. Es preferible atribuir todas nuestras faltas a obra del destino, que creer somos nosotros los mismos verdaderos, y únicos causantes de nuestra felicidad o de nuestra desgracia, estando como estamos, bajo la influencia de fieras pasiones y de débiles arrepentimientos, con nuestras determinaciones tan vanas, tan ridículamente escandalosas, tan despreciablemente frágiles e inconscientes, con nuestros oscuros, vacilantes e inservibles conceptos acerca de la virtud, y nuestra irresistible propensión al mal... Si tan sólo dependemos de nuestro propio esfuerzo, ¿queréis decirnos qué supone él ante las poderosas circunstancias? Si tan sólo miramos hacia nosotros mismos, ¿qué esperanza nos queda? Contemplad toda vuestra vida pasada, y os convenceréis de que tanto ella como vosotros habéis sido regidos por el destino. Pensad en vuestros engaños y en vuestros más lisonjeros éxitos. ¿Ha sido acaso vuestra actitud quien los ha determinado? Una simple indigestión basta a veces para influir en vuestro prestigio y dañar vuestra reputación; un patatazo en la nariz puede encumbraros hasta la admiración de las gentes; una temporada de pobreza puede convertir en un granuja al que era y sigue siendo una buena persona, y, por el contrario, unas cartas triunfos o unas cuantas tiradas con suerte a los dados pueden convertir para el resto de sus días en persona decente a quien era, es y seguirá siendo naturalmente un verdadero pillo. ¿Quién envía la enfermedad, quién enseña a la patata la trayectoria de la nariz, quien os priva de las bondades terrenales?... o ¿quién dispone las cartas para serviros más triunfos, y con ellos honores, virtudes, prosperidades? A esto llamáis casualidad. De tal modo, casualidad es también para el pobre desgraciado que van a ahorcar ver que va a morir, con la cuerda suspendida, al caer la gota en el reloj de agua del Santo Sepulcro.

Y he aquí que nosotros, pobres mortales, fiamos en nuestra clarividencia, y no podemos ver la cuerda de que estamos suspendidos, ni el momento en que caerá la gota. Pero dejémonos de digresiones. Volvamos a esa especie de manso cordero, Tomasito, y a esa pobre y descarriada oveja de su madre, Catalina. Como tenemos dicho, habían transcurrido siete años cuando ella empezó a acariciar la idea de ver de nuevo a su hijo; cosa que, como apreciará el lector, no hubo de resultarle tan difícil.

En el mes de julio de 1715 venían carretera abajo, como a diez millas de Worcester, dos individuos algo extraños y un caballo flacucho y matalón, con una silla bastante deteriorada y un gran bulto a la grupa; no pudiendo montar los dos a un tiempo el caballo, hacíanlo por turno, aunque no riguroso. Uno de los personajes gozaba de estatura mucho más que regular, tenía rojo el cabello, una nariz harto prominente y un uniforme militar bastante estropeado; el otro, más viejo, curtido por la intemperie, con aspecto de hombre sobrio, vestía de paisano, dando, tanto él como su traje, la sensación de haber llegado a edad madura. A pesar de su pobreza, que a la vista saltaba, ambos parecían en extremo contentos. A caballo iba el más viejo de los dos, quien, por lo demás, había cabalgado durante la jornada de cada tres millas dos. El otro marchaba a grandes zancadas a su lado, pareciendo como si le fuera la cosa más fácil del mundo dejarse atrás al cuadrúpedo, de no haberle retenido a su lado el afecto que experimentaba por su camarada.

Poco antes, el caballo había perdido una de sus herraduras; habíala cogido el de a pie y llevábala en la mano, habiéndose decidido parar ante el primer herrador que hubiese para que se calzara nuevamente al jamelgo.

-¿Os acordáis de estos sitios, mayor? -dijo el infante contemplando con placer el panorama, mientras chupaba el néctar de una flor-; bastante más hermosos son estos campos de maíz que aquellas malditas vegas de tabaco... que así arrase el diablo.

-¿No he de acordarme? Perfectamente; y es más, de algunas buenas fechorías que hicimos por aquí -repuso el llamado mayor- Y vos, ¿recordáis aquella dama y su marido, al que secuestramos en la fonda de las «Tres Rocas»?

-Y aquella bruja de patrona.

-No la nombréis siquiera. Ya sacamos de ella todo lo posible. Hablemos de los otros. Recordaréis que fuisteis a casa de la madre de él por su rescate.

-Bueno; la mujer era esa tal Catalina de quien me habéis oído hablar más de una vez. Yo la quiero bien a la pícara, porque casi la he criado, y además vivió uno o dos años con ese sinvergüenza de Galgenstein, que ha sido mi ruina.

-¡Aquel condenado canalla y rufián! -dijo el más alto con su acento irlandés.

Ya es de suponer habrá el lector reconocido a nuestros dos interlocutores.

-Él mismo; pues bien: si mal no recuerdo, me parece que es por estos alrededores donde vivía la nodriza a quien trajimos a criar al niño. Era mujer de un herrador llamado Billings; no estaría de más llevar el caballo a que le herrasen a su casa, si es que aún vive, y ver de paso si podemos saber algo del mocoso; de veras que me gustaría encontrarme con la madre y verla buena.

-Recuerdo todo lo que decís tocante a ella -dijo Macshane-, y, por añadidura, me acuerdo del mequetrefe llorón del marido y de la gruesa buena señora de la madre, y del cochino tuerto que me vendió el sombrero del párroco, el sombrero que de poco me hace meter en un calabozo... ¡Ah, pero buena se la dimos a todos y... a la patrona!...

Y aquí el abanderado Macshane y el mayor Brock soltaron el trapo con gran regocijo.

Echemos ahora una rápida mirada retrospectiva, que nos es indispensable para atar los cabos sueltos acerca de la suerte de algunos personajes.

Como recordará el lector, la patrona del fonducho de «Las Tres Rocas» dedicábase al innoble y lucrativo oficio de comerciar con los objetos robados por los bandidos, sirviéndoles al mismo tiempo de banquero. A su custodia habían confiado Brock y sus compañeros sesenta o setenta libras, las cuales estaban ocultas en el escondrijo de una habitación, sólo conocido de ellos, de la dueña, de Sicklop y de algún que otro facineroso

de la partida. Sicklop había sido muerto a tiros una noche al intentar un asalto en el camino; la dueña había sido presa como cómplice de otro robo; de suerte que, cuando, a su regreso de Virginia, nuestros héroes encaminaban sus pasos a Worcester, con la esperanza de tener para una temporada con los fondos ocultos, quedáronse anonadados al conocer la suerte que habían corrido la patrona y los asiduos de sus reuniones secretas en «Las Tres Rocas». La casa había dejado de ser una fonda. Para Brock y Macshane tenía capital importancia averiguar si también había desaparecido el dinero, y se decidieron a hacer una escrupulosa investigación personal.

Siendo a la sazón una casa particular, Brock, con una concepción genial, digna de envidia, tuvo la idea de visitar al entonces dueño de la misma en calidad de pintor, rogándole le permitiera tomar algunos apuntes desde una de las ventanas de la casa. Llevaba Brock un gran cartapacio bajo el brazo, y acompañábale Macshane con los materiales artísticos -consistentes en un destornillador y una palanca, cuidadosamente envueltos, como si fueran pinceles-. Inútil sería decir que se les concedió el permiso que deseaban y que pusieron en seguida manos a la obra, abriendo la puerta de marras, y con gran satisfacción vieron, no ya su dinero, que habíase evaporado en cuanto se supo su deportación, sino monedas y género por valor de trescientas libras por lo menos, a lo cual Macshane dijo que tenían honradamente tanto derecho como pudiera alegar cualquier otro... a excepción de los primitivos dueños... Pero ¿cómo averiguar quiénes eran? Con tan inesperado como agradable botín, emprendieron de nuevo la jornada a la aventura, pues no sabían adónde dirigirse ni qué hacer. Daba la casualidad de que volvían por el mismo camino y por el sitio donde, poco más o menos, había perdido el caballo la herradura, que resultaba ser cerca de la casa en que vivía Billings, el herrador. Como pasaran a poca distancia por frente a la misma, oyeron unos gritos tremendos que salían del cuarto de la fragua. Un rapaz estaba echado sobre el fuelle, mientras otros dos o tres le sujetaban hacia abajo y una porción de ellos contemplaba la escena desde la calle, por la ventana. Dentro, un hombre medio desnudo estaba dándole una paliza con un látigo, arrancándole a calda golpe un grito de dolor que se hacía oír desde lejos de los que transitaban por el camino: tales fueron los que llegaron a oídos de Brock y Macshane. Cuando el herrador vio acercarse el caballo, suspendió un momento su faena, miró a los recién llegados y continuó azotando al chico con más furia, si cabe, que antes.

Una vez terminada tan grata tarea, dirigióse a los venidos, preguntándoles en qué podía servirlos; a lo que mister Wood -así le llamaremos desde ahora-, con una punta de ingenio, respondió que más que a ellos, parecía interesado en querer servir al chico primero.

-No es para hacer chistes -dijo el herrador-; si no le sirvo así ahora, será para cuando crezca. Tendrán que enviarle al patíbulo tan fijo como se llama Bill; bueno, como se llame.

Y diciendo, le arreó otro latigazo, que produjo su consiguiente grito de dolor.

-Ah, ¿se llama Bill? -dijo Wood.

-No se llama Bill -repuso el herrador tristemente-; no tiene nombre, ni corazón tampoco. Mi mujer le tomó para criar hace siete años, y, como no se supo más de los padres, siguió criándole y educándole, porque la pobre era una santa -aquí sus ojos empezaron a hacer

pucheros-, que ya se me ha ido para siempre -y dióse a gimotear francamente-; al demonio del chiquillo, por la memoria de ella, sigo teniéndole conmigo, y el bribón me está resultando un mentiroso y un ladrón. Figuraos que, para mortificarme a mí y a mis hijos, se le ocurre hoy ponerse a hablar mal de ella. ¿Creéis que lo puedo sufrir? No voy a tener más remedio que matarle.

Y acompañaba la acción a la palabra, dejando caer un nuevo golpe en el tundido cuerpo del pequeño Tom, del que éste acusaba recibo por medio de gritos, chillidos y variados juramentos de su precoz repertorio infantil.

-Vaya, ya está bien; dejad en paz al chico; mi caballo necesita que le pongan la herradura, y el muchacho ya está más que de sobra castigado; basta de tunda.

El herrador obedeció, y dejó suelto al chiquillo. La cara que éste puso al alejarse y mirar a su verdugo fue tal que míster Wood, cogiendo el brazo de Macshane, dijo:

-Es él, no me cabe duda. La misma mirada de su madre cuando le dio el láudano a Galgenstein.

-¿Así era?-preguntó Macshane- Y decidme, ¿quién era su madre?

-¡Quién había de ser, infeliz! ¡Catalina!

-Pues era de cuidado, a fe mía.

Mientras se herraba el caballo, míster Wood preguntó a Billings varios detalles acerca del pequeño, y llegó a convencerse de que era el fruto de las entrañas de Catalina. El herrador dióse después a contarle todas las virtudes de su difunta esposa, y todos los crímenes del chico: cómo robaba, mentía, armaba pendencia y juraba, y cómo, a pesar de ser el más pequeño de cuantos tenía, ejercía la más perniciosa influencia en el resto de la familia.

-Estaba decidido -dijo- a enviarle a un asilo, pues no pensaba seguir teniéndole en casa.

-Es un buen cachorro, de los que necesitan los plantadores de Virginia -suspiró Macshane.

-Crimp, de Bristol, nos daría sus buenas cinco guineas por él -dijo entre dientes Wood.

-¿Por qué no le llevamos? -sugirió Macshane.

-Es verdad, ¿por qué no? -dijo Wood-. Su manutención no puede ser ni seis peniques al día.

Y volviéndose de pronto al herrador, le dijo:

-Míster Billings, os vais a quedar asombrado si os digo que conozco todo lo que se refiere a la historia de ese pequeño. Su madre fue una desgraciada señora de gran familia, que ya murió su padre, un noble alemán, llamado conde de Galgenstein.

-Él mismo -dijo Billings-: un joven de cabellos rubios que vino aquí a traer el chico, acompañado de un sargento de dragones.

-El tal era el conde de Galgenstein en persona, el cual me recomendó a su hijo cuando estaba a punto de morir.

-¿Y os pagó los siete años de manutención? preguntó Billings, a quien sólo le preocupaba tal idea.

-No, por desgracia; murió debiéndome seiscientas libras, ¿verdad abanderado?

-¡Seiscientas, por mi honor! Aun recuerdo cuando fuisteis a su casa con la Policía...

-Bah, después de todo, ¿qué importa? -cortó Brock, mirando orgullosamente al herrador-. Me debe seiscientas libras a mí, ¿cómo podría pagaros a vos? Pero, en cambio, me pidió me encargara del pequeño, si llegaba a encontrarle, y he aquí que le hemos encontrado, y que, por mi parte, dispuesto estoy a encargarme de él, si me le entregáis.

-¡Que venga Tomás! -exclamó Billings.

Cuando el rapaz apareció de nuevo, enfurruñado y todavía tembloroso, como en espera de nuevo castigo, su padre preguntole si quería marcharse con aquellos caballeros, o si prefería quedarse con él y ser buen chico.

A lo que Tom replicó inmediatamente:

-Yo no quiero ser bueno; quiero irme; no quiero estar más aquí.

-¿No te importa dejar a tus hermanos y hermanas? -dijo tristemente Billings.

-¡Que revienten! -repuso el rapaz-; además no tengo ninguno.

-Pero has tenido una buena madre, ¿sí o no?

Después de una pausa, Tom dijo:

-Sí; pero madre murió, y tú me pegas siempre; yo quiero irme.

-Entonces haz lo que quieras -estalló lleno de indignación Billings- Anda, y que el demonio te lleve; si este caballero lo desea, puedes ir con él.

Después de algunos pormenores, la conversación terminó, y a la mañana siguiente la compañía de Wood había aumentado en una persona más; abandonaron aquel sitio, y dirigieron por jornadas a Bristol.

.....

Creemos haber dicho ya más de una vez que Catalina, atacada súbitamente de un recrudescimiento de amor maternal, quería tener de nuevo a su hijo; y siendo el destino benigno con todos los deseos de esta apreciable dama, no tardó en complacerla, haciéndole llegar pronto a sus brazos.

El pueblo en que vivían ahora los Hayes estaba a pocas millas del camino que conducía a Bristol, adonde se dirigían nuestros personajes en desempeño de la piadosa misión que se habían propuesto; mientras, a la caída de la tarde, acercábanse a la casa del juez Ballance, que había estado a punto de ser la ruina de Macshane, contaba éste por centésima vez y con gran contentamiento las circunstancias que se habían juntado para su perdición y la manera cómo, gracias a la vieja Hayes, habíase salvado.

-¿Y si fuéramos a ver a la vieja? -sugirió Wood-. Nada malo puede sucedernos.

Y como su camarada, cual de costumbre, asintiera, encamináronse al pueblo, adonde llegaron a boca de noche. En el albergue en que se detuvieron, Wood indagó acerca de la familia de Hayes, averiguando que los padres habían muerto, que John habíase establecido, con su esposa, en lugar de ellos, así como el género de vida que el joven matrimonio llevaba. Averiguado todo lo cual, detúvose a pensar con toda calma lo que debía hacer; una expresión de sublime gozo y de gran alegría iluminó su rostro.

-Me parece, Timoteo -dijo-, que vamos a sacar más de cinco guineas por el rapaz.

-Desde luego -repuso Macshane, que siempre estaba de acuerdo con Wood.

-¡Desde luego... y cómo! ¡Ya veréis!... Hayes es hombre bien visto en el mundo y...

-...Y le atrapamos de nuevo, ¿eh? -dijo, riendo a carcajadas-, Macshane- ¡Por Baco, mayor, que nunca ha habido un general tan buen estratega!

-Alto, no rebuznéis de ese modo, que vais a despertar al muchacho... Él es un hombre de bien, ella le domina... y no tienen hijos. Ahora, una de dos: o ella estará loca de alegría por tener al hijo de nuevo, y nos paga por habersele encontrado, o no quiere saber nada de él... y nos paga para que calleemos..., o Hayes tendrá que sentirse avergonzado de que su esposa tenga un hijo anterior a su matrimonio, y nos pagará para que nos le llevemos. De todas maneras, bastante hay que ganar en cualquiera de los casos, y, como me llamó Brock, que no dejaré escapar la ocasión.

Cuando el abanderado oyó tal razonamiento, en nada estuvo que no cayera de rodillas y adorase a su amigo y jefe. Inmediatamente dieron comienzo las operaciones por medio de un ataque a la señora Hayes. Al oír ésta, a la mañana siguiente, en la entrevista privada que

tuvo con Wood, que su hijo había sido encontrado, sintiose agitada por los dos opuestos sentimientos que el ex cabo habíale atribuido. Suspiraba por recuperar a su hijo y habría pagado lo mismo para ahuyentar el peligro. ¿Cómo se las compondría para cohonestar ambos deseos?

Catalina recurrió a un expediente del que suele hacerse empleo bastante abusivo. De pronto descubrió que había tenido un hermano al que amaba de todo corazón y el cual habíase visto obligado a abandonar su patria por seguir al Pretendiente, muriendo en Francia y dejando un hijo único. Este niño había sido confiado al morir a un su compañero oficial, que encontrábase a la sazón en el país y no tardaría en presentarse. Con el objeto de dar a la historia todos los visos de verosimilitud, míster Wood escribió la carta del hermano, y Macshane fue instruido detenidamente para que representara bien su papel de oficial. No podemos asegurar la importancia del estipendio que míster Wood recibiera por tal servicio; lo que sí podemos afirmar es que Hayes estuvo a punto de hacer meter en presidio a un joven aprendiz que estaba a su servicio, acusándole de haber forzado un armario, en donde guardaba cuarenta guineas en plata y oro, de lo cual sólo él y Catalina tenían conocimiento. Convenidos ya todos los detalles, el cabo y su compañía instaláronse a corta distancia del lugar, mientras Catalina quedaba en el encargo de ir preparando a su esposo para el aumento de la familia, con la pronta llegada del querido sobrino. Hayes recibió la noticia con gran contento. Nunca había oído hablar de semejante hermano de Catalina ni sabía que tuviera parientes; pero no es muy difícil que digamos, para una dama de regular ingenio, urdir una buena trama; así es que con mentiras, lágrimas, amenazas, juramentos y ruegos, le obligó a acceder a sus deseos. Dos días después, mientras Hayes trabajaba en el taller y su esposa hacía compañía, oyose el ruido de los cascos de un caballo en el patio de la casa; descendió de él el caballero que le montaba y penetró en el establecimiento. El emisario era de alta estatura y estaba envuelto en una amplia capa. Míster Hayes, al contemplarle, no pudo por menos de pensar que aquella cara no le era desconocida del todo.

Dirigiéndose a Hayes dijo:

-Supongo que tengo el honor de estar en presencia de míster Hayes, por ver al cual llevo andadas tantas millas, y de su bella esposa. Señora, me ha cabido el honor de ser el más íntimo amigo de vuestro malogrado hermano, el cual murió al servicio del rey Luis, y cuyas últimas y emocionantes misivas tuve a bien enviaros dos días ha. Traigo conmigo un precioso recuerdo de mi buen amigo, el capitán Hall; tenedle.

Y diciendo, apartó la capa con una mano y adelantó la otra, casi hasta las narices de Hayes, teniendo en ella cogido por los brazos a un rapaz que se revolvía, suspenso en el aire, braceando y dando patadas.

-Qué hermoso niño -dijo la señora Hayes acercándose calinamente a su esposo, y oprimiéndole con dulzura una de las manos.

... ..

No es necesario saber la idea que Hayes formose acerca de la belleza del niño. Lo único que podemos decir es que aquella noche y muchísimas otras el rapaz durmió en la casa.

Capítulo VIII

En el que se enumeran las hazañas del pequeño Tomás Billings, se presenta a Brock como el doctor Wood y se anuncia la ejecución de Macshane.

Según es nuestro propósito, hemos de seguir en la relación de nuestra historia la ruta que nos marca el calendario Newgatiano, si persistimos en nuestro deseo de ser fieles a la verdad. Ahora bien: como resulta que el tal calendario sólo se preocupa de las acciones llevadas a cabo por sus héroes, sin tener en cuenta para nada el tiempo que invierten en la realización de las mismas, ateniéndonos a éstas, tenemos que dar otro salto de diez años para poder prestar algo de interés a la continuación de nuestra novela.

Nuestro pequeño personaje, Tomás Billings, había permanecido durante todo este período de tiempo al solícito cuidado de su señora madre; es, por tanto, de suponer que, en vez de disminuir, aumentarán las proezas, gracias a las cuales había comenzado a ser famoso desde su más tierna infancia; con una circunstancia a su favor: que, mientras en casa del herrador, y a los tres o cuatro años de edad, sus virtudes tan sólo podían ser conocidas en el reducido círculo de su familia y de las pocas relaciones que es de suponer haga un rapaz de su talla en las callejuelas o por los desvanes de las casas de vecindad de una aldea, en la residencia materna sus relaciones aumentaban con los años, así como aquellas innatas y apreciables condiciones de que sus proezas infantiles fueran gallarda prueba. Así, no es de extrañar que un chicuelo de cuatro años no conozca el abecedario y muestre, además, una profunda aversión a familiarizarse con él; pero si a los quince ostenta la misma ignorancia e igual aversión, es prueba de que posee gran fuerza de voluntad y perseverancia. Que no sólo era comprensivo y detallista, sino también valiente y codicioso, lo demuestra el hecho de que, para terminar cualquier discusión con el conserje, la emprendía a golpes con él, amén de no sentir menoscabo alguno en su dignidad atormentando y dedicándose a atemorizar a los niños más pequeños de la escuela.

Decíase del duque de Wellington que tenía un pensamiento para todos, desde el primer general hasta el último corneta del ejército; eso mismo podía decirse de Tomás Billings, quien, tocante a golpes, repartía sus favores a altos y a bajos, ya a puñetazos con los más fuertes, ya a puntapiés con los más débiles, pero siempre trabajando. A los trece años, cuando le expulsaron del colegio a que le habían enviado, era el más gallito fuera de la clase y el más asno dentro de ella. Una de sus diversiones favoritas era obligar a los pequeños y a los novatos a reír cuando pasaban a su lado, después de lo cual las atormentaba despiadadamente, y les decía que entonces le tocaba reír a él. Con tan combativo carácter, es de esperar que, de haber sido soldado, Tomás Billings hubiera llegado a mariscal, por lo menos; pero, por su desgracia, se le dedicó a sastrería y llegó... Pero no nos precipitemos, que ya irá saliendo todo.

Volviendo a John Hayes, nos encontramos con que no circunscribió sus actividades a la profesión de ebanista ni a permanecer en su pueblo, sino que, inducido por el espíritu intranquilo de Catalina, quiso probar fortuna en la capital, en donde vivió habitando barrios distintos y dedicándose a profesiones varias: unas veces, como verdulero y vendedor de carbón al por menor; otras, como ebanista, agente de funeraria y usurero de pobres, y, finalmente, como arrendatario de una casa amueblada, en donde continuó ejerciendo su caritativa profesión de prestamista.

Prestando, como prestaba, sobre prendas y objetos, y obteniendo excelentes beneficios de tal comercio, no tenía por qué preocuparse del origen de las mercancías, ora fueran procedentes de rica vajilla, ya piezas de tela, espadas, relojes, pelucas, hebillas de zapatos, que le llevaban sus amigos y confiaban a su custodia, de lo cual dedúcese que sus amigos tenían plena confianza en él y que gozaba de la estimación de infinidad de personajes, cuyo recuerdo perdura en la historia y produce la admiración de las gentes. Al que más y al que menos le agrada pensar que en el gabinete de la señora Hayes el valiente Turpin departía mano a mano, en intimidad, con Catalina; que acaso el noble Sheppard decía allí sus chistes más ingeniosos o bebía su botella de ron. ¿Quién sabe si también llegaron a sentarse a la mesa de Catalina Mackeat y Pablo Clilford? Pero ¿para qué darse a imaginar lo que pudo haber sucedido, prescindiendo de la realidad y no dejando reposar en paz a los muertos? No lo sabemos, no podemos evitarlo, como tampoco podemos pasar por la puerta de Cumberland, sin que se nos escape un suspiro de añoranza, recordando los esforzados caballeros que pasaban en otros tiempos por aquel camino. Se nos antoja ver a los piadosos sacerdotes que los acompañaban en sus entradas triunfales, sus carros rodeados de relucientes arqueros. Como el esclavo en el carro del conquistador romano iba diciéndolo incesantemente: «Acuérdate de que eres mortal» delante del guerrero británico marchaba el sepulturero con el ataúd, recordándole también que había de morir, y era precisamente por estos sitios. Cien años ha, la calle Albión era un verdadero desierto. La plaza de Connaught estaba inconiplota y no era nada todavía. El labrador venía a pasar sus ratos de ocio a Natford Place; por las verdes soledades de la calle Sovereign, la lechera conducía las vacas mugidoras. Aquí, en medio de los verdes campos, fue un día Tyburn, y en la carretera que allí conducía, como para gozar de tan bella perspectiva, estaba la casa de John Hayes.

Una hermosa mañana del año 1725, la señora Hayes, que había estado fuera con su mejor sombrero; míster Hayes, que por rara casualidad habíala acompañado, y la señora Springatt, una huésped que, mediante su buena remuneración, gozaba del privilegio de participar de la mesa y la amistad de Catalina, volvían, a eso de las diez y media, con los semblantes arrebolados y sonrientes, de un paseo que habían ido a dar a Bayswater. Varios miles de personas venían, como en rebaño, carretera abajo, por el camino de Oxford; a juzgar por la elegancia y el esmero que todos parecían haber puesto en sus vestidos y la satisfacción que se dibujaba en los rostros, creeríase que todas aquellas personas salían de un sermón reconfortante. Jamás habríase pensado que venían de presenciar una ceremonia algo macabra: la de ver ahorcar a un individuo, espectáculo económico y de que jamás se privaba la familia Hayes. Volvían, pues, a casa para almorzar con excelente apetito, que había estimulado más el paseo, casi convertido en verdadera hambre por la excitación deliciosa del espectáculo que acababan de saborear como aperitivo.

Catalina, en todo el esplendor de su hermosura de treinta y tres años, elegantemente vestida, sonrosada, algo metida en carnes, entró alegremente en la casa por la sala trasera, que daba a un espacioso huerto y jardín, donde el sol lucía sus mejores galas; dentro, sentado en espera ante la mesa, puesta con un fino mantel blanco, cacharros y cubiertos de plata de variadas cifras nobiliarias y distintos modelos, esperaba un caballero, ya bien entrado en años leyendo un libro.

-Aquí estamos, por fin -dijo la señora Hayes-, y aquí tenéis su despedida.

Y sacó el papelillo que se acostumbra a vender por medio penique al pie del patíbulo y que contiene los últimos pensamientos y recomendaciones del ejecutado.

-Yo he visto morir a más de uno; pero os puedo asegurar que a nadie que fuera tan hombre como ése hasta el último instante.

-Amiga mía -dijo el presunto doctor-, era un hombre de acero y no se impresionaba más por la horca que por sacarse una muela.

-La bebida fue la causa de su ruina -dijo la señora Hayes.

-La bebida y las malas compañías. Ya se lo advertí hace años; mas no me hizo caso, y se fue con la cuadrilla capitaneada por Wild: bien sabía yo que no podría durar mucho... ¿Por qué... Dios mío... se empeñan los hombres en seguir por esos caminos tan peligrosos - continuó el doctor con un suspiro-, exponiendo su vida por un miserable reloj o una caja de rapé, para que, además, míster Wild se quede con las tres cuartas partes del producto?... Pero... aquí viene el almuerzo, y, por mi salud, que tengo el hambre de un mozo de veinte años.

Entrada la sirvienta con una fuente humeante de tocino y legumbres; al mismo tiempo, míster Hayes subía de la bodega, de la que él guardaba la llave, con un buen jarro de cerveza; en cuanto estuvieron listos dieron comienzo al almuerzo, con gran satisfacción. Además del matrimonio Hayes y de su huésped, el doctor Wood, estaba la otra huésped, la señora Springatt; y otro cubierto estaba puesto, pero el comensal no parecía, y alguien dijo:

-Tom, por lo visto, se habrá encontrado con algunos amigos, y tal vez haya preferido pasar la mañana con ellos.

Referíase a Tomás Billings, a la sazón de diez y seis años de edad, esbelto, elegante, guapo mozo, de cinco pies y doce pulgadas de altura, de tez pálida y ojos y cabellos negros. Tomás era aprendiz de un sastre de no escasa clientela, con quien entraría en sociedad al terminar su aprendizaje. Nadie ponía en duda que Tom pudiera prosperar en tal negocio, al frente del cual hallábase entonces un individuo llamado Beinkleider, alemán. Era éste muy inteligente en el oficio, pero harto aficionado a los placeres, y, por ende, muy dilapidador. Varios documentos de crédito suyo habían ido a parar a las manos rapaces de Hayes, habiéndose proporcionado a éste los medios de procurar a Tom un aprendizaje bien barato, por lo pronto, y una comandita en el negocio más adelante, amén de poder echar por la borda al principal a los uno o dos años de haber entrado en la sociedad. De tal suerte, que

habíase ya pensado en que a los veintiún años Tom se encargase por completo del negocio, pasando el pobre Beinkleinder de haber sido su principal a ser su dependiente.

Manifestábase Tom de lo más precoz. Su madre le tenía siempre largo de dinero, y él lo ganaba alegremente con varios camaradas de uno y otro sexo, en el juego, en los combates de toros y perros, en las ferias, en merendonas a la orilla del río y otras inocentes diversiones por el estilo. Sabía tirar los dados tan bien como los de mucha más edad; había tenido alguna que otra reyerta con gente hecha y derecha, y sabía hacerse respetar de sobra.

Hayes no estaba muy satisfecho de las bellas cualidades del joven; pero prefería disimular, porque, habiendo querido castigarle en cierta ocasión, no solamente se vio incapacitado para hacerlo, sino que estuvo a merced del muchacho, el cual le dio tan fuerte golpe en la cabeza con una herramienta, que le derribó por el suelo y quiso rematarle. Gracias a que el doctor, ya entonces huésped de los Hayes, intervino y trajo a tiempo, ya que no la amistad, la paz por lo menos. Desde entonces, Hayes no intentó nuevamente levantar la mano contra su hijastro, pero dedicose a aborrecerle con odio reconcentrado. En lo cual era cordialmente correspondido por Tom, con una agravante: que, así como Hayes no se atrevía a mostrar su enemiga, el joven Billings, siempre que se veían, procuraba con sus actos, palabras, miradas, mofas y maldiciones, declarar a su padrastra la opinión que de él tenía. Siendo así, ¿por qué no le echaba Hayes de su casa? Pues porque temía de veras al mozo, creyéndole capaz del crimen, y porque delante de Catalina temblaba más que tiemblan las hojas ante los vientos del otoño.

Ella le dominaba por completo, era dueña hasta del aire que él respiraba... hasta el dinero había ido pasando a poder de Catalina; pues aunque era tacaño y cominero como ninguno, y, por ende, muy ahorrativo, no se sentía con valor para adueñarse de lo que ella había hecho suyo. Ella era quien llevaba los libros, pues para entonces ya había aprendido a leer y escribir, quien realizaba las gangas y dirigía las operaciones de los cuitados pequeños capitalistas. Cuando llegaba la hora de cobrar y los deudores iban a implorar la gracia de nuevos plazos, ella salía del paso echándole a él la culpa, diciendo que era sordo y duro como una peña; y en verdad lo era: nadie podía decir de él que le hubiese dado a ganar un penique, ni se sabía que hubiera hecho retractarse jamás a los alguaciles en ningún embargo en favor de alguno de sus deudores. El asunto de Beinkleinder, por ejemplo, mostró bien a las claras las condiciones de cada uno. Hayes estaba a punto de arreglarlo de una manera corriente; pero Catalina supo adivinar las cuantiosas ganancias que tal negocio podría dejarles, y urdió lo del aprendizaje y lo de la comandita a que hemos aludido. Ella le menospreciaba de todo corazón, mientras él la lagoteaba como perro faldero. A ella gustábale divertirse a su manera, y sentía aversión por las mimosidades de que él hacía objeto. Catalina era la única persona por quien él experimentaba algún sentimiento, aparte de sí mismo; así le profesaba aquel miedo ridículo. También gustábale beber, lo cual le tornaba alegre y decididor; aceptaba cuantos tragos le ofrecían; pero, en cambio, experimentaba angustias de muerte cuando su mujer subía o mandaba subir de la bodega una botella de vino.

Hablemos ahora del doctor. Frisaba ya en los setenta. Había rodado mucho por el mundo; tenía aspecto de hombre sobrio y alegre; se vestía con esmero y severidad, llevando un amplio sombrero y un casacón; no frecuentaba más personas que aquellas que veía en el

café. Disfrutaba de una renta de cien libras, que decía pensaba dejar en herencia a Tom Billings. Estaba encantado con el mozalbete, sentía gran afecto por la madre y llevaba algunos años viviendo de huésped. Con ellos... No hay que ser muy ligero para comprender que se trata de nuestro viejo amigo el cabo Brock, el doctor Wood ahora, como antes, quince años ha, fuera el mayor Wood.

Cualquiera que haya leído la primera parte de esta historia habrá podido observar el respeto constante con que hemos tratado a míster Brock, haciéndole obrar en todas las ocasiones con prudencia y, a veces, con verdadero genio. El primer obstáculo para el éxito de Brock era, no más, su mala conducta. El juego, la bebida y las mujeres le habían arrastrado hacia el abismo muchas veces, como sus propios méritos habíanle elevado otras. Cuando la pasión por el juego hace de alguien un sinvergüenza, deja de perjudicarlo para con las demás gentes; se dedica a hacer trampas y gana. Mas los vicios de Brock habían desaparecido en Virginia, a fuerza de falta de salud, de malos tratamientos, de un trabajo horrible y de una alimentación deficiente...

Llegó a olvidar hasta lo que era beber; el ron o el vino le sentaban tan mal que no pudo seguir dedicándose a ellos por más tiempo; así llegó a curarse de sus tres vicios. De haber sido ambicioso, seguramente habría podido alcanzar una buena posición a su regreso del destierro; pero entonces sentíase ya viejo y era un filósofo; no se preocupaba de elevarse en el mundo. Como la vida era entonces bien barata y más alto el interés del dinero, una vez que hubo reunido seiscientas libras adquirió una póliza vitalicia de setenta y dos libras al año, e hizo creer que poseía, además de la renta, el capital. Después de haber dejado a los Hayes en la aldea, volvió a encontrarlos de nuevo en Londres, y de nuevo volvió a tomar hospedaje con ellos, sintiendo, como sentía, gran afecto por la madre y por el hijo. A medida que el doctor vivía más tiempo en la agradable compañía de tan simpática familia, comenzó a deplorar el haber invertido todo su dinero en la compra de la póliza, y no poder, como decía tener pensado, dejar sus ahorros a sus hijos adoptivos.

Nada le divertía tanto como presenciar las tempestuosas querellas del matrimonio Hayes. Solía sembrar el enojo en el ánimo de Catalina cuando le parecía que su calma duraba ya demasiado; gustaba de azuzar las disputas entre marido y mujer, madre e hijo, y disfrutaba con ella lo indecible; eran su diversión cotidiana, y reía hasta saltársele las lágrimas por las relaciones que hacía Tom de las tretas que jugaba a ministriles y corchetes y de las reyertas con que acompañaba su estancia en las tabernas.

Estaban, pues, los comensales haciéndose lenguas de la exquisitez del almuerzo, cuando entró, alegremente Tom; el doctor, que parecía haber estado algo huraño, reanimose inmediatamente con su llegada, y le hizo sitio entre él mismo y su madre.

-¿Qué tal, vejete? -dijo el mozo familiarmente- ¿Cómo va, mamá?

Y diciendo, cogió el jarro de cerveza, quitándole la vez a Hayes que iba a hacer lo propio, y le dio un tiento bastante más que regular.

-¡Ah! -dijo Tom, chascando la lengua de satisfacción y limpiándose la boca con la manga-. Esto es como un refresco, una bebida de nada; desde anoche tengo la garganta fría, y quiero remojarla con algo más serio.

-¿Quieres un poco de vino, hijo mío? -preguntó aquella juiciosa madre.

-¿Un vaso de brandy, Tom? -dijo el doctor-. Tu papá te lo subirá de la bodega en un segundo.

-¡Antes le vería colgado! -repuso Hayes con su poco de miedo.

-Vaya, no seáis así, padre descastado -dijo Brock.

El oírse llamar padre sacaba a Hayes de sus casillas; así es que replicó furioso:

-Yo no soy su padre, a Dios gracias.

-Ni de nadie -dijo Tom.

Hayes contentose con murmurar por lo bajo:

-¡Maldito borde!

-Su padre era todo un caballero, lo que tú nunca has sido -gritó la señora Hayes a su esposo-. ¡Su padre era un hombre de alcurnia, y no un ruin ebanista! Tom tiene sangre noble en sus venas, aunque sea sastre en apariencia, y, si su madre hubiera reclamado su derecho, arrastraría carroza de casa grande.

-Yo quisiera poder encontrar a mi padre -dijo Tom-, porque me parece que Polly Briggs y yo luciríamos bien en la carroza.

Imaginábase que, si su padre era conde, lo menos que él podía ser era príncipe...; y, en efecto, así se hacía llamar por sus camaradas.

-¡Ay, ojalá le encontraras! -dijo su madre, mirándole amorosamente.

-Con mi espada al cinto y un sombrero con gran pluma, no habría ningún milord con mejor figura -dijo Tom lleno de vanidad.

La conversación siguió durante algún tiempo más por estos derroteros, demostrando Catalina con sus palabras la elevada opinión que de su hijo tenía, y éste el desprecio que profesaba a su padrastró; retiróse Hayes a sus ocupaciones; la señora Springatt, que no había dicho una sola palabra durante todo este tiempo, marchóse a su habitación del segundo piso; el doctor y Tom quedáronse aún buena media hora de sobremesa, charlando y fumándose unas pipas, mientras la señora Hayes, frente a ellos, ocupábase en llevar los libros del negocio.

- ¿Qué hay de bueno en las confesiones de los criminales? -dijo Tom-. Además de Mac, había otros seis: dos por robo de ganados y cuatro por ladrones y forzadores de domicilios; pero gente de poca importancia, me figuro.

-Aquí lo tienes todo en el papel: lee, Tom.

Tom adquirió un aspecto de muy enojado y muy tonto al mismo tiempo; pues aunque bebía, juraba y sabía pelear tan bien o mejor que cualquier mozo de sus años y su cuerpo, entre sus proezas no estaba la de saber leer; así es que, lanzándole una terrible mirada, repuso:

-Os advierto, doctor, que si queréis burlaros de mí, yo no soy hombre que tolere burlas.

-Es necesario que aprendas a leer, querido Tom -repuso sonriente Wood-. Allí tienes a tu madre, que lleva los libros como el mejor contable, y a los veinte años no sabía ni hacer palotes.

-Tu padrino lo dice por tu bien, hijo mío; ya sabes que yo te he prometido un bastón con puro de oro y una hermosa peluca el día que puedas leerme una columna del «Flying Post».

-¡Al demonio la peluca! -dijo tozudamente Tom-. Si el padrino quiere enterarse del papel, que lo lea él mismo.

Después de lo cual, el viejo Wood se caló las gafas y echó una ojeada al papel; era éste de color pajizo, y contenía en la parte superior un dibujo del patíbulo, y debajo las biografías de los siete individuos que habían sufrido aquella mañana el rigor de la justicia. Prescindamos de las seis primeras, y oigamos la séptima, que el doctor Wood lee en alta voz, y dice así:

-CAPITÁN MACSHANE.-La séptima víctima de sus propios crímenes es el antiguo célebre salteador de caminos capitán Macshane, conocido por otro nombre como «el fierabrás irlandés».

«El capitán fue al patíbulo con una fina camisa blanca de lino y gorro de dormir; y siendo papista de religión, fue acompañado por el padre O'Flaherty, sacerdote católico y capellán del embajador bávaro.

El capitán Macshane pertenecía a una distinguida familia de Clonakilty, en Irlanda, contando entre sus ascendientes a varios reyes del país. Tuvo el honor de estar al servicio de sus majestades el rey Guillermo y la reina María, y de su majestad la reina Ana, en Flandes y en España llegando a gozar de la gran estimación de lord Marlborough y lord Peterborough, por su acreditado valor. Pero, habiendo quedado reducido a la mitad de la paga, al final de la guerra, comenzó a llevar mala vida, haciéndose asiduo concurrente a los lupanares y a las casas de juego, en donde acabó de arruinarse.

Encontrándose en tal situación, trabé amistad con el célebre capitán Wood, y ambos juntos perpetraron infinidad de latrocinios en el interior del país; pero, siéndoles difícil

permanecer en él mucho tiempo entregados a tales desafueros, marcharon al Oeste, donde eran completamente desconocidos. Allí, sin embargo, les llegó el merecido castigo, pues fueron presos por robar unos balaustres de bronce, procesados bajo falsos nombres en Exeter y desterrados siete años a trabajos forzados en las colonias. Lo cual demuestra que la justicia nunca se duerme, y que tarde o temprano, pero siempre, al fin, vence al criminal.

A su regreso de Virginia, como surgiera una reyerta entre los dos, a causa del reparto del botín, desafiáronse en las cercanías de Bristol, dando Macshane caballerosa muerte a Wood; pero hubo de huir sin apoderarse de la codiciada riqueza, porque, en aquel momento, se aproximaba al lugar del suceso un carro de mercaderías, y hubieran podido verle. Lo cual demuestra que la maldad nunca prospera.

Dos días después de esto, Macshane se encontró con la carroza de miss Macraw, una rica heredera escocesa, que iba a baños para la curación del lumbago y de la gota. Al principio pensó en robar a la dama; mas luego cambió de parecer, y se dio tal maña que la indujo a casarse con él; después vivieron juntos en un pueblo llamado Eddenboro, en Escocia, haciéndose él llamar el coronel Geraldine. Muerta la dama, y habiendo Macshane dilapidado toda su fortuna, viose obligado a comenzar de nuevo sus fechorías para poder vivir; lo primero que hizo fue robarle una preciosa tabaquera de concha y oro a un lord escocés, llamado lord de Whistlebinkie; por el cual crimen fue reducido a prisión en la cárcel de Tolbooth, en Eddenboro, y azotado varias veces en público. Pero el castigo no parecía dar fin a sus perversas inclinaciones, y el día 17 de febrero último asaltó la carroza de su excelencia el embajador bávaro, a su paso por Blackhath, viniendo de Dover, y robó a su excelencia y al capellán que le acompañaba; quitándole al primero el dinero, los relojes, la placa, un manto de pieles, la espada -de gran valor-, y al capellán, un devocionario que iba leyendo y una botella de laxante.»

-¡El embajador bávaro! -dijo, interrumpiendo vivamente Tom-. Mi maestro Beinkleinder era su sastre militar en Alemania, y ahora le está haciendo un traje de gala, lo menos de cien libras...

El doctor Wood siguió inalterable leyendo:

«... y una botella de laxante. Gracias a las gestiones de míster Wild, el famoso criminal fue conducido ante la justicia, pudiendo ser devueltos el devocionario y la botella al padre O'Flaherty. Durante el tiempo de su reclusión en Newgate, Macshane no dio la más insignificante muestra de arrepentimiento por sus crímenes, excepto por el de haber matado a su jefe. Parecía muy apenado por la muerte de Wood, diciendo que el aguardiente había tenido la culpa; por lo cual no probó licor alguno durante su encarcelamiento, pidiendo como gracia le dejaran beber una botella la víspera de su ejecución.

Fue visitado por varios clérigos y seglares en su celda, entre otros por el mismo sacerdote católico a quien había robado, el padre O'Flaherty, ya mencionado, quien le acompañó en sus últimos momentos, y por el protector del capellán, el embajador bávaro, su excelencia el conde Maximiliano de Galgenstein.»

.....

El viejo Wood pronunció con gran énfasis las últimas palabras.

-¡Qué! ¡Max! -exclamó Catalina, volcando, la botella de tinta.

-Pero ¿quién?... ¡Mi padre! -dijo Tom.

-Así parece, a no ser que haya otros que se llamen lo mismo...; y caso de que, por desgracia, no haya reventado -dijo el doctor con la voz alterada por el enojo al final de la frase.

Tomás Billings hizo trizas su pipa en un arrebato de alegría; dijo:

-Ahora es cuando me parece que vamos a arrastrar carroza, madre; y ya verán si Polly Briggs no parece una verdadera duquesa.

A lo cual respondió su madre:

-Polly Briggs es una desgraciada de baja condición, indigna de ti, que eres hijo de su excelencia. De lo que tienes que tratar ahora es de ser todo un caballero; ya estoy pensando si no sería conveniente que dejaras esa odiosa profesión de sastre...

Míster Billings tuvo reparos que oponer a esto; pues, a más de la susodicha Polly Briggs, el joven sentía gran inclinación por la hija de su maestro, Margarita Gretel..., o Gretchen Beinkleinder.

-No, mamá -dijo-. Ya habrá tiempo más adelante para pensar en eso. Si mi padre quiere hacerme un hombre, entonces, para lo que me importa, que se vaya al diablo la sastrería; pero mientras, lo mejor es esperar, que más vale pájaro en mano que ciento volando.

-Eres un Salomón hablando -dijo el doctor.

-Siempre dije yo que saldría a su madre, ¿verdad Brock? -dijo Catalina, levantándose y yendo a besar afectuosamente a Tom- Digno de mí, a Dios gracias. ¿Necesitas dinero, hijo mío? Porque el hijo de un noble no debe ir con los bolsillos vacíos. Lo que debes hacer, Tom, es ir a ver a su excelencia; yo te compraré tela de brocado para un chaleco, y la espada con empuñadura de plata; pero has de tener cuidado con las compañías de las gentes que frecuentas y de los sitios adonde vayas, no sea que hayas de sacarla en los tugurios del juego ni en otros sitios...

-¡Qué he de sacar, madre!... Bueno..., y para ir a ver a mi padre he de tener alguna razón; no tengo por qué llevar la espada; cualquier otra cosa, mejor.

-El muchacho es digno de nosotros, y eso que su madre hace cuanto puede estropearle. Mirad, Catalina, ¿no oísteis lo que ha dicho del traje que está haciendo Bleinkleinder?... Pues la cosa no puede ser más sencilla. Tom debe ir a llevarle a probar los pantalones a su padre, y mientras, puede enterarse de lo que le convenga.

Decidiose en definitiva que, con semejante pretexto, se presentara por primera vez el hijo al padre. Catalina compró el brocado, se le hizo el chaleco. Gretel, llena de rubor, le anudó al cuello la primorosa corbata de encaje, y, con las medias de seda y las hebillas doradas en los zapatos, el joven Tom tenía todo el aspecto de un hijo de casa grande.

-¡Ah, Tom! -dijo su madre, casi ruborizada y vacilando-, caso de que Max..., caso de que su merced preguntara por tu madre..., y quisiera saber si vive..., responde que sí, que está bien y que suele hablar de tiempos pasados... ¡Ah!, se me olvidaba...; no tienes por qué hablar de Hayes para nada; basta que digas que yo estoy bien.

Catalina quedose contemplándole un rato, mientras se alejaba calle abajo. Encantado y contento estaba Tom con sus nuevas galas, y, a decir verdad, parecíase mucho a su padre. Ante la vista de Catalina parecieron ir transformándose todas las cosas, y creyó tener delante unos prados verdes, un pequeño lugar, y en el lugar un mesón. Un muchacho paseaba dos caballos sobre el césped, mientras que, dentro del parador, reposaba un caballero, joven, apuesto y alegre. ¡Ah, qué delicadas eran sus blancas manos, cuán seductoras sus palabras, cuán bellos y dulces sus azules ojos! ¿No era por ventura un gran honor para una pobre paleta de aldea el que un tan noble caballero se dignara mirarla? ¡Qué encanto irresistible no habría de tener para lograr que le obedeciera al murmurarle al oído: «Sigueme, vente conmigo!» ¡Qué grabados se quedaron en su imaginación hasta los más insignificantes pormenores del paisaje que viera aquella mañana! ¡Cómo se elevaban las espirales de humo de los prados en que se quemaban los rastrojos, cómo saltaban los peces en los riachuelos y chapoteaban en la presa del molino! Allá se alzaba la iglesia con todas las ventanas como encendidas de oro por el sol, y más allá los segadores, haciendo la recolección del maíz... Ella quería cantar cuando iba subiendo la colina... ¿Qué canción?... No podía recordarla; pero, en cambio, qué bien recordaba el sonido de los cascos del caballo a medida que se aproximaba más y más... ¡Qué arrogante estaba sobre un caballo tan alto! ¿Iría pensando en ella, o serían acaso palabras engañosas las que habíale dicho, la noche antes, como las que diría a tantas otras para pasar el tiempo y seducirlas? ¿No las habría olvidado ya él?

... ..

-Pero, Catalina, hija, que la carne se enfría, ¡y tengo un hambre del diablo! -exclamó míster Brock, alias capitán Wood, alias doctor Wood.

Mientras despleaban las servilletas, él, mirándola fijamente, dijo:

-Qué, ¡pensando en eso todavía, criatura! He estado observándoos por espacio de cinco minutos, Catalina, y, o yo soy un imbécil, o me parece que una sola palabra de Galgenstein bastaría para que le siguierais otra vez como un perrito.

Empezaron a almorzar, y aun cuando sobre la mesa triunfaba el plato favorito de Catalina -pierna de cordero con salsa de cebolla-, ella no se sintió con ganas ni para probarlo.

Al mismo tiempo, Tomás Billings dirigíase a la morada de su excelencia el embajador bávaro, hecho un figurín, con las nuevas prendas que su madre había regalado, la nueva corbata de encaje que la rubia Gretel había anudado a su cuello, llevando envueltos en un pañuelo de seda los flamantes pantalones del señor embajador. Pero el joven Billings, sintiéndose algo Narciso, quiso ver el efecto que causaba en Polly con su elegante indumentaria, y fue a hacer una visita a miss Briggs, la cual, después de felicitarle calurosamente por la distinción que con aquellas galas realzaba su persona, invitole a beber de la bebida predilecta de Tom, mixtura de Ginebra y frambuesa; y tanta fue la complacencia del joven caballere, que, al cabo de no mucho rato, a manos de la Briggs había pasado todo el dinero que llevaba en el bolsillo, gracias a la prodigalidad de su buena madre. Sin embargo, supo hacerse el fuerte y desprenderse del encanto que allí le retenía, y, despidiéndose afectuosamente de Polly, marchose con los pantalones a casa de su padre.

Capítulo IX

Donde se narra la entrevista habida entre el conde de Galgenstein y Tomás Billings, cuando éste revela al otro su estrecho parentesco.

Ningún espectáculo de este mundo es tan triste de ver como el que ofrece un solterón de cuarenta y cinco o cuarenta y seis años. Puede decirse que el ejército inglés es la casa-cuna de semejantes ejemplares. Estos simpáticos desocupados, después de haber lucido el uniforme de dragones desde los diez y siete hasta los treinta y seis, de haber comprado, vendido o cambalacheado durante tal período sus buenos doscientos caballos, de haber jugado, cuando menos, quince mil partidas de billar, de haber trasegado como unas seis mil botellas de vino, de haber desechado una respetable cantidad de lujosos capotes, de destrozarse bastantes docenas de pares de altas botas y de haber leído escrupulosamente los boletines oficiales del ejército, al llegar a la cuarentena se retiran del servicio y se dedican a vagabundear por Londres, París, Baden, paseando por playas y ciudades de moda sus achaques, su aburrimiento y su pereza. En la primavera de la vida, y mientras se los ve en la grata compañía de sus cantaradas, estas flores tienen una apariencia bastante sonrosada y alegre; pero nada más triste que una de ellas cuando se la ve sola y en el otoño de la vida. Conocemos a uno de tales circunstancias, a quien todos llaman por el título de Papá Pop, el capitán Popjoy. No puede darse un hombre más bueno, sencillo y vacío que él. Cuenta sus cuarenta y siete años, y parece un viejo de sesenta bien conservado. Emplea toda clase de recursos de taparse la calva por los conocidos procedimientos de peinarse pasándose los cabellos de un lado a otro de la cabeza, y por alguno de su peculiar invención. En compensación de su calvicie puede ostentar unos magníficos y abundantes mostachos; excusado es decir que teñidos del más hermosa negro que se conoce. Su nariz es hoy mucho más grande y roja de lo que antaño fuera, y sus párpados son ya gruesos y pesados. Si sus piernas no son tan ágiles y musculosas como cuando brincaba con sus bellos zapatos de ante, en cambio sus chalecos necesitan cada día más tela. Viste todavía preciosa casaca, y lleva una opresora faja que se apresura a aflojar después de comer. Delante de las damas se sonroja como un colegial. Su compañía preferida la constituyen mozalbetes pertenecientes a su primera profesión. Se sabe de memoria los mejores vinos que hay en cada restaurante, y goza viéndose tratado con respetuosa familiaridad por todos los

camareros. Él ha de preparar siempre, como ritualmente, la ensalada y el ponche, y come invitado trescientos días al año; los restantes días suele vérselo en los restaurantes de dos francos de París o en las tabernas de Londres. Su alojamiento es confortable, y su ropa blanca siempre limpia y bien cuidada, Desempeña bastante bien todas sus funciones animales, y de las espirituales prescinde en absoluto.

Duerme profundamente, tiene la conciencia tranquila, se tiene a sí mismo por persona respetable y se considera el más feliz de los mortales cuando se le invita a una buena comida.

Ciertamente no podrá afirmarse que el bueno de Pop ocupa un puesto muy elevado en la escala de los seres humanos; pero quien pretendiera decir que no le hay más bajo, cometería un profundo error. Comparado a Galgenstein, por ejemplo, está a una altura inconmensurable.

Maximiliano había llevado una vida muy alegre durante los últimos quince años; tan alegre, que hallábase a la sazón en la más absoluta incapacidad para seguir gozando, aun cuando no se le hubieran extinguido los deseos de ello. Había perdido por completo el apetito, con lo cual excusado es decir lo quisquilloso y descontentadizo que habíase vuelto, para la comida y la bebida. Llevaba consigo un cocinero francés, que no lograba hacerle comer; acompañábale un doctor, que no podía devolverle la salud; viajaba con una querida, que aburríale mortalmente al cabo de dos días; tenía de secretario y director espiritual a un sacerdote, con el cual vivía, y que unas veces le fastidiaba imponiéndole penitencias, y otras relatándole aventuras que leía en las novelas de moda. Habíanse relajado a tal punto sus apetitos, que sólo era capaz de galvanizarle alguna sensación monstruosa, y aun por breves momentos. Encontrábase ya en la situación en que s'e hallaban muchos otros nobles de su tiempo; predispuesto a creer en fantasmas o en la alquimia, o decidido a retirarse a un convento y llevar cilicios, o a dedicarse a conspirar, o pronto a enamorarse locamente de alguna bella pinche de cocina de quince primaveras, o pereciéndose por conquistar una sonrisa, y temblando ante el ceño adusto de un príncipe de sangre real, y considerando como la mayor felicidad de este mundo lograr una llave de chambelán. El único verdadero placer de que guardaba memoria era el de haberse calado hasta los huesos por haber galopado durante tres horas seguidas, a cabeza descubierta, al estribo del coche de la querida del gran duque, con gran enojo de su rival, el conde Krahwinkol, el cual le desafió, y a quien dio caballerosa muerte en el terreno. Galgenstein salió de tal aventura con un ataque de reumatismo, que le tuvo postrado varios meses; como recompensa a tan galante hazaña, obtuvo el puesto de embajador en Inglaterra. Estando en posesión de una fortuna apreciable, no solicitó honorarios, y pudo afrontar holgadamente los gastos de su misión. El padre O'Flaherty se ocupaba en despachar todos los asuntos, y además era espía de los actos y la vida del embajador; puesto que, como se ve, representaba una excelente sinecura para el sacerdote, ya que el embajador carecía en absoluto de sentimiento, voluntad y opinión.

-Por vida mía -dijo su excelencia-, que se me da un bledo de todo eso. Lleváis hablando ya una hora de la muerte del regente, de la duquesa de Falaris, de ese pobre viejo Fleury y de otro sinfín de cosas que me tienen tan sin cuidado como si me dijerais que uno de mis

nobles parientes ha dado muerte a un jabalí, o que mí lacayo La Rose, aquí presente, trata de engañarme con mi querida.

-Como así es, en efecto -dijo el reverendo padre.

-Ah, señor abad! -repuso La Rose, que estaba rizando cuidadosamente la enorme peluca de su señor-. El señor conde no se molestará si digo que eso desearía yo, que la acusación fuera justa.

El conde hizo como que no había oído las frases de La Rose, y continuó sus propias lamentaciones, diciendo:

-Os aseguro, padre, que nada me importa nada. Hace pocas noches, jugando a los naipes, perdí mil guineas; yo hubiera querido que la pérdida me afectase, mas nada. Aún me acuerdo de los tiempos en que perder cien tan sólo me ponía como fuera de mí para todo el mes. Pues bien: al día siguiente, gané catorce tiradas seguidas a los dados, y no querréis creerlo: durante un rato que paró el juego, no recuerdo con qué motivo, me dormí con el cubilete en la mano.

-No tiene vuestra excelencia remedio -dijo el abad.

-Si no hubiera sido por Krahwinkol, yo era hombre al agua. El haberle despachado fue mi salvación.

-No tengo la menor duda sobre el particular -dijo el padre-; de no haber sido vos quien le atravesasteis, de seguro que él os habría atravesado a vos.

-¡Bah, no interpretéis así mis palabras, señor abad! -aquí un bostezo- Quiero decir...- maldito chocolate! -que estaba muriéndome de ganas de hacer algo que me distrajera un rato. No me importa morir. ¡Valiente cosa!

Y diciendo, hundió de nuevo la cabeza en las almohadas, como agotado por las demasiadas palabras que había dicho. El abad, que estaba sentado ante una pequeña mesa junto al lecho, púsose de nuevo a trabajar en sus papeles, alargándole de vez en cuando alguno a su excelencia para que se dignara dar la conformidad.

La Rose apareció en la puerta y dijo:

-Ahí fuera hay una persona que trae ropa de parte de míster Beinckleinder. ¿Quiere su excelencia que pase, o le digo que deje el encargo?

El conde sentíase hartó fatigado de la labor que acababa de realizar, consistente en haber firmado tres documentos, después de haber leído las primeras seis líneas de cada uno de ellos.

-Dile a ese individuo que pase, y dame mi peluca; delante de esos villanos debe uno mostrarse como lo que es, como un caballero.

Y, según decía, poníase una piramidal peluca de color castaño, perfumada con esencia de azahar y capaz de asustar al nuevo visitante.

Mas éste no sólo no pareció asustado por el imponente aspecto de su excelencia, sino que se le quedó mirando con gran curiosidad y mayor descaro. Miró al sacerdote de igual a igual, y luego, como reconociéndole, le saludó con una inclinación de cabeza.

-«¿En dónde he visto yo a este mozo? -preguntose a sí mismo-. ¡Ah! ¡Ya recuerdo!» Amiguito, si mal no recuerdo, me parece haberos visto ayer en la ejecución.

Tomás afirmó con la cabeza, y dijo:

-Nunca faltó a ninguna.

-¡Vaya con el pequeño turco!... Y qué, ¿vais por diversión, o por negocio?

-¡Negocio!... ¿Qué queréis decir con eso de negocio?

-Oh, yo qué sé; tal vez penséis dedicaros a realizar esa operación..., o podía estar realizándola alguno con quien tengáis parentesco.

-Mis parientes -repuso Billings con orgullo y mirando en pleno rostro al conde- no sirven para esas cosas. Aunque me veis como sastre, soy hijo de todo un caballero, tan persona decente como su excelencia; y no digo como vos, porque vos no sois como su merced; vos no sois más que un cura católico; por cierto que estuvo en un tris que no os diéramos una ovación con unas cuantas piedras protestantes.

El conde empezó a ver que aquello le distraía; agradábale sobremanera ver al abad desconcertado y lleno de azoramiento.

-¡Hola, señor abad! -dijo-. Parece que os quedáis más blanco que el papel.

-A nadie le agrada que le asesinen, y menos por realizar una buena obra. Era deber mío ayudar a morir a ese desgraciado irlandés, que me salvó, cuando yo caí prisionero en Flandes, de que Marlborough me hiciera colgar, lo mismo que ayer le colgaron a él.

-¡Ah -dijo el conde, prorrumpiendo con increíble energía-. Por algo me devanaba yo los sesos pensando en quién podría ser el bribón que me robó de manera tan osada; ahora lo recuerdo perfectamente: él fue padrino de mi adversario en un duelo que yo tuve aquí el año 6.

-Con el mayor Wood, detrás del merendero de Montague -dijo Billings- Yo lo he oído contar...

Y dejó comprender que conocía perfectamente el asunto.

-¡Vos!-exclamó el conde con admiración creciente-; pero ¿quién demonios sois?

-Me llamo Billings, para servirlos. ¿Billings? -preguntó el conde.

-Y soy de Warwickshire.

-Ah!

-Es decir, nacer, nací en Birmingham.

-¡De veras!

-El apellido de mi madre es Hall -continuó Tomás con cierta solemnidad-. Me llevaron a criar a casa de un herrador llamado Billings, y mi padre se escapó... Ahora, ya sabéis quién soy.

-Palabra de honor -dijo el conde, que empezaba a encontrar algún interés en el lance-; palabra de honor, míster Billings, no tengo la menor idea.

-Pues entonces, os lo diré, milord: ¡sois mi padre!

Tomás dijo, y dejando caer al suelo el envoltorio de los pantalones, adelantose teatralmente hacia el conde, y se detuvo, con los brazos abiertos, creyendo, sin duda, que éste iba a saltar precipitadamente del lecho para estrecharle sobre su corazón. Semejante candidez suele ser común a muchos niños, a quienes, a pesar de no importárseles una higa de sus padres, les parece que éstos han de mostrar constantemente por ellos un afecto sin límites. Su excelencia, en efecto, dio un salto en el lecho; pero fue atrás, hacia la pared, y empezó a tirar del cordón de la campanilla, completamente asustado.

-Teneos atrás, señor; ¡qué pretendéis! ¿Porque se os antoja que soy vuestro padre queréis matarme?... Santo Dios, ¡cómo huele el mozo a Ginebra y a tabaco!... ¡No, no os vayáis por eso, joven!; sentaos ahí cerca... La Rose, tráele un poco de agua de Colonia, y dale una taza de café... Y ahora, vamos, seguid con vuestra historia. Por mi salud, señor abad, que lo que dice el mozo tiene grandes visos de ser la verdad misma.

-Si es una conversación de familia, creo que debo retirarme.

-¡Oh, no, por favor; no me dejéis solo con el muchacho! Vamos, señor... ¡Ah!... ¿Cuál es vuestro nombre?... ¿Queréis seguir con vuestro relato?

Tom estaba horriblemente desconcertado; la actitud del conde echaba por tierra todos sus planes y los de su madre, pues tanto ella como él tenían la casi absoluta seguridad de que, tan luego como el conde le viera, le reconocería, instituyéndole heredero de sus bienes y su título; mas, habiéndose ya desengañado a este respecto, prosiguió su narración de mal talante, contando muchos detalles de los que ya nos son familiares. El conde le preguntó el nombre de la madre, y, al saberlo, pareció que le volvía la memoria de aquel episodio de su vida.

-¿De modo que sois hijo de Catalina? ¡Si la hubiérais conocido, señor abad! Una criatura preciosa, pero una fiera completa... ¡Ah, sí! Ahora me acuerdo perfectamente. Es una muchacha pequeña, fresca, morena, ¿verdad?... con una nariz respingada y cejas espesas, ¿eh? ¡Ah, sí, sí! Ahora me acuerdo de ella. En Birmingham fue donde la vi por vez primera; era dama de compañía de lady Trippet, ¿verdad?

-Ella no ha sido nunca nada de eso -repuso Tom enojadísimo-. Su tía era dueña del mesón en que ella servía y donde vos la sedujisteis.

-¡Seducida por mí! ¡Oh, sí, ahora caigo, así fue! Recuerdo que la hice montar a la grupa de mi negro caballo, y, me la llevé, como Eneas arrebató a su mujer del sitio de Roma; ¿qué tal, mi buen abad?

-Las circunstancias fueron justamente las mismas -dijo el abad-. Tenéis una memoria admirable.

-Siempre me he distinguido por ella-prosiguió su excelencia-. Bueno, ¿en dónde estábamos? Ah, en lo del caballo negro. Pues bien: la hice montar en él y me la rapté al galope, llevándola a Birmingham, donde vivimos juntos largo tiempo, arrullándonos como dos tórtolos... Como iba diciendo, vivimos juntos en Birmingham, mientras yo estaba para casarme con una rica heredera. ¿Qué diréis se le ocurre al enterarse de mi proyectado matrimonio? Pues se lo ocurre matarme, trata de poner su idea en práctica y me desbarata la boda. Una dote de veinte mil libras...; y, ¡vive Dios!, que el dinero me hacía falta entonces. Decidme, ¿no era un monstruo abominable vuestra madre, joven? ¿Cómo decís que os llamáis?

-¡Hizo bien! -prorrumpió Billings, con una gran exclamación, sin poder contenerse.

-¡Qué es eso, caballere! -dijo su excelencia, sin tenerlas todas consigo-. ¿Sabéis con quién habláis? Con un caballero de setenta y ocho nobles antecesores, un conde del Sacro Imperio Romano, con el representante de un soberano.

-Al diablo vos y vuestra protección -repuso Billings, hecho un basilisco-. Yo soy un ciudadano libre de la libre Inglaterra, y no un maldito papista francés... como vos. Y el que insulta a mi madre y me llama a mí caballere, debe tener buen cuidado de que yo no le hinche un ojo.

Y, al decirlo, Tom adoptó una actitud retadora, desafiando a su padre, al capellán y al lacayo a entablar con él un pugilato. Los dos últimos, sobre todo el abad, parecían terriblemente asustados; en cambio, el conde pareció interesarse en extremo por el giro de las cosas, y riendo entre dientes con una pequeña risa burlona, que duró lo menos medio minuto, dijo:

-¡Hola! ¡Esas tenemos! ¡Conque, bravucón! A fe mía que sois un joven de empuje; algo de vuestro padre ha renacido en vos; lo reconozco por esas amenazas. Tal era yo a los diez

y seis, jurando como un marinero del Támesis; exactamente lo mismo que este muchacho... Chocad aquí, valiente; no, aún no, besad mi mano, es lo mejor.

Y sacó una mano, que apareció asomándose, pálida y descarnada, entre los encajes amarillos de la manga, con los dedos cubiertos de fulgentes anillos.

-Bueno -dijo Billings-, si no habéis de continuar faltando a mi madre, ni a mí, no tengo inconveniente en que choquemos; no soy orgulloso.

El abad rió con gozo indecible esta baladronada del jovencuelo, y aquella misma noche envió a la corte una versión cómica por demás, y picante, del encuentro feliz del padre y el hijo, en la cual decía que Tom era el discípulo predilecto del verdugo de Londres, y otras donosuras por el estilo; con las que tanto gozó la amante del duque, que se dijo era necesario darle un obispado al abad para premiarle los buenos ratos que la hacía pasar.

El conde y su hijo habían por fin hilvanado una cordial conversación; el progenitor informó a su tierno retoño de todos los achaques que padecía, de los procedimientos curativos con que los combatía, el gran predicamento de que gozaba como chambelán del duque de Baviera, del aire con que llevaba sus trajes de gala y de un polvo que había inventado para el cabello; cómo, a los diez y siete años, se había escapado con la esposa de un sacerdote, que fue después encerrada en un convento, en donde llegó a engruesar de una manera descompasada; cómo aun se acordaba del tiempo en que las damas no llevaban lunares, etc., etc.

Estas importantes anécdotas y algunas más acompañábalas de profundas observaciones morales, tales como: «Yo no puedo soportar el ajo, ni me sienta bien el vino blanco, ni puedo con la sauerkraut, aunque Su Alteza se coma medio bushel diariamente. La primera vez que la comí fue en la corte; pero la segunda vez -que me aspen si no es verdad- la rechazé. Todo el mundo se quedó asombrado. Su Alteza estaba furioso como un turco, y el bribón de Krahwinkel -bien me las pagó después- parecía bañarse en agua de rosas, y murmuraba al oído de la condesa Fritsch: «Galgenstein se ha hundido para siempre.» Cuando llegó mi turno de guardia, entré en la cámara del Soberano, e hincando una rodilla en tierra, dije: «Alteza, yo no he comido hoy sauerkraut; Vuestra Alteza se ha dado cuenta de ello; yo vi que lo notásteis.»

-En efecto, señor conde -dijo Su Alteza con gran seriedad.

Las lágrimas asomaban a mis ojos; pero era necesario adoptar una resolución; de lo contrario, estaba perdida; así es que añadí:

-Alteza, no sé si será hablaros con desacato a vos que sois mi bienhechor, mi amigo, mi padre; pero en este asunto mi decisión es irrevocable: yo no volveré a comer más sauerkraut en mi vida, me sienta mal. Después de haber estado en cama cuatro semanas a consecuencia del último plato de sauerkraut que tomé, tengo más que sobrados motivos para decir que me sienta mal. Al estropear mi salud, perjudica mi inteligencia y debilita mis energías..., y yo quiero conservarlas íntegras para el buen servicio de Vuestra Alteza.

-Tut, tut, tut -dijo Su Alteza por toda respuesta.

-Pedidme que os defienda con la espada o con la pluma, y veréis cuán dispuesto me hallo a serviros; pero un gran príncipe como vos debe compadecerse de la débil salud de uno de sus más fieles súbditos, que no puede pasar la seuerkraut.

Su Alteza paseábase por la cámara a grandes zancadas, pensativo; yo continuaba de rodillas, con la mano extendida en actitud implorante... Después de un momento de reflexión, el príncipe exclamó con voz conmovida:

-Id al demonio... y comed lo que os parezca...

Y salió precipitadamente de la estancia. Cuando me quede solo, anonadado por tan grande bondad y condescendencia, empecé a sollozar como una criatura, pasé luego a la antecámara, y, encontrándome allí a Krahwinkel, le dije:

-¿Conque hundido para siempre, eh? Y me eché a reír en sus propias narices, de lo cual nació nuestra rivalidad... Bueno: pues desde entonces jamás se me pidió en la Corte que volviera a comer sauerkraut: nunca más.

A esta interesantísima narración siguió uno de esos silencios de varios minutos que parece duran un siglo. Tom hacía gigantescos esfuerzos imaginativos, tratando de comprender las circunstancias en que habíase desarrollado el trágico episodio de la berza, sin llegar a comprender. Su excelencia, después de aquel terrible esfuerzo, habíase quedado exhausto; el capellán, que conocía sus clásicas, en cuanto empezó la historia de las coles y el príncipe abandonó la estancia. El conde miró durante unos instantes a su hijo, quien, a su vez, no le quitaba ojo, permaneciendo con la boca abierta.

-Bien, señor -dijo el conde-;qué hacéis, ahí sentado de ese modo? Si no tenéis nada que decir, podéis marcharos. Os he retenido aquí para que me distraigáis un poco, no para que os quedéis de papamoscas.

Tom se levantó hecho una furia.

-Calma amiguito, calma -dijo el embajador-: decidle a La Rose que os dé cinco guineas, y daos otra vuelta por aquí cualquier día de éstos...

Y mientras Billings salía medio atontado de la estancia, el conde musitaba para sí: «Es un hermoso muchachote, inteligente y simpático.» En cambio, la opinión que Billings se había formado de su padre dejaba bastante que desear. Al salir a la calle, después de haber recibido la suma referida, se dijo con el pensamiento: «Bueno, mi padre es un imbécil.»

Es inútil decir que de allí encaminose de nuevo a casa de Polly Briggs, a quien refirió todo lo que habíale acontecido con su señor padre. Después de lo cual, y como para quitarse el mal sabor de boca, fue a contárselo a su madre con muchos más pormenores.

¡Y la pobre que estaba esperando un resultado tan distinto!

Capítulo X

Donde se cuenta cómo Galgenstein y Catalina llegaron a reconocerse mutuamente en los jardines de Marylebone, y cómo después el conde la acompaña a casa en su propia carroza

Aproximadamente un mes después de que tuviera lugar la afectuosa conversación que acabamos de referir, dábese en los jardines de Marylebone una gran fiesta con danza y concierto. Madama Amenaida, bailarina del teatro de París, iba a bailar sus danzas clásicas. Dábese la fiesta bajo los auspicios de varios nobles ingleses y extranjero, entre los cuales se contaba su excelencia el embajador de Baviera. Madama Amenaida era la querida oficial de Galgenstein, a quien hubo de cedérsela en París el duque de Rohan Chabot. Cuando la fiesta alcanzaba su mayor esplendor, después de la música, de las danzas y de los fuegos artificiales, Galgenstein sintió algo parecido a los agradables y tenaces dolores que suelen preceder al apetito; encantado con tan favorables premoniciones, decidióse a saciar sus deseos. Hallábase ocupado en meterle el diente a un pollo frío, en compañía de varios amigos y unas botellas de champaña, cuando le llamaron la atención sobre una persona, muy hermosa al parecer, de no muy elevada estatura, metida en carnes, con un lujoso corpiño de brocado y tiesa falda de lo mismo, que vagaba indolentemente arriba y abajo por el paseo, de frente al sitio en que hallábase su excelencia, y que le favorecía con miradas continuas. La dama, quienquiera que fuese, ocultaba su rostro con un antifaz, como solían hacer por aquel entonces las mujeres de alta como de baja condición, al presentarse en público; y se hacía acompañar por un joven de no más de diez y siete primaveras, admirablemente vestido; el cual no era otro que el propio hijo del conde, a quien su cariñosa madre había regalado por fin la espada y la peluca prometidas.

En el transcurso del mes, míster Billings había menudeado las visitas a su padre; pero, aun cuando él, por consejo de su madre, hacía frecuentes alusiones a ésta, el conde no mostraba ni por un momento, el deseo de renovar sus relaciones con ella; la cual, cuando quería verle, había de hacerlo a hurtadillas.

El hecho es que desde que Billings relatará a su madre su primera entrevista con el embajador, que concluyó en nada, como todas las que siguieron, Catalina empezó a vagar con cierta frecuencia por los alrededores de la morada de Galgenstein. Cuatro o cinco veces por semana, al ir a tomar su excelencia el carruaje, hubiera podido observar a una mujer envuelta en un manto negro, que le miraba fijamente a los ojos; pero los ojos del conde parecían siempre distraídos, y las visitas de Catalina acabaron por resultar completamente inútiles.

Aquella noche, sin embargo, las continuas miradas y el porte de la dama habían llegado a impresionar al conde, favorablemente predisposto por la alegría comunicativa de la bebida. El reverendo O'Flaherty observó la persona de la capa negra, la reconoció o creyó reconocerla, y dijo:

-Es la mujer que espía continuamente a vuestra merced. Va con ese aprendiz de sastre al que le divierte ver ahorcar a sus semejantes, el hijo de vuestra excelencia, según dice.

Estaba ya el abad para advertir a su excelencia de la conspiración que él creía evidente habíase tramado en contra suya, induciéndole a creer que el hijo había llevado a la madre para que desempeñara su papel en la misma; estaba tratando de hacerle ver la ligereza y el peligro que suponía reanudar la antigua intimidación con una mujer como la que el embajador había descrito, cuando éste levantose rápidamente, e interrumpiendo con brusquedad a su consejero y dejándole con la palabra en la boca, dijo:

-¡Por Baco, señor abad, tenéis razón! Es mi hijo con una hermosa criatura, por cierto... ¡Eh, vos... ¿Cómo os llamáis?... Tom; ¿pero no conocéis a vuestro padre, bribonzuelo? - dijo.

Y echándose al lado el sombrero, empezó a seguir, contoneándose con garbo, en pos de Billings y la dama.

Era la primera vez que el conde reconocía a su hijo.

Detúvose Tom hasta que el conde se hubo aproximado. Vestía éste un elegante traje de terciopelo blanco, lleno el pecho de condecoraciones; llevaba una sencilla peluca, con bolsa, y medias de seda de color de durazno, con aplicaciones de plata.

La dama dio como un respingo al aproximarse su excelencia.

-Calma, madre, no tembléis así -dijo Tom.

Pero la pobre no podía por menos de temblar como una azogada.

Por fin llegó el espléndido conde. ¡Santo Dios, cómo fulgían sus bordados a la luz de las lámparas! ¡Qué deliciosa emanación de almizcle y bergamota desprendíase de su peluca, de su pañuelo y de los volantes de encajes de sus mangas y golilla! Ancha banda amarilla le cruzaba el pecho, e iba a terminar junto a una de sus caderas en una centelleadora cruz de diamantes, cerca de la empuñadura de su espada, incrustada igualmente de diamantes. ¿Habría nada más hermoso? ¿Cómo no había de temblar una pobre mujer, viendo que una tan excelsa criatura se acercaba a ella, dignándose mirarla desde la eminencia de su rango y esplendor? Las mejillas de Catalina enrojecieron bajo la recatada máscara de terciopelo, y su corazón comenzó a golpear violentamente contra la doble y opresora cárcel de su costillar y de su corsé. ¡Qué arrolladora ráfaga de vanidad se la entraba en el pecho, levantándosele! ¡Qué enjambre de adormidos recuerdos se despertaban en ella al conjuro de la voz encantadora! De igual suerte que se le puede dar cuerda a un reloj de cien guineas con una humilde llave de dos peniques, así como una sencilla y sucia palanca de madera puede hacer correr todas las aguas de Versalles, rumorosas, atropelladoras, chapoteantes, irisadas, de la misma manera, y por medio de insignificantes resortes se levantaron en tumulto las pasiones de Catalina. Como hemos dicho, el conde acercose a Tom, y, después de decirle. «¿Qué tal, Tom?», prescindió de él en absoluto, y pasando al lado de la dama, exclamó con estas frases llenas de espiritualidad:

-¿Hermosa noche, no os parece, señora? ¡Vive Dios que lo es!

Por poco si desfallece Catalina. Era la antigua voz adorada. Allí le tenía otra vez a su lado, después de diez y siete años... Aquel ¡vive Dios! la retrotraía a los antiguos y felices tiempos de su unión pasajera. Catalina sintió que le amaba como el primer día; así es que, reuniendo todas sus energías, pudo tener el valor de contestar:

-Sí; pero hace un calor que achicharra...

Y diciendo, hizo una graciosa reverencia.

-El bochorno me amodorra -añadió su excelencia-. ¿Qué os parecería, señora, que nos sentáramos a descansar en uno de los puestos y bebiéramos algo fresco?

-Señor -dijo ella retrocediendo.

-¡Oh, sí, algo de beber -exclamó Tom, que parecía víctima de una sed perpetua- Vamos, ma..., señora Hayes; tanto como os gusta el ponche frío, os advierto que el ron de aquí es de primera.

La dama del antifaz accedió, no sin gran dificultad, a los deseos de Tom, y fue conducida por los dos caballeros a un reservado, en donde, después de haber tomado asiento entre los dos, y haberse encendido los candelabros, sirvióse el ponche. Ella bebió uno o dos vasos con verdadera ansia, para calmar su excitación; igualmente bebieron ellos, aunque dejando traslucir por sus codiciosas miradas que no habían menester de tales estímulos. El conde, bajo la influencia del champaña -necesario es confesarlo-, habíase altamente escandalizado, y experimentaba un profundo desagrado al notar la osadía de Billings, presentándose en público del brazo de una dama. Fácil es comprender que tenía entonces la embriaguez de la moral; tanto que, al abandonar su sitio, no sentía tan sólo el deseo de conocer a la acompañante de Billings, sino también de propinar a éste algunas sanas observaciones morales por atreverse a adquirir tales relaciones en una edad tan prematura. Claro es que lo primero que hizo al unírseles fue examinar a la dama; pero también es cierto que, cuando estuvieron sentados ya un corto rato y saboreando el ponche, le participó a su hijo el propósito que allí le retenía, y empezó la lección de moral. Como para muestra basta un botón, y ya conoce el lector la manera de expresarse de Galgenstein, no creemos necesario reproducir aquí sus conceptos. Baste decir que fueron estúpidos e insoportables, tan egotísticos como fuera la conferencia que dio a Tom el día de su presentación, y todavía infinitamente más prosaica y llena de divagaciones. De haber estado Catalina en posesión de sí misma, habríase convencido en cinco minutos de que su antiguo amante era un perfecto badulaque, y le habría abandonado con desprecio; mas se hallaba bajo el encanto de los antiguos recuerdos, y el sonido de la necia voz la resultaba de una mágica armonía. En cuanto a Billings, dejaba a su excelencia que siguiera en su insulsa plática; amoscándose de vez en cuando, bostezando y jurando alguna que otra vez, pero sin dejar de beber continuamente. Cuando el conde se cansó de reprender a Billings por la inmoralidad de sus prematuros enredos, comenzó a hablar de sí mismo, contando las mil proezas amorosas que le habían tenido por héroe; la que realizó con una hija del

burgomaestre de Ratisbona cuando él se hallaba al servicio del elector de Baviera; después, la de la esposa del médico, en Bonn, que quiso suicidarse por él; vuelta a contar la de la fuga con la del sacerdote, ya conocida, etc., etc. Y es el caso que todas eran ciertas. Sabido es que un hombre inteligente y feo puede lograr algún que otro éxito con las mujeres; pero un tonto guapo es irresistible. Catalina escuchaba con religiosa atención. ¡Y pensar que ya había escuchado otras veces las mismas narraciones! Recordaba incluso las fechas y los lugares en que se las había referido.

El jardín estaba repleto de gente de todas clases, que discurrían a cada momento por delante del puesto en que estaba sentado nuestro trío. Media hora después que el conde le abandonara, el padre O'Flaherty dióse una discreta vueltecita para averiguar qué hacía y decía su jefe diplomático. Vio que Catalina escuchaba con sus cinco sentidos, que Tom hacía dibujos en la mesa, con el ponche vertido, y que el conde hablaba sin cesar. El confesor detúvose a escuchar por unos momentos; al cabo de los cuales, profiriendo algo semejante, a una maldición, encaminose hacia la entrada de los jardines, en donde la dorada carroza del conde, con sus tres palafraneros, le aguardaba para regresar a Londres. El reverendo sabía de sobra que cuando su señor la tomaba con la esposa del médico tenía para rato; en atención a lo cual desapareció, en unión de los otros personajes que habían estado antes acompañando a su excelencia.

En un grupo de personas que acertaron a pasar por delante del conde y contertulios, iba Polly Briggs, en compañía de otras dos damas y apoyada en el brazo de un mozalbón de anchas espaldas, sombrero de grandes alas y bastante derrotado de aspecto. Llamábase el tal míster Moffat, y tenía a la sazón el empleo de conserje de una casa de juego en Covent Garden, en donde, a pesar de ver a diario ingentes sumas de dinero, su sueldo seguía estacionario, insuficiente, desde luego, para mantenerse con el decoro que él deseaba.

Esto no empece para que míster Moffat hubiese llegado a recibir hasta doce guineas en el transcurso del mes, gracias a las cuales permitíase aquella tarde obsequiar a Polly con toda esplendidez. No estará de más advertir que por una de esas casualidades de la vida, las susodichas doce guineas habían salido del bolsillo de Polly, quien a su vez habíalas recibido de Tom. Pasaba, pues, el grupo berreando -que aquello no era cantar- una de las canciones populares más en boga, haciendo de tal suerte que todos se fijaran en quienes le componían. Así hubo de sucederle al joven Billings. Este, al verla, exclamó:

-¡Diantre, si es Polly!

Salió del reservado como alma que lleva el diablo, y se lanzó en seguimiento de la Briggs, dándola a conocer su presencia tocándola con los dedos en la espalda, y poniéndose de un brinco delante del grupo, lo que hizo retroceder a quienes le formaban.

-¡Oh, míster Billings! -exclamó Polly con fingida frialdad-. ¿Sois vos? ¿Quién había de pensar en hallaros por aquí?

-¿Quién es ese jovenzuelo? -preguntó con altivez míster Moffat.

-¿No le conocéis, querido primo? Es míster Billings, un buen amigo mío -repuso Polly con acento de súplica.

-Pues si es un amigo tuyo, primita, lo menos que debiera aprender es a conducirse correctamente contigo... ¿Acaso sois maestro de baile para tener que presentaros haciendo cabriolas delante de los hombres? -gruñó Moffat, que ya detestaba a Billings por el simple hecho de que vivía mejor que él.

-¿Yo bailarín? -replicó Tom, comenzando a enardecerse-. Si me lo llamáis nuevamente os aplasto las narices.

-¡Cómo! -rugió Moffat- ¡A mí mis narices! ¡Si os atrevéis a dar nada más que un paso, os corto el pescuezo, vive Cristo!

-Oh, Mofly..., digo, primo, ¿no te da vergüenza tratar así al pobre chico? Marchaos, Tommy..., marchaos; mi primo está bebido -dijo fingiendo gimotear Polly, porque creía a Moffat muy capaz de realizar su amenaza.

-¡Tommy..., además! ¿Qué es eso de Tommy? -dijo Moffat como fuera de sí-. ¡Canalla! ¡Si no os quitáis de mi pre...!

No acabó la frase, pues antes de que pronunciara la palabra «presencia» Tom se le fue encima, y le agarró la nariz con tal fuerza que no le dejó terminar. Billings había realizado la operación con una rapidez extraordinaria; luego, dando un salto atrás y desenvainando prontamente la espada, dijo con altiva calma:

-Y ahora, a ver cómo me cortáis el pescuezo, primito... Cuando queráis...

Imposible o muy difícil nos sería adivinar cómo hubiera terminado la pendencia, de haber llegado a cruzar sus aceros los dos valientes; que no llegase la sangre al río debiose a la admirable presencia de espíritu de Polly, simplemente ocurriéndosele gritar:

-¡Los corchetes, los corchetes!

Oírlo y salir disparados hacia las puertas del jardín, todo fue uno. Polly conocía a su gente, y sabía de sobra que la presencia de los representantes, de la ley no despertaba las más fervientes simpatías.

Míster Billings creyó prudente detenerse después de una carrera regular. El bravo Moffat; y Polly se habían evaporado. Tom se dijo que lo mejor sería ir de nuevo en busca de su madre; pero a la puerta le fue negada la entrada, al no poder satisfacer el chelín de su importe. Entonces, dándose aires de gran señor, dijo:

-He dejado algunos amigos en el jardín; estoy al servicio de su excelencia el embajador bávaro.

-Entonces... marchaos con él -repuso el vigilante.

-Pero si os digo que le he dejado en la gran rotonda con una dama; además, en uno de los bancos de una avenida, la más estrecha, he olvidado mi espada de puño de plata.

-Oh, milord, yo iré a avisarle, si queréis esperar -dijo uno de los porteros.

Billings sentose en uno de los bancos de piedra, cerca de la entrada, a esperar la vuelta del servicial portero. Éste fuese derecho al sitio que había indicado Tom y halló su espada; pero en vez de devolvérsela, el muy descortés lo que hizo fue partirla por junto a la empuñadura, tirar la hoja en medio de un macizo de plantas y guardarse el argentino puño en el bolsillo; hecho lo cual, y para evitar complicaciones, se las guilló por una puerta privada de uso exclusivo de servidores y musicantes, mientras Tom esperaba sentado.

Nada nos agradaría tanto como poder referir con todo detalle la conversación que en el reservado sostuvieron los dignos padres del no menos digno y simpático Tom. Como la ignoramos, hemos de atenernos a la fidedigna referencia del camarero; el cual contó que había servido dos poncheras y bizcochos al noble conde extranjero en el reservado número 3; que en dicho sitio estaban con él un joven, que pronto los abandonó, y una dama enmascarada, lujosamente vestida; que cuando quedaron solos la dama se apartó, retirándose al extremo opuesto al que ocupaba el conde, y hablaron mucho y animadamente; que, por fin, cediendo a los insistentes requerimientos de su excelencia, quitose ella el antifaz, diciendo: «¿Me conoces ahora, Max?», ante lo cual él exclamo: ¡«Catalina mía, estás más guapa que nunca!», tratando de arrodillarse ante ella y jurarle amor eterno; de lo cual desistió, porque ella rogole no se entregara a tales transportes en lugar visible para todo el mundo; que, convencido de la prudencia del ruego, su merced pagó y abandonó los jardines con la dama, la cual volvió a ponerse el antifaz.

Al salir de los jardines, el conde gritó con voz enronquecida por las libaciones:

-¡Hola, José La Rose, mi coche!

Llegaron presurosos los que estaban esperándole con la carroza. Un joven que descabezaba un sueño cerca de la entrada despertose bruscamente a la luz de las antorchas y por el ruido que armaban caballos y palafreneros. El conde ofreció su brazo a la dama enmascarada, la cual penetró en el carruaje, y, estaba hablándole por lo bajo a La Rose, cuando el mozuelo que estuviera dormitando lo tocó en el hombro y le dijo:

-Vamos, conde, me parece que también podréis llevarme a mí hasta casa...

Y se coló en la carroza. Cuando Catalina vio a su hijo, arrojose en sus brazos y empezó a besarle y a llorar en una explosión de llanto histérico, cuya razón no se le alcanzaba a Tom ni con mucho. El conde, bastante desconcertado, los secundó en las demostraciones afectuosas. Y así llegaron a la puerta de la casa de ella, en donde estaba esperando míster Hayes con el gorro de dormir ya encasquetado y sin salir de su asombro al ver el boato con que volvía a casa su amada esposa.

Capítulo XI

De algunas domésticas disputas y de las consecuencias que originan.

Un ingenioso escritor que hubiese vivido en la época de Brock y del duque de Marlborough habría gustado de comparar el proceder de este último en la guerra al de un ángel en el desempeño de la divina misión de castigar a un pueblo; y en realidad, hacíase acreedor a tal título, pues, en medio de tales escenas de luchas, su espíritu elevábase tranquilo y poderoso, cerniéndose con majestad sobre las densas nubes de la batalla, desencadenando a su placer o amansando la poderosa tempestad de la guerra.

Nadie podrá impedirnos que aprovechándonos de este bello símil, podamos aplicarle a las pequeñas contiendas familiares, en que sólo toman parte dos o tres guerreadores, como si se tratara de una gran trifulca entre naciones, amenizada por las tonantes voces de unos cuantos cientos de cañones de cada parte. El ingenioso escritor antes aludido habría acabado por confesar que el don que poseía el duque de Marlborough en alto grado era el de poder causar el mal a su antojo.

Nuestro buen amigo Brock o Wood tenía igualmente la misma habilidad; jamás estaba tan satisfecho como cuando se dedicaba a la tarea de enzarzar a los demás. Su espíritu, de ordinario huraño, alegrábase y se colmaba de buen humor. Cuando la batalla decaía indecisa, la reanimaba en el acto. Cuando, pongo por caso, los batallones de bellas palabras de Tom eran rechazadas por la artillería gruesa de las no menos bellas frases maternales, unas cuantas insinuaciones de burla o de animación por parte de Wood devolvían a la batalla toda su fragorosa actividad, o cuando los ya cansados batallones de la injuria, lanzados contra los cuadros de Tom, se replegaban ante la obstinada resistencia de éste, deleitábase Brock en auxiliar al primero y ayudarle otra vez a la carga. Malos eran aquellos personajes; pero, bajo la influencia de Brock, tornábanse mucho peores. Muchas de las odiosas palabras y bajas pasiones, de las falsedades y bellaquerías por parte de Tom, de la crudeza, del desprecio y de los celos del lado de Hayes y Catalina, hay que atribuirlos a la obra de este viejo y encanecido tentador, cuyo placer y única ocupación era promover y dirigir las querellas domésticas y los vendavales de la familia de que formaba parte. No va a tachárenos ahora de pretender usar palabras rimbombantes, porque hemos comparado estos bribones a poderosos ejércitos, y míster Wood a un notable mariscal. Cuando se conoce bien el mundo, mucho nos engañamos, o el que más y el que menos se forja un verdadero embrollo con lo sublime y lo vulgar, lo bajo y lo excelso. Nosotros, por nuestra parte, aun no sabemos a qué atenernos. Pues bien: la tarde en que Catalina había ido a solazarse a los jardines, míster Wood creyó oportuno distraer su aburrimiento induciendo a beber a su marido; de suerte que, cuando ella llegó a casa, míster Hayes salió a su encuentro, mostrando en su talante que no sólo estaba furioso, sino borracho también. Tom descendió de la carroza el primero; Hayes, con un terno por saludo, preguntále dónde había estado. El joven Billings devolvió cariñosamente el terno a su padrastró, acompañado de otro más pintoresco todavía, negándose, por lo demás, a contestar a su pregunta.

-El viejo está bebido, madre -dijo ayudándola a bajar del coche.

Conviene consignar que, para poder hacerlo, hubo ella de arrancar violentamente su mano de las del conde, que la tenían aprisionada. Hayes, para darles a entender que sospechaba fundadamente, dio a Tom y a su madre con la puerta en las narices cuando fueron a entrar en la casa. Y cuando Catalina, según era su costumbre, quiso reconvenirle en tono desabrido y altanero, Hayes supo responderla con igual altivez, de donde provino la indispensable reyerta.

Por aquellos tiempos no se andaba la gente con grandes remilgos respecto a las formas de expresión, y usaba palabras y giros que hoy no son tenidos por correctos; de suerte que sería peligroso pretender dar ahora, en 1840, una relación de los términos de mutuo reproche que se cruzaron entre los esposos Hayes en 1726. Míster Wood, que estaba sentado cerca de ellos, se reía las tripas. Míster Hayes juró que su esposa no volvería a ir más a los tes en públicos jardines en busca de nobles pontificios; a lo cual repuso ella que Hayes era un miserable embustero, un vil pelafustán, y que iría donde tuviera por conveniente. Hayes replicó que si seguía hablando de aquella forma iba a darle con un palo en las costillas, y ella, que, si osaba tal, le cosería a puñaladas. Wood, con la religiosa intención de azuzarlos más, dijo:

-¡Por Baco, así me gusta!

Míster Hayes adoptó la estrategia de los argumentes prudentes, y dijo:

-Es que los vecinos tendrán que hablar, señora.

-Y que hablarán, no hay duda -dijo Wood.

-Dejadles que hablen -repuso Catalina-; ¿qué nos importan los vecinos? ¿No tuvieron de qué hablar cuando metisteis en la cárcel a la pobre viuda Wilkins? ¿Es que hablaron poco cuando dejasteis en la miseria al pobre viejo Thomson? Entonces no pensabais en los vecinos, ¿verdad?

-Los negocios son los negocios, señora -arguyó Hayes-; y si me vi obligado a tratar sin piedad a Thomson y a encerrar a la Wilkins, me parece que tanta parte como he tenido yo habéis tenido vos en ello.

-La verdad es que sois tal para cual -intervino Wood.

-Lo que vuestra merced ha de hacer es darse punto en boca. Aquí no hacen maldita la falta ahora ni su opinión ni su presencia -dijo Catalina con gran dignidad.

A lo que Brock contentose con replicar, silbando:

-Yo he rogado a este caballero que pasara la velada conmigo...

-Y hemos estado bebiendo juntos -aventuró Hayes.

-Así es -confirmó Wood, mirando a Catalina con aire socarrón.

-Digo, señora, que hemos tenido el placer de libar juntos... Y una vez que hemos bebido juntos, el que bebe conmigo es mi amigo. Por tanto, el doctor Wood es mi amigo, señora...; el reverendo doctor Wood, ¿oís? Hemos pasado la velada muy entretenidos, señora mía, hablando de lo que hablan los hombres serios: de política y de renglón... No se nos ha ocurrido irnos a vagar por los jardines públicos, para asaelear a miraditas a los hombres.

-¡Mentís! -gritó Catalina-. He ido con Tom-, bien lo sabéis; el chico no me dejó en paz hasta que consiguió que le acompañara.

-¡Al demonio con el chico! ¡Ya no le puedo ver ni en pintura! Siempre ha de ponerse en mi camino -dijo Hayes.

-Pues no tengo más amigo que él en el mundo, y es el único a quien quiero algo, para que os enteréis -respondió Catalina.

-Es un vago desvergonzado, un bribón incapaz, que ojalá se lleve algún día el castigo que se merece -exclamó John-. Bueno, aparte de esto, ¿qué carruaje es ese en el que habéis venido? Estoy seguro de que no habréis pagado una friolera para que os conduzca.

-¡Mentís, otra vez -rugió Catalina, apoderándose de un cuchillo de trinchar-. ¡Repetidlo si osáis, y acabo con vos!

-¡Que acabáis conmigo! ¡Por vida de...! contestó Hayes, poniéndose a tono y empuñando un palo, envalentonado por la bebida-. ¿Creéis que voy a tener miedo de un bigardo y de una...?

No acabó la frase, pues Catalina le interrumpió, precipitándose sobre él como una fiera, blandiendo el cuchillo. Él pegó un salto atrás, dando terribles palos en el aire, hasta que la alcanzó en mitad de la frente, tirándola al suelo sin sentido. Afortunado golpe para ambos, porque le salvó a él de una muerte probable, y a ella, de cometer un crimen.

Esta trifulca, aunque no era más violenta que otras que la habían precedido, entre los amantes esposos, estuvo a punto de originar importantes cambios en la vida de la desgraciada pareja.

Hayes experimentó profunda alarma en los primeros momentos de su triunfo; creyó haber matado a su mujer; Wood levantose precipitadamente, con alguna intranquilidad, pues compartió un momento tal temor. Pero ella empezó bien pronto a volver en sí. Se trajo el agua de rigor, se la roció y vendó la cabeza, y al rato Catalina se deshacía en un mar de lágrimas, que contribuyeron no poco a aliviarla. Hayes no pareció afectarse gran cosa de verlas -satisfecho como estaba de haber llevado la mejor parte-, y aun cuando Catalina le rechazó, cuando él mostrara cierto leve deseo de reconciliarse, no por eso le guardó rencor, limitándose a sonreír, y guiñándole el ojo a Wood, como satisfecho de sí mismo. El muy cobarde estaba orgulloso de su victoria; cuando, al irse a acostar, vio a Catalina dormida, o como si lo estuviera, tranquilo, no tardó él en dormirse también como un tronco, disfrutando por añadidura de los más placenteros sueños.

Míster Wood, sintiéndose casi dichoso, subió a su habitación en busca del lecho. La contienda había constituido una insuperable distracción para su habitual aburrimiento, excitándole, cosquilleándole de placer en todo el cuerpo y poniéndole de muy buen humor; y aun más, prometiéndoselas muy felices para cuando Tom se enterase de todos los pormenores de la querrela.

Por lo que a su excelencia el conde respecta, diremos que el regreso de los jardines y el tierno apretón de manos que Catalina habíale permitido en la carroza habían a tal punto reavivado su pasión que, después de haber dormido sus buenas nueve horas y tomado su chocolate como de costumbre, hizo esperar una hora a una vendedora de Cornhill, que traía para enseñarle preciosos encajes de Malinas, mientras ponderaba al capellán los encantos de la señora Hayes.

En cambio ella, sin poder pegar los ojos, pasó toda la noche al lado de su esposo, moviéndose intranquila y dando vueltas en el lecho, con el corazón batiéndola violentamente, el pulso acelerado y escuchando el lento sonar de las horas, hasta que el día, atisbando con su faz soñolienta por entre las cortinas, la halló todavía despierta y rendida.

Catalina, como ya hemos podido averiguar, jamás había estado muy enamorada de su esposo; pero entonces, a medida que con la claridad del día iba distinguiendo sus facciones, comenzó a mirarle con más desprecio y repugnancia que nunca desde que estaba casada. Hayes dábale el sonoro placer de roncar profundamente; a su lado, en la mesilla de noche, en un recio y grasiento candelero de hoja de lata, había casi derretida una escuálida vela de sebo, coronada de un apagador; al pie del mismo, las llaves, la bolsa y la pipa; tenía los pies metidos en unas gastadas fundas; la cabeza y parte del cetrino rostro, cubiertos con un colorado gorro de dormir, de lana; la barba, crecida de varios días; la boca, abierta de par en par, para dar salida a tremendos ronquidos. Jamás el sol alumbró al amanecer a criatura más despreciable. ¡Y a tan sórdido pingajo se había unido Catalina para siempre! ¡Qué admirable vida de bribón podía leerse en sus libros comerciales! ¡De qué tesoro eran celosas guardadoras aquellas llaves! Ni un solo chelín encerraban que no hubiera salido de los bolsillos de los miserables, arrancados de necesidades trágicas y perentorias, obtenido estrujando sin piedad al hambriento. «¡Un imbécil, un miserable, un cobarde -pensaba Catalina-. ¿Por qué se me ocurriría unirme con este guiñapo?... Yo, que soy de espíritu refinado, y hermosa -¿no dice él así?--; yo, que, habiendo nacido una mendiga, me he elevado por mi propio mérito, y habría llegado quién sabe dónde si mi mala fortuna no hubiera puesto siempre estorbos en mi camino.»

Si nos fijamos con la debida atención en los personalísimos razonamientos de Catalina, observaremos con cuánto ingenio se las componía para echar la culpa de todo a su marido, sin olvidar deducir consecuencias favorables para su propia vanidad. Asimismo hemos hecho todos mil veces. Toda esa lógica argumentación que Catalina supo forjarse, mientras yacía en el lecho sin poder conciliar el sueño, se resolvía en definitiva en la creencia de su triunfo. Fuerza es reconocer, sin embargo, que nada estaba tan bien justificado como la idea que Catalina habíase formado de la vileza y bribonería de su esposo. Estaba dotada de un espíritu perspicaz y observador, y bastábale, para convencerse de la justicia de sus apreciaciones, con tender la vista alrededor. Pues estaban yaciendo en

un amplio y valioso lecho de nogal macizo, con gastadas colgaduras de seda, que había sido arrebatado a una respetable anciana en garantía de un préstamo que habíasele hecho a su hijo; las paredes ostentaban magníficos tapices antiguos, representando escenas de la Sagrada Escritura, entre otras la de Judith y Holofernes, procedentes de empeños realizados por cantidades irrisorias, y cuyos plazos ya expiraron; un enorme y pesado reloj negro, tapando justamente la cabeza del pobre Holofernes, producto igualmente de una transacción usuraria, y así del resto de los muebles y objetos que llenaban la habitación, y que sólo contribuían a hacerla mucho más lóbrega.

Catalina sentose en el lecho, mirando fijamente a su esposo. No cabe duda de que hay una magnífica influencia en los ojos despiertos cuando miran con fijeza a una persona dormida -¿Quién no recuerda, de niño, haber despertado, en las claras mañanas de verano, bajo la cariñosa mirada de su madre, después de haberla sentido inconscientemente infiltrarse en todo nuestro ser, antes de despertar, aromando nuestra alma como un perfume de paz, amor y sana alegría?... Pues tal influjo magnético ejercían las miradas de Catalina en su esposo. Al sentirse penetrado por ellas, comenzó a revolverse inquieto en la cama, a hundir más la cabeza en la almohada y a exhalar gemidos y gritos inarticulados, como los que se perciben junto a los enfermos febriles.

Eran aproximadamente las seis de la mañana, y el reloj empezó a hacer oír esos ruidos tristes y rechinantes con que suelen anunciar que van a dar la hora, y que se asemejan al estertor de la muerte; la campana dio por fin el primer tañido. Hayes abrió los ojos a la luz, y vio a Catalina mirándole fijamente. Sus miradas se cruzaron por unos momentos, y Catalina, súbitamente enrojecida, volvió al otro lado el rostro, como si la favoreciera haber sido sorprendida al ir a perpetrar un crimen.

Una especie de temor invencible sobrecogió el ánimo de Hayes, helándole los huesos un horrendo miedo, y el presentimiento del futuro peligro, pues Catalina volvió a mirarle. Rápidamente reconstruyó en su imaginación los incidentes de la noche anterior, la riña conyugal y su sangrienta terminación. Habíala ya maltratado de hecho muchas veces, inundándola además bajo una verdadera lluvia de improperios, y otras tantas veces, a la mañana siguiente, ella no le guardaba rencor; la riña habíase olvidado o, cuando menos, no se le había hecho el menor caso. ¿Por qué no habría de suceder lo mismo con la de la noche anterior? Hayes trató de ilusionarse a este respecto, aventuró una sonrisa, dijo:

-Yo creí que ya seríamos otra vez amigos, Catalina. Ya sabes que anoche estaba borracho, y frenético además por la pérdida de esas malditas cincuenta libras... Te digo que acabarán por arruinarme..., ya lo verás.

Catalina dio la callada por respuesta.

Hayes prosiguió, sacando su voz más halagadora:

-¿No te gustaría volver de nuevo al campo?

Hace tiempo que estoy pensando en liquidar todos nuestros negocios en dinero efectivo, que, gracias a ti ha aumentado bastante, y puede pasar hoy de dos mil libras. ¿Qué te

parecería que volviéramos a Warwickshire, compráramos allí una finca y viviéramos tranquilos? ¿No te gustaría volver a vivir hecha toda una señora a tu país natal? ¡Habría que ver cómo se quedarían en Birmingham!

Y diciendo, Hayes inició un leve movimiento para coger la mano de su esposa; pero ella se la rechazó violentamente, respondiéndole:

-¡Cobarde! Necesitas emborracharte para tener valor..., y sólo para pegar a una mujer.

-Ya sabes, querida, que fue nada más por defenderme, pues tú querías...

-¡Rajarte en canal, sí! ¡La lástima es que no pude! -replicó la señora Hayes, apretando los dientes de rabia y mirándole con ojos de fiera.

Acto seguido se echó de la cama, y, señalando una gran mancha de sangre que había quedado en la almohada, añadió:

-¡Mira eso; esa sangre la has hecho derramar tú!

Al oír lo cual Hayes comenzó a llorar a moco tendido, tan asustado y decaído estaba el infeliz. Aquellas lágrimas de cocodrilo sólo sirvieron para aumentar la rabia y el asco de Catalina; poco le importaba el golpe; pero odiaba al que se lo diera, a aquel hombre a quien había de estar unida para siempre. ¡La barrera que se imponía entre ella y la riqueza, la felicidad, el amor y tal vez la posición social!

«Si yo fuera libre -cosa en la que había estado pensando toda la noche-, si yo fuera libre..., Max se casaría conmigo, estoy segura de ello; me lo dijo ayer.»

... ..

El viejo Wood parecía conocer intuitivamente todos los pensamientos de Catalina; prueba de ello es que al día siguiente le dijo:

-Apostaría cualquier cosa a que estáis pensando que es muy preferible ser la amiga de un conde a ser la esposa de un pelagatos. Y a fe mía que un conde con una carroza es bastante mejor que un avaro con un garrote.

Después de lo cual le preguntó si su cabeza estaba mejor... aun cuando suponía que habríase ya acostumbrado a los golpes; y así por el estilo... algunos chistes más, que sólo contribuyeron a hacerle aún más dolorosas las heridas del cuerpo y las del alma. A Toni se le puso también al corriente de la querrela, y, como de ordinario, juró vengarse de su padrastro. Wood se cuidaría con su refinada maldad de que tales sentimientos no se desvanecieran; su mayor alegría era azuzar a Catalina y amedrentar a Hayes, aun cuando, a decir verdad, este desgraciado no necesitaba de incitaciones del exterior para continuar en el lamentable estado de terror y depresión a que había llegado.

Desde el día siguiente a la reyerta aludida no pudieron borrarse de la memoria de Hayes las terribles palabras y miradas de Catalina; embargábale un frío temor, un pavoroso presentimiento. Él hizo por alejar de sí tal sino, como un verdadero cobarde, con lagoteos y engatusamientos que le hicieran perdonar. Volvióse servilmente amable con Catalina, sufriendo con resignación sus más enconados vituperios. Temblaba delante del joven Billings, a quien la madre había obligado a instalarse en la casa, so pretexto de que la defendiera del marido, y soportaba su lenguaje soez y su brutal comportamiento sin atreverse a resistir tan siquiera.

El mozalbete y su madre habíanse enseñoreado de la casa por completo. Hayes apenas osaba hablar en su presencia. Rara vez reuníase con la familia, a no ser a la hora de las comidas. Bien se escabullía a su habitación -ya dormía separado de su mujer-, o bien se iba a un establecimiento de bebidas, en donde veíase obligado a beber, teniendo que dar en pago aquellos peniques que tanto adoraba.

Pronto, por supuesto, empezaron a murmurar los vecinos, diciendo:

-John Hayes prescinde de su mujer, la maltrata y hasta le da de bastonazos; hay que verle: ¡siempre por las tabernas, y dejando en la casa sola a una mujer tan buena!

El pobre infeliz no odiaba a su mujer. Estaba acostumbrado a ella, enamorado todo lo que un hombre como él podía estarlo. Anhelaba hacer de verdad las paces; más de una vez se deslizaba cautelosamente al cuarto de Wood, y allí, gimiendo, le rogaba para que intercediera en pro de una franca reconciliación. Reconciliáronse, al fin, hasta donde era posible. Ella le miraba, considerando a lo que habría podido llegar si no hubiera sido por causa de él; le odiaba y despreciaba casi hasta la locura. ¡Cuántas noches permanecía despierta, llorando y maldiciéndole a él y a sí misma! Cuanto más humilde se mostraba y más implorantes eran sus miradas, más le despreciaba y odiábale ella.

En cambio, si Hayes no odiaba a la madre, odiaba y temía espantosamente al hijo. De buena gana le habría envenenado, de haber tenido el valor de hacerlo; mas no se atrevía; ni siquiera atrevíase a mirarle cara a cara cuando le veía sentarse a la mesa, en dueño y señor de la casa, con aire de dominio... ¡Santo Dios! ¡Cómo herían los oídos de Hayes las brutales risas de Tom! ¡Cómo le perseguían las miradas fijas de sus ojos negros y retadores! En verdad, que si Wood adoraba la maldad, tenía para saciarse de sobra con lo que veía. Sólo la baja malicia, el desprecio salvaje, la negra venganza y los pecaminosos deseos tenían cabida en aquellos corazones... para solaz de Wood. Como es sabido, la profesión oficial de Hayes era ebanista; pero desde que, hacía algunos años, dedicárase a prestamista, los trabajos de ebanistería fueron siendo poco a poca abandonados, por ser la otra ocupación mucho más provechosa. Catalina había contribuido con gran éxito al incremento de los negocios del marido. Era resuelta, lista, tenía buen ojo, y, aunque no adoraba el dinero, quería ser rica para poder abrirse camino en el mundo. Pero había resuelto no ocuparse más de los asuntos de su esposo y dejarle que se las compusiera como le fuese posible. Sentíase separada de él para sienpre, y no podía seguir considerando sus propios intereses confundidos en los de su esposo. Hayes era de lo más a propósito para las minucias y cominerías de su despreciable tráfico; así es que el abandono de su mujer prodújole una viva satisfacción, y dedicóse a recoger todo su dinero, aconsejándose sólo de su abogado, y

siendo él mismo el cajero, el tenedor de libros, el dependiente, todo. Antes le asustaban espantosamente algunas especulaciones llevadas a cabo por su mujer, y las autorizaba porque no se atrevía a oponerse al juicio y autoridad superiores de ella. Comenzó a no prestar más dinero; ya no podía sufrir que se alejara de su vista. Su único placer era encerrarse en su cuarto, y dedicarse allí a contarlo una y otra vez. Al instalarse Tom en la casa, Hayes había ocupado la habitación inmediata a la de Wood, creyendo así estar más seguro y protegido, toda vez que Wood solía reprender al mozo por el mal trato que daba a su padastro, y que veía la deferencia y respeto con la cual trataban al viejo, tanto Catalina como su hijo.

Por fin, después que hubo cogido una fuerte suma de dinero, Hayes empezó a argumentarse a sí mismo de la siguiente manera:

-¿Para qué he de permanecer aquí, expuesto a que ese mozo insolente me atropelle o quiera matarme cualquier día? ¿Qué le importa a él, cometer un crimen?...

Y decidió escapar. Pensó que no abandonaría a Catalina y le enviaría dinero todos los años. Después se dijo que, dejándole la casa puesta, podría alquilarla amueblada, con lo cual podría mantenerse. De todas maneras, lo que le convenía era marcharse lejos y vivir en algún sitio barato, lejos de las terribles amenazas del jovenzuelo... La idea de su libertad acabó por hacérsele grata, y dedicose a liquidar sus asuntos todo lo más pronto que le fuera posible.

Decidió no permitir a nadie que le hiciera la cama ni entrara en su cuarto; Wood le oía a través del tabique, ajetreándose continuamente con el abrir y cerrar de cofres y arcas y el sonar del dinero. Al menor ruido se levantaba y encaminábase a escuchar a la puerta del cuarto de Tom. Wood solía oírle andando por los pasillos, escurriéndose cautelosamente a su dormitorio.

Un día, madre e hijo habíanse complacido en atormentarle, denigrándole en presencia de uno de los vecinos. Cuando éste se retiró, acompañóle Hayes hasta la puerta, y, al volver, oyó desde el pasillo a Wood, diciendo con gran risa:

-Ten cuidado, Catalina, que si Hayes muriera súbitamente por causa desconocida, los vecinos habrían de acusarte de su muerte.

Hayes se quedó petrificado.

-También él está en el complot -se dijo-. Todos se han unido contra mí para matarme; sólo esperan la oportunidad.

Le sobrecogió un miedo terrible, y pensó escaparse en aquel mismo instante, abandonándolo todo; fuese a su cuarto a recoger su dinero, pero aún no tenía más que la mitad; dentro de algunas semanas ya podría contar con el resto. Y le faltó valor para marcharse. Aquella noche, Wood le oyó que escuchaba a la puerta de su propio cuarto, antes de ir a escuchar a la de Catalina.

-¿Qué piensa este mentecato? -preguntose Wood-. ¿Para qué está juntando su dinero? ¿O tendrá algún caudal escondido sin que lo sepamos ninguno de nosotros?

Y el reverendo doctor Wood se determinó a vigilarle. Entre los dormitorios de entrambos, Wood practicó un agujero en el tabique y púsose a atisbar. Hayes tenía delante de sí, sobre la mesa, un par de pistolas y cuatro o cinco bolsas; abrió una de ellas, en la cual guardó, contándolas, una por una, veinticinco guineas. Tal cantidad había ingresado aquel día en la casa: Catalina había hablado de ello por la mañana al haberse mencionado casualmente el nombre del deudor. Por lo general, Hayes no solía tener en la casa más que unas pocas guineas... ¿Con qué objeto estaría recogiendo todo su dinero?... Al siguiente día, Wood pidió que le cambiara un billete de veinte libras. Hayes dijo que sólo tenía tres guineas, y cuando le preguntó dónde tenía el dinero recibido el día anterior, repuso que tenía depositado ya en casa del banquero; Wood pensó:

-No hay duda de que quiere escaparse; como lo haga -yo le conozco bien-, será dejando a su mujer sin un penique.

Y le vigiló cautelosamente durante varios días: aumentó en dos o tres el número de las bolsas.

No es posible decir los pensamientos que cruzaron por la mente de Wood; pero el hecho es que al día siguiente, Billing, después de haber charlado con él y recibido del mismo una guinea, de conversación con su madre, dijo:

-¿Sabéis, madre, que si fuerais libre y os casarais con el conde, yo sería noble? Es la ley alemana, dice míster Wood, y ya sabéis que conoce aquel país de cuando estuvo con Marlborough.

¡Ah, seguro que lo serías... en Alemania! -dijo Wood-; pero Alemania no es Inglaterra; por tanto, es inútil hablar de esas cosas.

-Calla, no seas niño -dijo Catalina impacientada-; ¿qué he de casarme yo con el conde? Primero, porque estoy casada, y luego... porque está demasiado por encima de mí; tan noble...

-No hay tal, madre. Si no fuera por Hayes, yo podría ser noble ahora: la semana pasada me dio cinco guineas más; en cambio, ese cochino avaro, ¡maldito sea mil veces!, nunca se corre con un chelín.

-Peor es que pretenda maltratar a tu madre, Tom. La otra noche, por si acaso, ya cogí yo mi garrote, y estaba predisposto a caerle encima...

Y diciendo, Wood se sonrió y quedose mirando fijamente a Catalina. Ella no se atrevió a mirarle de nuevo, porque comprendió que el reverendo había adivinado el secreto que trataba ella de ocultarse a sí misma. «¡Infeliz!» Él lo conocía perfectamente, y no sólo él, sino también Hayes; aquel secreto que no la abandonaba un solo instante desde el día de los

jardines. Por eso habíase alegrado tanto cuando su marido habíale propuesto dormir separados; temía llegar a hablar en sueños y dejar escapar la horrible confesión.

El viejo conocía toda la historia de lo que hacía y de lo que pasaba en el ánimo de Catalina desde el día de la fiesta en el parque de Marylebone. Él había ido tramándola día por día; habíale aconsejado cómo debía obrar, advirtiéndole que no cediese sin conseguir, por lo menos, el bienestar de su hijo y una lujosa instalación para sí misma, caso de que se resolviera a abandonar a su marido. El viejo tomó con filosofía el asunto; dijo a Catalina sin rodeos lo que pensaba: que veía cómo ella acabaría por marcharse con el conde, y que conveníale tomar sus precauciones antes de hacerlo, pues podía darse que volviera a abandonarle como antes. Catalina negó esta posibilidad, y continuó viendo al conde a diario, no sin adoptar todas las medidas que Wood le recomendara. Ambos estaban excesivamente prudentes. El enamoramiento de Galgenstein aumentaba cada día; jamás se había sentido tan abrasado de amor, ni en los remotos días de su juventud, ni por las más hermosas princesas, condesas o actrices de París o Viena.

El día siguiente al en que viera a Hayes guardando el dinero en las bolsas, Wood decidióse a hablar muy en serio a Catalina.

-Vuestro marido está tramando alguna traición -le dijo-, y se figura que somos nosotros los que pensamos en ello. Se pone a escuchar por las noches a vuestra puerta y a la mía; tened la seguridad de que piensa abandonaros..., y si lo hace, será dejándoos en la calle.

-Seré rica en otra parte -repuso Catalina..

-Qué, ¿con Max?

-Con Max, sí, ¿por qué no?

-¿Por qué no, infeliz? Ya no os acordáis de Birmingham. ¿Creéis que Galgenstein, que se muestra ahora tan rendido, porque aún no os ha logrado, seguirá lo mismo cuando os consiga... No, mujer; no son así los hombres; no os entreguéis hasta que estéis segura; si ahora fuereis viuda, os tomaría por esposa; no os abandonéis a su capricho; si dejáis a vuestro marido para ir en pos de él, no tardará en abandonaros.

¡Y pensar que habría podido ser condesa, y que por aquel maldito marido que se interponía como una barrera entre ella y la fortuna!... Wood adivinó lo que pensaba, y sonrióse diabólicamente; prosiguió:

-Además, acordaos de Tom. Si dejáis a Hayes, sin ninguna garantía por parte del conde para Tom, labráis la ruina del muchacho; habría podido ser todo un señor si su madre hubiera...; pero, ¡bah!, ¿a qué pensar en eso? Por el muchacho no hay cuidado; ya puede andar sólo por el mundo. Ya conoce demasiados pícaros, y le gustan demasiado la mujer y la ginebra para poder resistir a la tentación el día en que se vea en un apuro.

-Eso es verdad -dijo Catalina-. Tom es tan decidido, que lo mismo servirá para dar el alto en un camino que para lucir el garbo en un paseo.

-Cuidado, que a éstos se acaba por colgarlos...-dijo Wood.

-¡Ah, doctor!

-En fin..., lo cierto es -dijo Wood, golpeando la pipa contra la palma de la mano para sacarle la ceniza- que es una verdadera lástima ver a ese viejo avaro cruzado en el camino de vuestra felicidad y la del muchacho, y además dispuesto a dejaros en la estacada.

Catalina se retiró cabizbaja, como habíalo hecho ya Billings; una sonrisa infernal de triunfo, iluminó el venerable rostro del doctor Wood, el cual se lanzó a la calle a disfrutar de aquel bello día londinense.

Capítulo XII

Que trata del amor y prepara para la muerte.

De ninguna manera mejor podríamos empezar este capítulo que transcribiendo parte de una carta del abad O'Flaherty a la señora condesa de X..., en París. Dice así:

«Señora: El correo últimamente llegado me ha traído un precioso paquete con cartas vuestras, bastantes para hacer feliz a cualquier mortal que no sea yo, pues a mí me hacen aún más desgraciado. Pienso en el querido París -y en algo que me es más caro aún que París entero, y de lo cual no quiero seguir hablando-; pienso en París y me encuentro con este lóbrego sitio, donde, cuando se abre un claro en la niebla, sólo me deja ver un poco del limoso Támesis, tan distinto de vuestro plateado y alegre Sena. No creáis que exagero si os digo que daría de muy buen grado mis grandes salones, colgaduras, dorados, palafreneros, fiestas, criados, embajadores y todo lo demás, a cambio de una casita desde donde se vean las Tullerías o mi pequeño cuarto del Irlandois.

Supongo que mis últimas misivas os habrán dado una idea clara de las públicas gestiones de nuestro embajador; por lo que a su vida privada respecta, aquí van algunas ligeras referencias de un pequeño escándalo secreto que le concierne.

Figuraos que su excelencia está ahora completamente enamorado de una rubia que sacó hace largos años de un antro horrendo; la adorada cuenta ya sus buenos cuarenta años, y fue su amante cuando él era capitán de dragones en Inglaterra, como algunos sesenta o setenta... o cien años atrás, con la cual tuvo un hijo, muy listo mozo por cierto, aprendiz de un sastre de nombre, que tiene el honor de hacerle los calzones a su excelencia.

Desde la tarde fatal en que volvió a encontrar a la rubia en cierto parque de pública diversión, llamado Jardines de Marylebone, nuestro buen hombre está como salido de sus casillas. El amor le ha sorbido por completo el seso a este embajador -que no tiene sesos-, y sus tonterías me proporcionan constante motivo de diversión. Ahora mismo, por ejemplo,

está sentado frente a mí, a la misma mesa, y ¿qué diréis que hace? ¡Escribir una carta a su Catalina!..., carta que copia de una novela sentimental aquí en gran boga. Necesita recurrir a estos expedientes porque, como sabéis, no está muy fuerte en asuntos de escribir ni pensar por sí mismo.

La rubia Catalina, debo deciros que no es sino la mujer de un ebanista, una burguesa acomodada, que vive en el camino de Tyburn. Encontró a su antiguo amante poco después de nuestra llegada, y experimenta un anhelo desmedido de ser condesa. En verdad, es una linda criatura la tal Catalina. Hasta ahora, la cosa no ha pasado de billetes amorosos, almuerzos, paseos románticos, regalos de estofas de seda y satín, porque la condenada se las da de tan virtuosa como la misma Diana, y ha resistido hasta ahora a todas las zalamerías del conde. El cuitado ha llegado a contarme, con lágrimas en los ojos, que podía habérsela robado la primera noche; pero que se interpuso el hijo en el camino, y que desde entonces él o algún otro no ha tratado más que de desbaratarle sus planes... porque es el caso que ella nunca se presenta sola. Yo creo que esta increíble castidad de la dama es lo que ha provocado la no menos increíble castidad del caballero. Por lo pronto, ella anda ya buscando un digno alojamiento, quién sabe si para después de casarse con el conde. Afirma además que su marido anda bastante malucho; su enamorado es bastante tonto, y ella - necesario es confesarlo- conduce las negociaciones con envidiable tacto diplomático; de modo que...»

... ..

Esta es la parte de la carta que interesa a nuestro personaje; el resto está dedicado a relatar otros chismes de Corte, y en la postdata dice el reverendo que esta información le ha sido suministrada por el hijo de su excelencia, míster Billings, aprendiz de sastre.

Billings visitaba, en efecto, con bastante frecuencia la morada del embajador, a presencia del cual, según sus órdenes recibidas, era siempre admitido. Por lo que a las relaciones entre Catalina y su primer amante respecta, la versión del abad era perfectamente exacta: no podría afirmarse que ella era infiel a su marido, a no ser en espíritu. Pero le aborrecía, anhelaba abandonarle y amaba al otro; el final acercábase a pasos agigantados, y cada uno de los nuevos actores y actrices del drama estaban a punto de hacer su aparición antes de la catástrofe definitiva.

Como ha podido observarse, Catalina había seguido fielmente las instrucciones de Wood en su trato con el conde, el cual volvíase cada día más tierno y descorazonado, a medida que se retrasaba la satisfacción de su deseo y que sus apetitos eran más aguijoneados por la resistencia pasiva. Buena prueba de ello la da la siguiente carta, a la que antes aludiera el capellán, como copiada de una novela y dirigida por él a ella:

DEL INFELIZ MAXIMILIANO A LA INJUSTA CATALINA

«Señora: Es fuerza que os ame más que nunca, ya que, a pesar de vuestra injusticia llamándome pérfido, no os amo menos que antaño. Por el contrario, mi pasión es tan violenta y tanto me hiere vuestra injusta acusación, que, si conociereis las angustias de mi alma, os recriminaríais a vos misma como la mujer más cruel e injusta del mundo. Ya,

largo tiempo hace, me habríais tenido a vuestros pies; y así como fuisteis la primera, seríais mi última pasión.

De hinojos he de deciros, a la primera oportunidad, que la inmensidad de mi pasión sólo puede ser igualada por vuestra belleza; a tal extremo me ha arrastrado, que ya no es posible ocultar mi desventura. Seguramente ha querido el hado adverso, para ponerme a prueba de rigores, disponer ese matrimonio por el que estáis unida a un ser infinitamente inferior a vos. De estar ya rotos esos lazos matrimoniales, yo os juro, señora, que mi mayor felicidad habría sido ofreceros esta mano, como os he ofrecido tiempo ha mi corazón. Ruégoos no olvidéis esta declaración, que abajo firmo de mi puño y letra, y cuya veracidad me agradecería poder probar con el tiempo. Creed, señora, que nadie en el mundo pone tan en alto vuestra virtud ni desea vuestra felicidad con mayor anhelo que

Maximiliano.

En mi casa de Whitehall, hoy 25 de febrero.

A la incomparable Catalina, estas líneas, con la adjunta falda de satín escarlata.»

.....

El conde había dudado mucho si ponía la frase referente al matrimonio caso de la muerte de Hayes; pero el buen capellán desvaneció tales escrúpulos, diciéndole que, por el mero hecho de escribir en tal forma, no venía obligado a obrar llevando a cabo lo dicho; que lo mejor era no firmar y enviar la carta tal cual..., y que él no podía creer fuera su excelencia tan pacato como para temer que ella le siguiera a Alemania el día que su misión diplomática terminara... la cual estaba ya para terminar.

La lectura de la misiva produjo tal alegría y excitación en Catalina, que Wood no pudo por menos de notarlo, y no tardó gran cosa en conocer los términos de la carta. No necesitaba Wood aconsejarle que la guardara celosamente; desde aquel día no se separó más de Catalina; era su título de nobleza, su elevación de rango, el paso a la riqueza, a la felicidad. Comenzó a mirar a los vecinos por encima del hombro, a tratar cada día más despectivamente a su marido; la desgraciada suspiraba por poder confesar su secreto y ocupar en el mundo el puesto a que tenía derecho.

¡Condesa ella, e hijo de un conde Tom! Y creyó que no tardaría en verse agraciada con el título por la munificencia real.

A la sazón comenzó a circular un rumor -que tenía en la mayor inquietud a Hayes-, y según el cual, él iba pronto a abandonar el país. La noticia corrió de boca en boca, y las gentes se mofaban de él cuando le veían llorar, negándolo, y volverse pálido como la cera. Decíase también que Catalina no era su mujer, sino su querida, a la que él trataba con la mayor sevicia, y a quien disponíase a dejar plantada. El cuento del palo que la había dado en la cabeza, dejándola sin sentido, se conocía en todo el barrio. Cuando él decía que fue en legítima defensa, porque ella quería matarle, nadie le daba crédito; las mujeres decían que

habría hecho admirablemente... ¿Cómo habían surgido estas comidillas?... Hayes pensaba: «Tres días más, y me largo..., y que la gente hable entonces lo que quiera.»

¡Infeliz de ti! ¡Piensas huir sin que el hado haya de poder darte alcance, ocultarte de modo que aun la muerte ignore tu refugio!...

Capítulo XIII

Preparación para el final.

El lector se habrá dado cuenta indudablemente de la obscura conspiración que ha empezado a urdirse en la sombra en contra de Hayes, y no dejará de haber comprendido:

Primero. Que si adquiriría crédito el público rumor según el cual Catalina no era esposa de Hayes, y sí sólo su amante, ella podía, cuando lo tuviera por conveniente, casarse con otra persona; con lo cual no ya no se irrogaba perjuicio alguno, sino que favorecía su reputación.

Segundo. Que si todo el mundo creía resueltamente que Hayes pensaba en abandonar a su mujer, después de haberla maltratado, nadie se opondría a que se marchase; antes al contrario, podía ir adonde quisiera, y cuanto antes mejor. Hayes no se había parado a considerar detenidamente estas circunstancias. El último de los dos casos, como hemos visto, había sido presentado como rumor que él se apresurara a rechazar; por lo que al primero respecta, era la propia Catalina quien le había expuesto claramente un día, preguntándole con gran enojo delante de su hijo y de Wood:

-¿Cómo os atrevéis a divulgar semejantes embustes, habiendo logrado que los vecinos me miren con desprecio y rehuyan mi trato?

Hayes replicó con verdadera humildad que no era culpable de la falta que se le imputaba; pero el joven Billings, atrapándole por el cuello y casi metiéndole el puño por las narices, le dijo que le sacaría las entrañas si continuaba poniendo en entredicho a su madre. Catalina trajo entonces a colación el rumor público de que Hayes pensaba abandonarla, y Tom juró que, si tal hacía, él le seguiría hasta el fin del mundo para arrancarle el corazón y beberse su sangre. Estas amenazas y el lenguaje procaz en que eran proferidas, lejos de excitar a Hayes, le calmaban; anhelaba ya que llegara su día, y empezó a concebir la esperanza de que no iban a ponerle obstáculos a su fuga. Por primera vez, desde muchos días atrás, empezó a concebir como un sentimiento de seguridad, y pudo dedicarse con completa confianza a dar los últimos toques a sus planes de huida y deserción.

Último capítulo

Sería inocente presumir que Hayes no se había percatado del afecto de Galgenstein por su esposa; no tenía más remedio que notar cómo cada día estaba más alegre, vestíase con más coquetería y se ausentaba más de lo corriente; además -cosa que le alegraba-, no pudo por menos de extrañar que, desde el día de la última pelea, su esposa no hubiera vuelto a pedirle un chelín para el gasto de la casa. Él, por su parte, hacía el tonto a tal respecto... y eso salía ganando.

En realidad de verdad, hay que decir que ella recibía constantemente dinero del conde, así como también Tom, y no sólo sumas en metálico, sino que también toda clase de regalos.

Uno de tales presentes era una cesta grande de botellas de vino generoso, que ya hacía días estaban en la casa y que despertaban los deseos de Hayes, el cual, como sabemos, era muy aficionado al buen vino. Wood y Billings solían darse el placer de beberle, con gran contentamiento del último. Más de una vez, al atravesar Hayes el pasillo y verlos en el comedor, dedicados a las libaciones habíanse ido los ojos detrás del precioso licor; claro es que, si se hubiera atrevido a pedir, le habrían dado. Para el 1.º de marzo de 1726 ya había reunido Hayes casi todo el dinero con que pensaba huir; aquel día, habiéndose pagado una factura en cuyo cobro había ya perdido toda esperanza, regresó a casa de muy buen humor, sintiendo la casi seguridad de que su partida, ya muy próxima, no habría de tropezar con inconvenientes. Desde hacía tiempo, nadie había intentado violencia alguna contra él, y como, además, tenía sus pistolas dispuestas y llevaba todo su dinero en billetes en su cinturón, que jamás se quitaba, acabó por desechar todo temor. Aquel día entró en la casa al obscurecer. Catalina y Tom estaban ausentes; mister Wood, según su costumbre, estaba fumando en la pequeña habitación trasera de la casa; cuando vio a Hayes por el pasillo le dirigió la palabra en tono afable, reprochándole su desvío, y le invitó a sentarse y a tomar con él un vaso de vino. Hayes despachó a un cliente que esperaba en el establecimiento, y no tuvo reparo en aceptar la invitación de Wood. La conversación, algo lánguida al principio, no tardó en ir animándose y haciéndose confidencial, y tan admirablemente sugestivo y amable estuvo el doctor Wood, que el compañero no tardó en ser captado por sus encantadoras maneras mundanas, llegando ambos a ser tan amigos como en sus mejores días de intimidad. Wood decía:

-Yo celebraría que os dignarais de vez en cuando bajar a pasar la velada conmigo, mister Hayes; pues, aunque no seáis muy leído, sois un hombre de mundo y yo no puedo rehuír la compañía de los jóvenes...

Aquí Tom, desde vuestra última pendencia con la señora Catalina, se las da de sultán. Entre los dos, él y su madre, os han arrinconado... No tenéis más remedio que declararos vencido y confesar que no queréis bien al mozo.

-Ya, eso es cierto -dijo Hayes-. A nadie le agrada que le restrieguen constantemente por las narices las antiguas faltas de su mujer ni verse en su casa continuamente hostilizado por un salvaje semejante.

-Travesura nada más, amigo mío -repuso Wood-; cosas de los pocos años, que van desapareciendo con el tiempo. Tan malo como podáis creerle -y es tan loco como un potro desbocado- hay algo bueno en él; y aunque se cree con derecho a tratar mal a todo el mundo, no puede tolerar que los otros lo hagan. ¿No le dijo la semana pasada a su madre, por ejemplo, que hicisteis bien dándole el testarazo de marras?... Pues a punto estuvieron también de empuñar los cuchillos uno y otra, igual que en vuestro caso. A fe mía, que en nada estuvo. Y el otro día, en no sé qué taberna, cuando alguien dijo que erais una especie de Barba Azul sanguinario, ¿qué tardó Tom en levantarse como por un resorte y tumbar al otro de un puñetazo? Menos que en decir amén.

La primera de las dos historias era casi verdadera; mas la segunda no pasaba de ser una caritativa invención de mister Wood, urdida con el exclusivo objeto de poner en contacto al joven y a su padrastro. La trama no había fracasado del todo porque, aunque Hayes no sentíase muy inclinado a echar en olvido cuantos agravios debía a Tom, y a cobrarle nuevo afecto después de haberle detestado tanto..., sentíase tan confiado y satisfecho, que nada parecíale ya tan mal. En semejante disposición de ánimo estaba cuando regresaron Tom y Catalina, los cuales quedaron atónitos al ver a Hayes sentado familiarmente en aquella habitación, como en otros tiempos, y departiendo en amistad y compañía con Wood. Éste, cogiendo la ocasión por los cabellos, invitó a los recién llegados a sentarse y beber. Por indicación de Wood sacáronse las botellas que había regalado el conde; Hayes, que había penado lo indecible por catarlo, relamíase de gusto al pensar que iba a poder trasegar todo el que tuviera en gana. Por lo pronto, empezó a alardear de resistencia, diciendo que era capaz de beberse ocho botellas de aquel vino sin emborracharse.

Mister Wood hizo una extraña mueca, y dirigió una mirada significativa a Tom, quien le respondió en igual forma. Catalina miró al suelo; pero su rostro estaba intensamente pálido.

Comenzaron a beber. Hayes quiso acreditar su reputación de borrachín, y se bebió tres botellas, una tras otra, sin parar. Sintiéndose expansivo y alegre, empezó a cantar canciones populares, a contar cuentos picantes y a decir chistes, que reía Wood con gran alborozo, imitándole Tom. Catalina no reía, y permanecía completamente silenciosa. ¿Qué la intranquilizaba? ¿Pensaba acaso en el conde? Había estado por la tarde con Max, y habíale prometido acudir a la cita que le había dado cerca de su casa, en el pórtico de Santa Margarita, cerca de la Abadía de Westminster, adonde debía ir sola, a las diez. Sin duda, pensaba en eso.

Hayes, sin embargo, pareció alarmarse grandemente al oír que, por lo bajo, ella decía a Wood:

-¡No, no; esta noche no, por Dios!

Y preguntó qué era. Wood dijo:

-Que le parece que se va a concluir el vino.

-Eso es -añadió Catalina-, ya habéis bebido bastante esta noche. Idos a la cama, cerrad vuestra puerta y dormid, Hayes. Es lo que os conviene.

-He dicho que aún no he bebido bastante -dijo enojado Hayes-. Puedo perfectamente con cinco botellas más, y apuesto lo que queráis a que me las bebo.

-Una guinea a que no -dijo Wood.

-¡Va! -repuso Billings.

-Vos calláis -gruñó Hayes, mirando a Billings de mal talante-. Yo beberé lo que me dé la gana, sin necesidad de vuestros consejos.

Y siguió soltando más dicterios contra su hijastro, con los que patentizaba la estimación en que le tenía; dicterios que éste se limitó a recibir con una sonrisa despectiva y una mirada de inteligencia que cruzó con Wood.

Trajéronse las otras cinco botellas, que Hayes bebió sólo él, igualmente sazonadas con infinidad de canciones, y haciendo el gasto de la amenidad, ya que los otros, so pretexto de indisposición, bebían cerveza suave y poca, y no perdían el dominio de sí mismos.

No es necesario describir el proceso de la embriaguez de Hayes; baste decir que de la alegría de la tercera botella no tardó en pasar al aturdimiento con la cuarta, del escandaloso ánimo de pendencia de la sexta, a la idiotez de la séptima. Habiéndose acabado ya las que había en la casa, Tom salió a una taberna próxima a comprar otra, que Hayes bebió también.

... ..

La otra huésped, señora Springatt, bajó a preguntar qué era aquel ruido que se oía. Catalina repuso que lo producían las travesuras de Toni y unos amigos que estaban jugando con él. Después de oído lo cual, la señora Springatt se retiró, y la casa volvió a quedar tranquila.

... ..

Hacia las once de la noche oyose un ruido como de riña y pataleo.

... ..

Después que hubieronle dejado en la cama, acordose Billings de que tenía que llevar un encargo a una persona que vivía bastante lejos, y, como hacía una noche agradable, míster Wood se ofreció a acompañarle, y salieron.

Otro capítulo último

Hayes no estuvo con su familia al día siguiente; hay motivos para suponer que la reconciliación de la noche anterior no fue muy entusiasta, por cuanto, al preguntar la señora Springatt por Hayes, Wood dijo que habíase marchado sin decir adónde iba ni el tiempo que duraría su ausencia. Lo único que aseguró, en tono malhumorado por cierto, fue que pensaba pasar la noche en casa de un amigo.

-Por mi parte- añadió míster Wood-, yo no sé que tenga amigo alguno; quiera Dios que no piense además en abandonar a su mujer, después de haberla maltratado como la ha maltratado.

Habiendo la señora Springatt hecho votos en el mismo sentido que Wood, se separaron.

No podemos afirmar qué ocupaciones eran las que tenían tan atareado a Billings para obligarle a ir aquella noche en la dirección de Marylebone, como la de antes habíase dirigido hacia Strand y Westminster. El hecho es que, a pesar de ser una noche tormentosa y de lluvia, Wood, hombre de buenos sentimientos, resolvió acompañar a Tom, y, como en la anterior, fuéronse juntos.

También Catalina tenía, como ya sabemos, su buen quehacer, no poco delicado. Estando citada a las nueve con el conde, encaminose a la hora convenida hacia el pórtico de Santa Margarita, cerca de la Abadía de Westminster, en donde esperó a Galgenstein.

El sitio en cuestión era de lo más a propósito por su soledad, al par que por hallarse cercano a la morada de su excelencia. Llegó el conde algo retrasado, pues, a fuer de entusiasta librepensador, creía firmemente en toda suerte de fantasmas y demonios y no experimentaba gran placer en atravesar solo el pórtico de una iglesia. Sin embargo, experimentó no ligero alivio en sus temores al ver una mujer cubierta con una capa, la cual se adelantó a él frente a la puerta, y, tendiéndole la mano, le dijo:

-¿Sois vos?

El conde, después de estrecharla, notando lo fría y viscosa que estaba, por indicaciones de Catalina hizo retirar al lacayo, que acompañábale con la antorcha encendida, y quedose a solas con su amada.

Al retirarse el lacayo con la antorcha quedaron en la obscuridad, y penetraron en el pequeño cementerio, andando con gran cuidado para no tropezar en las tumbas. Sentáronse en una de ellas, bajo algo que parecía ser un árbol. El viento era muy frío, y sus tristes gemidos turbaban el augusto silencio de aquel lugar; nada más se oía. A Catalina le castañeteaban los dientes de frío; cuando Max la acercó hacia sí y la enlazó por el cuerpo con uno de sus brazos, y oprimió su mano, ella no sólo no supo apartarle, sino que se ciño más a él y le devolvió el apretón con sus húmedos dedos.

La infeliz estaba deshecha en llanto, y confió a Max las causas de su pena. Habíase quedado sola en el mundo, sola y sin dinero. Su marido la había abandonado; aquel mismo día había recibido una carta suya que la confirmaba en lo que sospechara largo tiempo. Al abandonarla había llevado consigo todos sus bienes, y era seguro que no habría de volver.

Nadie extrañará que le digamos cuán grande fue la alegría de Galgenstein al oír semejante confidencia; como un perfecto libertino que era, experimentaba gran júbilo ante la ruina de la mujer que codiciaba, seguro de que la necesidad acabaría por arrojarla en sus brazos. Estrechó a la infeliz criatura contra su corazón, jurándole que substituiría al marido que acababa de perder, y prometiéndole poner su propia fortuna a los pies de ella.

-¿Le substituiréis vos? -dijo ella, gimiendo.

-Absolutamente en todo... menos en el nombre, mi adorada Catalina; y cuando él muera, hasta en el nombre; os juro que seréis condesa de Galgenstein.

-¿De verdad juráis? -exclamó ella con vehemencia.

-Por lo más sagrado; si fuerais libre ahora, os lo juro por la vida de nuestro hijo, seríais mi esposa en seguida.

Ya hemos visto repetidas veces que a Galgenstein se le daba una higa hacer más o menos juramentos, por mucha trascendencia que tuviesen. Suponiendo que Hayes habría de vivir tanto como Catalina, tanto, por lo menos, como durasen sus relaciones con ella, nada tenía que temer; pero, al jurar, fue cogido en su propia trampa.

Catalina le tomó la mano, comenzó a besársela con exaltación y a oprimirla contra su propio pecho, diciendo:

¡Max, soy libre! Sé mi esposo y te amaré con toda mi alma, como lo he hecho tantos años.

Max se levantó lleno de sobresalto; dijo:

-¡Qué! ¿Ha muerto?

-No, no ha muerto...; mas no era mi marido.

Él abandonó la mano de Catalina, e interrumpiendo bruscamente, le dijo:

-De suerte, señora, que si ese ebanista no era vuestro marido, ¿por qué he de serlo yo? Si una dama que ha sido durante veinte años la querida de un miserable patán no puede aceptar la protección de un noble, representante de todo un soberano, debe pescar su marido donde sea, mas no en mi casa...

-Yo no he sido amante de nadie más que de vos -repuso Catalina, retorciendo las manos e implorando tristemente-; pero bien merecido lo tengo... Yo era una niña cuando vos me

visteis, os seguí y causasteis mi ruina, abandonándome; y porque llena de dolor y de arrepentimiento quise reparar mi crimen casándome con el hombre que me amaba con toda su alma, cuando veis que él también me deja, porque os he amado con locura durante veinte años y he llegado a degradarme cediendo a vuestro deseo, no merezco siquiera vuestro respeto, y me pagáis con el desprecio. ¡Oh, es demasiado, Dios mío!

Y la infeliz vaciló, a punto de caer desmayada.

Max, casi asustado por tal explosión de dolor, quiso sostenerla; mas ella le apartó de sí, y, sacándose una carta del seno, dijo:

-Si hubiera luz ahora, veríais, Max, qué cruelmente me ha traicionado el hombre que se llamaba mi esposo. Antes de casarse conmigo, se había casado con otra; dice que esta mujer aún vive, y que me deja para siempre y se va con ella.

Y aun no había acabado de decir, cuando la luna, que había permanecido detrás de la Abadía de Westminster, comenzó a elevarse sobre la negra mole del histórico edificio, y esparció sus rayos de plata sobre la pequeña iglesia de Santa Margarita y el sitio en que se hallaban los amantes.

Max estaba a corta distancia de Catalina, andando caviloso de aquí para allá por el sendero entre las tumbas. Ella permaneció en donde estaba, junto a lo que pareció en la obscuridad ser un árbol, y que ahora, a la luz de la luna, resultó una columna funeraria. Catalina apoyábase contra ésta, teniendo extendido el blanco y hermoso brazo, y en la mano la carta de su marido.

-Leed, Max; yo quería luz, y he aquí la misma luz del cielo, que viene a ayudaros para que podáis leer.

Pero Max no se adelantó para tomarla. Súbitamente adquirió su rostro la expresión de la más espantosa sorpresa y agonía. Quedose mirando fijamente a lo alto, con los ojos saltándosele de las órbitas y señalando con terror sobre la cabeza de Catalina. Por fin pudo articular estas palabras:

-Mira, Catalina, ¡la cabeza!..., ¡la cabeza!

Y prorrumpiendo en una terrible carcajada, cayó pesadamente al suelo, comenzando a arrastrarse entre las tumbas, espumarajeando, y retorciéndose epilépticamente. Catalina retrocedió unos pasos y miró adonde indicara Max. Al extremo de un poste vio, a la luz de la luna, que ahora alumbraba con todo su fulgor, una extraña y lívida cabeza humana, en cuyo rostro se dibujaba la mueca de una espantosa sonrisa.

La infeliz no se atrevió a seguir mirando, y huyó empavorecida. Pocas horas después, cuando, alarmado por su prolongada ausencia, el criado de confianza del conde fue a buscarle, hallale sentado en una de las tumbas, mirando fijamente a la cabeza, riendo, hablando con ella y saludándola con respetuosas inclinaciones.

Cuando le retiraron de allí estaba loco, y así continué viviendo varios años, arrastrando la cadena, gimiendo bajo la vara de los loqueros y aullando espantosamente las noches de luna en que penetraba la luz por entre los barrotes de su celda, obligándole a sepultar la cabeza en la paja del jergón que le servía de lecho.

.....

No podemos terminar sin decir que la cabeza que había causado tal espanto a Galgenstein tenía antes su asiento sobre los hombros de John Hayes, quien la perdió como en breves palabras explicaremos. Se recordará que se le invitó a beber, que él aceptó, y que, a medida que bebía, su alegría y excitación iban en aumento, traducéndose en canciones y danzas; su amante esposa, temiendo que no fuera suficiente cantidad lo que había bebido para que le produjera el efecto deseado, envió a buscar otra botella más, la cual bebió igualmente; con esta última, sus designios fueron cumplidos. Hayes, completamente borracho, perdió el conocimiento.

Llevaronle al lecho, donde se quedó sumido en el más profundo sopor y embrutecimiento.

Entonces Catalina recordó a los otros el propósito que habían decidido realizar, y díjoles que aquélla era la ocasión propicia para llevarle a cabo. Y cuando la señora Springatt preguntó cuáles eran aquellos ruidos, dijo que Tom estaba divirtiéndose con los amigos.

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como **[voluntario](#)** o **[donante](#)**, para promover el crecimiento y la difusión de la **[Biblioteca Virtual Universal](#)**.

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente **[enlace](#)**.



editorial del cardo